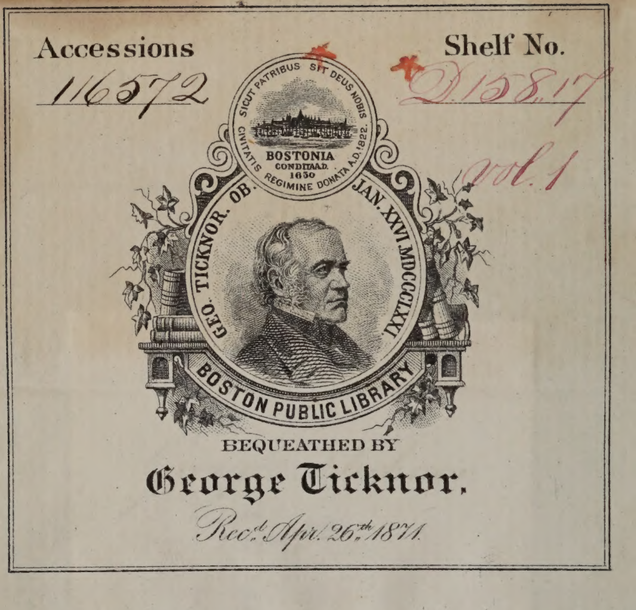



Accessions
116572
Shelf No.
D.158.17
vol. 1
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd Apr. 26th 1871.

POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDES,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, E INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO I.

MADRID EN LA IMPRENTA NACIONAL
AÑO DE 1820.

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

Por los años de 1807 pensaba el autor, siguiendo el consejo de algunos de sus amigos y discípulos, hacer una edicion de sus poesías escogidas, y fijar de este modo su nombre, no por la multitud de sus composiciones, sino por el mérito calificado de las que se publicasen. Los sucesos de la revolucion, que al fin le condujeron á Francia, no le proporcionaron realizar este proyecto. Alli repasó y corrigió sus poesías, aumentó su número, y las coordinó con intento de publicarlas en España. Para esto formó los índices ó guiones de las que entraban en cada clase ó division, dándoles el orden que le pareció, y previniendo al fin de cada uno de ellos lo siguiente: »Aunque tengo compuestos otros varios romances (lo mismo dice respecto á las letrillas, anacreónticas &c.), los anteriores me »parecen los menos imperfectos; y asi prohibo »que se impriman los demas bajo cualquier pre-

„texto que para ello se busque: se lo ruego asi „encarecidamente al editor de mis poesías, y es„pero de su probidad y buen gusto que cumplirá „en todo esta mi voluntad. Mompeller á 2 de „Agosto de 1814. = Juan Melendez Valdés." La misma nota se halla en el índice ó guion de las letrillas, firmado en *Nismes á 8 de Julio de 1815.* Con una decision tan terminante los editores no han debido ni podido alterar el orden y eleccion de las poesías que ahora se publican, cumpliendo y respetando la voluntad de su autor. El prólogo que tenia dispuesto para la nueva edicion que proyectaba es el siguiente.

PROLOGO DEL AUTOR.

Parece que la suerte se ha declarado siempre contra la edicion de estas mis poesías, queriéndome acaso apartar asi de la tentacion de publicarlas. Detenida en prensa muchos meses la primera impresion por haberse el manuscrito extraviado, y apuradas á poco de su anuncio las dos que se hicieron en Valladolid á un mismo tiempo el año de 1797, tratándose ya de otra tercera, tuve que dejar la corte precipitadamente, y vivir retirado muchos años, sin que en ellos fuese posible emprender este trabajo tan agradable como util; ni la prudencia y mi seguridad me impusiesen otra ley que la del silencio y el olvido, por si á su sombra lograba desarmar á la calumnia y el poder ensangrentado en mi daño.

Cuando cesó este estado, y yo y todos los buenos divisábamos la aurora de otro mas feliz para la nacion y las letras en el reinado del Señor Fernando VII, arrancándole de entre nosotros la mas negra perfidia, nos arrojó en el mar turbulento de una revolucion, toda sangre y horrores, en que se abismaban la patria, las fortunas, las vidas de sus hijos; y yo mismo, á pesar de mis principios y deseos, mi plan ignorado de vida y mis resoluciones, me vi arrastrado y envuelto entre sus olas en el punto de perecer en la borrasca. La necesidad imperiosa

y el derecho sagrado de la conservacion me han detenido en ella hasta su fin; pero en todos sus trances, ya entre el horror y peligrosa calma que un victorioso egército á todos imponian, ó corriendo las penas y zozobras de una emigracion de cuasi tres años, mi corazon y mis anhelos ni han sido ni podrán ser otros que los del español mas honrado, mas fiel y mas amante de su patria y sus Reyes. En luces, instruccion y todo lo demas cederé sin dificultad el lugar á cualquiera; pero en estas virtudes jamas consentiré que otro se me anteponga, porque las he mamado con la leche, las consagró mi educacion, las he fortificado con mi reflexion y mis estudios, y hacen y harán constantes la parte mas preciosa de mi triste existencia, y el solo patrimonio que me resta despues de treinta y cinco años de servicios á mi nacion, y el zelo mas ardiente por su felicidad.

Por fortuna en esta emigracion, en que jamas pensé que pisaria otro suelo que el español, á pesar de mis inmensas pérdidas traje conmigo, sin saberlo, los borradores de las mas de las poesías con que va aumentada esta nueva edicion, y que el ocio y la necesidad de distraerme, y hacer asi mas llevaderos mi suerte y mis quebrantos, me han hecho corregir para darlas al público menos imperfectas que al principio lo estaban. Pero (dígolo con dolor) tan deshecha y horrible tempestad, despues de haberme aniquilado con el robo y la llama cuanto tenia, y la biblioteca mas escogida y varia que vi hasta

ahora en ningun particular, en cuya formacion habia gastado gran parte de mi patrimonio y toda mi vida literaria, tambien acabó con las copias en limpio de mis mejores poesias en el género sublime y filosófico, un poema didáctico *El Magistrado*, una traduccion muy adelantada de la Eneida, y otros trabajos en prosa sobre la legislacion, la economía civil, las leyes criminales, cárceles, mendiguez y casas de misericordia, que trataba de imprimir, y me hubieran sido de mas honor, y al público de mas provecho que los versos y encantos de esta coleccion. Los frutos de diez y mas años de aplicacion constante en mi retiro, de vigilias continuas, y la meditacion mas grave y detenida, todo despareció, y ha perecido para siempre, sin la esperanza aun mas remota de poderlo ni descubrir ni recobrar. Mis libros, mis reflexiones y trabajos me han enseñado á llevar mis desgracias con un ánimo igual, sin abatirme ni desmayar en ellas; y si la lectura y el estudio no me pagasen hoy con este dulce premio, de nada ciertamente hubieran conducido á mi felicidad y mi aprovechamiento.

De los versos publicados antes he suprimido algunos, haciendo en los demas varias enmiendas, cual me ha parecido para mejorarlos. A veces son estas tan ligeras, que se cifran todas en la mudanza de una palabra, un giro, un consonante ú otra cosa tal para huir de algun defecto leve de estilo ó locucion: á veces son aumentos y mudanzas de estrofas en las composiciones, ó vuel-

tas y correcciones de mas bulto, que en mi entender les dan mas alma y nueva perfeccion. En todas he usado de la libertad de dueño de mis versos: mis lectores, si quieren cotejarlos, juzgarán si se han hecho con gusto y con acierto.

Los ahora añadidos, cuasi otros tantos como los antes publicados, van escogidos y castigados con la lima que me ha sido posible. Son de todos los géneros desde la letrilla delicada y alegre hasta lo sublime de la oda, y lo grave y severo de la epístola, porque en todos ellos me ha parecido hallar en mis borrones composiciones de algun precio, no indignas de la luz. Me hubiera sido facil aumentar muchas mas, y hacer la coleccion mas abultada; pero aun las publicadas son ya en demasía; y si de todas ellas, con lisonja del amor propio, pudiese yo esperar que sobrevivan célebres, y queden al Parnaso pocos centenares de versos, me tendré desde ahora por muy afortunado.

He cuidado de los romances, género de poesía todo nuestro, en que siendo tan ricos, y sonando tan gratos al oido español, apenas entre mil hallaremos alguno corriente y sin lunares feos. ¿Por qué no darle á esta composicion los mismos tonos y riqueza que á las de verso endecasílabo? ¿por qué no aplicarla á todos los asuntos, aun los de mas aliento y osadía? ¿por qué no castigarla con esmero, y hacer lucir en ella todas las galas y pompa de la lengua? Yo lo he intentado, no sé si con acierto; pero el camino es tan hermoso como vario y florido, y

si los ingenios de mi patria lo quieren frecuentar, y se convierten con ardor hácia este género, nuestro romance competirá algun dia con lo mas elevado de la oda, mas dulce y florido del idilio y de la anacreontica, mas severo y acre de la sátira, y acaso mas grandioso y rotundo de la epopeya.

Tal vez se notará que en mis versos hablo mucho de mí: compuestos los mas como distraccion de mis tareas, ó hijos de mis desgracias y mis penas para aliviarme en ellas de mis justos dolores, no es mucho que los pinte, y acaso los pondere. He bebido mucho sin merecerlo en la amarga copa del dolor: mis años de sazon y de frutos de utilidad y gloria los sepultó la envidia en un retiro oscuro y una jubilacion: me he visto calumniado, perseguido, desterrado, confinado, y aun crudamente preso en el abatimiento y la pobreza, en lugar de los premios á que mis méritos literarios, mi zelo y mis servicios me debieran llevar; y por todo ello no debe ser extraño que sienta y que me queje. Los que han tenido la dicha de encontrar siempre con caminos llanos y floridos pueden haberlos frecuentado sin fatiga y con júbilo; yo desde que dejé la quietud de mi cátedra y mi universidad, no he hallado por do quiera sino cuestas, precipicios y abismos en que me he visto ciego y despeñado.

Ingrato seria si no me mostrase sensible á la buena acogida y los elogios, que asi de nacionales como extrangeros han seguido teniendo las

últimas ediciones de mis versos. Sin haber yo dado un paso para solicitarlo, se han celebrado con entusiasmo por los literatos españoles de mejor nota. Entre ellos y recientemente D. Javier de Burgos, que hace hablar al culto y delicado Horacio en metro castellano con tanta elegancia, y acaso mas estro y mas espíritu que él cantaba en latin; D. Alberto de Lista, sevillano, en quien veo renacida la musa del *divino* Herrera; y el ingenioso García Suelto, que tan bien hermana la cítara de Apolo con la vara y profundos misterios de Esculapio, y todos tres me honran con llamarme su amigo y su maestro; me han dirigido en este mi destierro tres composiciones, que ellas solas bastaran á endulzarme sus horrores y á satisfacer la vanidad, si yo no viese bien mi medianía, ó ellas no fuesen hijas del entusiasmo y el cariño. ¡Con cuánto gusto las copiara yo aqui por sus bellezas, si la modestia no me lo estorbase!

Los papeles públicos extrangeros, y las personas de mejor gusto han hablado en su tiempo con no menor aprecio. Los ex-jesuitas Andres, Masdeu y Arteaga, la *Década filosófica* cuando se publicó la edicion de Valladolid, el *Mercurio extrangero* (1), Mr. Simonde de Sismondi en su obra *De la literatura del mediodia de la Europa* (2); pero sobre todo el sabio y erudito ale-

(1) *Mercure etranger*, *ou Annales de la litterature etrangere*, par Mres. Langles, Ginguené, Amaury Duval &c., n. 10, an. 1813, pág. 203 a 213.

(2) Chap. 35, vol. 4.° Paris 1813. 4. vol. 8.°

man Mr. Bouterwek, profesor de Gotinga, en su *Historia de la poesía y la elocuencia despues del siglo XIII* (1), dicen de mí lo que yo no merezco, y me avergonzaria de referir. Tambien se han traducido muchas de mis composiciones en ingles, italiano y frances: aun se ha llegado en esta lengua á escribir una noticia de mi vida tan inexacta como lisonjera; y se han impreso en Paris mis obras escogidas por los años de 1800, y en Parma de 812, segun que entonces se me notició, y vi anunciado en un periodico de Milan, que hoy no tengo á la mano.

Todo esto me ha puesto en la grata precision de no admitir en mi nueva edicion composicion alguna que á mi parecer no lo merezca, corrigiéndolas todas mas y mas; porque el modo mejor de responder, asi á los elogios como á las críticas, es el de esmerarse en los trabajos, fijos siempre los ojos en la posteridad, que nada disimula.

No empero quiero decir con esto que todas las composiciones son iguales, como ni en Virgilio lo son todas las églogas ó todos los libros de su divina Eneida, ni lo son las odas del ameno y escogido Horacio, ni lo es nada de cuanto los hombres ejecutan. Tiene cada cosa su mérito adecuado y su belleza, de los cuales nunca es

(1) Gottingue 1804, traducída al frances la parte de la literatura española con el título de *Histoire de la litterature espagnole, traduite de l'alemand de Mr. Bouterwck, professeur á l'universite de Gottingue*, Paris 1812, 2. vol. 8.°, vol. 2.°, pág. 241 á 244.

dado pasar; y el autor que los conoce y los alcanza arribó al punto de la perfeccion. Yo no hice mas, porque mis fuerzas no han llegado á mas, y ya helaron los años mi genio y mi entusiasmo: amante de las musas españolas he procurado ataviarlas acaso con mas gusto y aliño que las hallé vestidas, y hacerlas hablar el lenguage sublime de la moral y la filosofía; pero (lo vuelvo á repetir) nunca he pasado de un simple aficionado, llamado y ocupado simpre en cosas de mas monta. Mi ardiente aficion al habla castellana, y la alta idea que de sus bellezas y número tengo formada, me hicieran trabajar muchas veces con un ardor y un estro, que sin ellas nunca hubiera tenido; mas desde mis bosquejos á cuadros acabados, de lo que suena ahora á lo que puede y debe resonar un dia, ¡qué inmensa distancia no alcanzan á ver el gusto y la razon!

Juventud española, amante de tu patria y de las letras, á tí queda correr esta distancia, y dar á nuestra lengua y poesía el brillo y magestad de que tan dignas son, y estan demandando de justicia. Ahi tienes un Pelayo, un Colon, ó la conquista de Granada para la musa épica, argumento el primero en que pensé algun dia, embebecido por su interes y su grandeza, de que me retrajeron mis desgracias, y en que lloraré siempre no haberme ejercitado: ahi tienes en la historia cien hechos nacionales insignes y terribles para la tragedia, y nuestras extravagancias y ridículos para la festiva Talía, con las voces mas dulces, mas llenas y sonoras para el canto

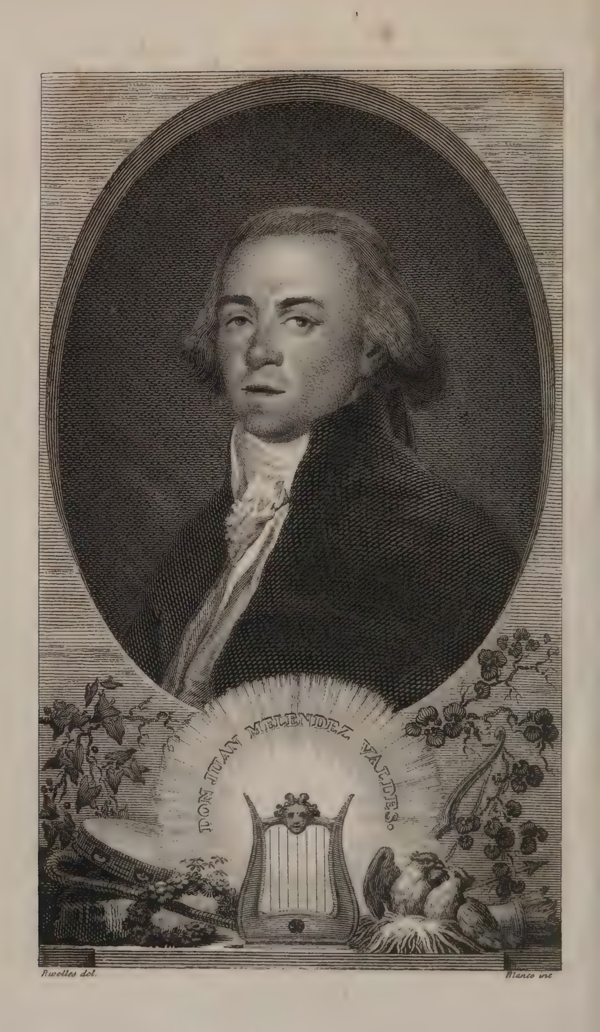
y la ópera: cosas todas en que estamos tan faltos, cuanto debiéramos ser ricos, y competir, si no vencer, lo mas culto de Europa. Trabaja pues por tu gloria y la gloria nacional, que correrán á par; y déjame á mí la pequeña, pero dulce y tranquila de haber empezado cuasi sin guia, haber ido adelante entre contradicciones y calumnias, y haber comprado al fin con mi reposo y mi fortuna el placer inocente de querer en la mia renovar los sones de las liras que pulsaron un tiempo tan delicadamente Garcilaso y Herrera, Villegas y Leon.

Pero si en estos sones encuentran por dicha mis lectores una pequeña parte de los alivios, la calma y el recreo que al repetirlos he probado yo; si les inspiran los gustos sencillos é inocentes del campo, la tranquilidad, la medianía; si los alejan de la ambicion funesta y la codicia, les hacen gratos su estado y sus hogares, y encienden en sus pechos el sagrado entusiasmo de admiracion á la naturaleza, y amor á la patria y la virtud; si imprimen en los jóvenes los sentimientos del buen gusto, las semillas del decir urbano, la agradable magia de la lengua, y la dulce aficion á nuestras musas, inflamando ademas con sus cuadros y campestres escenas la imaginacion de los artistas, para que nos repitan sus pinceles el siglo y los milagros de los Velazquez, Canos, Joanes y Murillos. mis esperanzas quedarán satisfechas, mi amor á mi nacion recompensado, y mis trabajos ya no lo serán.

Pudiera esta coleccion haberse impreso y pu-

blicado en Francia, y haberme sido, entre sus literatos, y los aficionados á nuestra frase y nuestras musas, que hoy no son pocos, de nombre y de interes: alguno me lo propuso, y alguno lo aconsejó; pero español por mis principios y todos mis deseos, he querido que mi patria tenga la primera, como un humilde feudo de mi amor, los últimos frutos, sazonados ó ingratos, de la musa de un hijo, que ofreciéndole fino cuanto ha podido darle, de buen grado ansiara celebrarla con títulos y timbres mas ilustres; pero que envanecido con sus glorias, ni pensó jamas ni hizo cosa que creyese menguarlas, ó mancillar su nombre esclarecido.

Nismes en Francia á 16 de Octubre de 1815.


DON JUAN MELENDEZ VALDES.
Rivelles del.
Blanco inc

NOTICIA

HISTÓRICA Y LITERARIA

DE MELENDEZ.

por D. M. J. Quintana

Illum etiam lauri, illum etiam flevere myricae:
Pinifer illum etiam sola sub rupe jacentem
Maenalus, et gelidi fleverunt saxa Lycaei.
VIRG.

El grande interes que necesariamente inspira la muerte de un hombre célebre se acrecienta mucho mas, cuando se la ve acompañada de penas y de infortunios. La idea de que los hombres son siempre injustos con el mérito eminente que los sirve y los ilustra, se une entonces á la compasion que escitan sus desgracias, y no suelen pesarse con bien exacta equidad todas las circunstancias de la pérdida que se llora. Tal fue la situacion de Melendez al morir. Nacido en el Guadiana, educado y formado en el Tórmes, arrojado en su vejez por las tormentas políticas á espirar en las orillas del Lez, reunia por sus talentos y por sus trabajos todos los motivos de interes y de compasion. Los que se encargaron

en Francia de anunciar su muerte al mundo literario lo hicieron con destreza y con sensibilidad para con el poeta, con alguna injusticia para con su patria. Ella fue acusada de ingratitud, de abandono, y, lo que no pudiera creerse, hasta de calumnia (1). Pero entonces, propiamente hablando, en España no habia patria. Las musas castellanas dieron sin embargo cantos y lágrimas á su muerte; y en los diarios se anunció con igual interes y exaltacion: el Gobierno mismo, que entonces no se señalaba ni por su aficion á las letras, ni por su generosidad en recompensarlas, ni en fin por su disposicion á olvidar, suavizó algun tanto con Melendez la aspereza y estrechez de su condicion. Su esposa fue acogida y considerada como viuda de un magistrado español; y la edicion completa de sus obras fue mandada costear por el Estado en la imprenta del Gobierno; monumento sin duda mas grato para el escritor, como mas duradero, que los mármoles y que los bronces.

(1) En un artículo muy bien hecho que se puso entonces en el Mercurio de Francia se decia: *Jeté sur une rive etrangere, oublié, calomnié probablement par ceux qui ne tarderont pas a reclamer avec emphase l'honneur d'appartenir au ciel qui l'a vu naître &c.*

Esta edicion es la que ahora se publica: nosotros, encargados de ella por amistad y gratitud al inmortal poeta que la nacion ha perdido, hemos creido que debia llevar á su frente una noticia mas estensa y puntual que las que se han publicado hasta ahora. Toda está sacada de documentos auténticos y del testimonio de personas fidedignas, que le trataron íntimamente, y aun viven. asi estas pocas lineas que consagramos á su memoria, tendrán por lo menos á falta de otro mérito el de la certeza y de la exactitud.

Don Juan Melendez Valdés nació en la villa de Ribera del Fresno, obispado de Badajoz, á 11 de Marzo de 1754. Sus padres fueron D. Juan Antonio Melendez, natural de la villa de Salvaleon, y Doña María de los Angeles Diaz Cacho, natural de Mérida; personas virtuosas las dos, y pertenecientes á familias nobles y bien acomodadas del pais. Las felices disposiciones que notaron en su hijo los determinaron á destinarle á la carrera de los estudios, y á proporcionarle la educacion correspondiente para que se aventajase en ella. Aprendio la latinidad en su pa-

tria, y la filosofia en Madrid en las escuelas de los padres dominicos de Sto. Tomas. Ya entonces su genio apacible y dócil le hacia querer de cuantos le conocian; y su aplicacion y adelantamientos le grangeaban el aprecio de maestros y condiscípulos. Empezaba tambien á traspirar su aficion á la poesía, aunque no todavía su ingenio y su buen gusto: el restaurador del Parnaso español hacia romances imitando á Gerardo Lobo, y componia versos á Sto. Tomas de Aquino para complacer á sus maestros. El mismo en los tiempos de su gloria recordaba riendo estos primeros ensayos, y repetia pasages de ellos, en que seguramente no se anunciaba por ningun estilo el cantor de Batilo, de las Artes y de las Estrellas.

Estudiada la filosofia, ó lo que entonces se enseñaba como tal, sus padres le enviaron á Segovia por los años de 1770 para que estuviese en compañía de su hermano D. Estéban, secretario de cámara del obispo de aquella ciudad D. Alonso de Llanes, deudo tambien suyo, aunque lejano. Alli fue donde con las buenas obras que le proporcionaban su hermano, algunos canonigos y el conde de Mansilla, adquirió aquella aficion á la lectura, aquella ansia de sa-

ber, y aquel gusto de adquirir libros, que puede llamarse la pasion de toda su vida. El mismo prelado, satisfecho de su aplicacion y talento, le envió á Salamanca en 1772 á seguir la carrera de leyes, y le auxilió constantemente para que se sostuviese alli con el decoro y comodidad que convenia. Sus adelantamientos en aquella facultad fueron consiguientes á este esmero y á estas esperanzas. Melendez siguio todos los cursos, ganó todos los grados escolásticos desde bachiller hasta doctor; y al ver el lucimiento con que desempeno todas las pruebas y certámenes de su carrera, nadie diria que era el mismo joven, cuya aficion decidida á la poesía y humanidades iba ya abriéndose camino para ponerse al frente de la bella literatura de su pais.

Hallábase á la sazon en Salamanca por fortuna de Melendez D. Josef Cadalso. A unos talentos poco comunes para la poesía y las letras reunia este hombre célebre una erudicion estensa, un despejo, que solo se adquiere en el comercio del mundo y en los viajes, en fin un zelo por la gloria y adelantamiento de su patria, aprendido en la escuela y bajo la inspiracion de la virtud. Bondoso y apacible, chistoso y jovial siempre, á veces satirico sin rayar en maligno

ni en mordaz, su trato era amable é instructivo, su corazon franco, y sus principios indulgentes y seguros. Era entonces el tiempo en que él se hacia tanto lugar en el mundo literario por sus *Eruditos á la violeta* y por sus *Ocios*, publicados sucesivamente en los años de 72 y 73. Pero puede decirse, que de cuantos servicios hizo entonces á nuestra literatura, el mas eminente fue la formacion de Melendez.

Él conoció al instante el valor del joven poeta, se le llevó á su casa para vivir en su compañía, le enseñó á discernir las bellezas y defectos de nuestros autores antiguos; le adiestró á imitarlos, y le abrió tambien el camino para conocer la literatura de las sabias naciones de Europa. Todavía le proporcionó una instruccion mas preciosa en el hermoso ejemplo que le daba de amar á todos los escritores de mérito, de hacerse superior á la envidia, de cultivar las letras sin degradarlas con bajezas y chocarrerías. Los elogios que Cadalso ha prodigado á sus contemporáneos (1) en sus escritos, son un testimonio público de este noble caracter; y las poesías de Melendez, donde no hay una sola di-

(1) Luzan, Sedano, Moratin padre, y otros.

rigida á detraer el mérito ageno, y su carrera literaria, exenta de todo choque y combate, muestran cuánto le aprovecharon en esta parte los documentos de su maestro.

El género anacreóntico, en que Cadalso sobresalia, fue tambien el primero que cultivó Melendez, y prendado aquel de los progresos que hacia su alumno, viendo ya en los frutos precoces de su musa tanta pureza y tanta perfeccion, le aclamaba á boca llena por su vencedor, y en prosa y verso le anunciaba como el restaurador del buen gusto y de los buenos estudios en la universidad. Esta union íntima y franca entre discípulo y maestro se conservó hasta la muerte de Cadalso, sucedida, como todos saben, en el sitio de Gibraltar; y la bella cancion elegíaca que Melendez compuso á esta desgracia será, mientras dure la lengua castellana, un monumento de amor y gratitud, como tambien un ejemplar de alta y bella poesía.

A las instrucciones que recibió nuestro poeta de aquel insigne escritor ayudaban tambien el ejemplo y los consejos de otros hombres distinguidos, que residian y estudiaban entonces en Salamanca. Empezaba ya á formarse aquella escuela de literatura, de filosofia y de buen gus-

to que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gotico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta á la luz que brillaba á la sazon en toda Europa. La aplicacion á las lenguas sabias, asi antiguas como modernas, el adelantamiento en las matemáticas y verdadera fisica; el conocimiento y gusto á las doctrinas políticas y demas buenas bases de una y otra jurisprudencia; el uso de los grandes modelos de la antigüedad, y la observacion de la naturaleza para todas las artes de imaginacion; los buenos libros que salian en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicacion y de saber; en fin, el ejercicio de una razon fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad y de las redes caprichosas de la sofistería y charlatanismo; todo esto se debió á aquella escuela, que ha producido desde entonces hasta ahora tan distinguidos jurisconsultos, filósofos y humanistas. Señalábanse en ella (y no se hablará aqui mas que de los muertos para no ofender la modestia de los que aun viven) el Mtro. Zamora, autor de una gramática griega estimada; pero cuyo genio audaz, alma independiente, y caracter franco y resuelto, le hacian todavía mas estimable que su

libro; D. Gaspar de Candamo, catedrático de hebreo, el tierno amigo de Melendez, á quien está dirigida la bellísima despedida que se lee entre sus Epístolas; los dos agustinos Alba y Gonzalez, aquel apreciado por su grande instruccion, su gusto delicado y su ática urbanidad; este por la bondad inagotable de su caracter y su talento poético, en que hizo revivir á Luis de Leon; en fin, el festivo Iglesias, cuyos versos corren por las manos de todo el mundo, y que tan desigual á Melendez en la poesía noble y delicada se ha hecho un nombre tan conocido y tan clásico por sus Epígramas y sus Letrillas.

Estos fueron los principales amigos y compañeros de la juventud de Melendez, los que con su ejemplo y sus consejos vigorizaron su razon y enriquecieron su talento. Mas el hombre que, aunque ausente, contribuyó tal vez mas que otro alguno á su adelantamiento fue el insigne Jovellanos. Hallábase entonces en Sevilla, y ministro de su audiencia, cultivando las musas, la filosofia y las letras con el ardor generoso que toda la vida empleó en este noble ejercicio, y como preparándose á la carrera que despues siguió con tanta gloria. Llegaron á su no-

ticia los trabajos de los poetas salmantinos por medio del padre Miguel Miras, religioso de San Agustin y acreditado predicador, quien le puso en comunicacion con el maestro Gonzalez, y despues este con Melendez.

Consérvase todavía una gran parte de aquella primera correspondencia, monumento precioso, en que se ven retratados al vivo el candor, la modestia y sentimientos virtuosos del poeta, la marcha alternativa de sus estudios, las diferentes tentativas en que ensayaba su talento, y sobre todo el respeto profundo y casi idolatría con que veneraba á su Mecenas. Alli se ve de qué manera empleaba su tiempo, y cómo variaba sus tareas. Aplicóse en un principio á la lengua griega, y empezó á ensayarse á traducir en verso á Homero y á Teocrito; pero conociendo la inmensa dificultad de la empresa, y no estimulado á ella por la inclinacion de su talento, la abandonó muy luego. Despues se dedicó al inglés; lengua y literatura á que decia tener una inclinacion escesiva; añadiendo *que al Ensayo sobre el entendimiento humano deberia toda su vida lo poco que supiese discurrir*. Seguia entre tanto escribiendo y fortificando su ingenio con la composicion de sus Anacreónticas y Roman-

ces; y como su amigo le exortase al parecer á empresas mayores, él se escusaba modestamente diciendo: *en lo demas no tiene V. S. que esperar de mí nada bueno. Los poemas épicos, físicos ó morales piden mucha edad, mas estudio y muchísimo genio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamas.*

Segun le iban cayendo los buenos libros á la mano, asi los iba leyendo y formando su juicio sobre ellos, que al instante dirigia á su amigo. El tratado de educacion de Locke, el Emilio, el Anti-Lucrecio del Cardenal de Polignac, el Belisario de Marmontel, la Teodicea de Leibnizt, el inmortal Espíritu de las Leyes, la obra escelente de Wattel, con otros muchos libros igualmente célebres, eran el objeto de esta correspondencia epistolar, que manifiesta la severidad é importancia que ponia en sus lecturas aquel joven, que al mismo tiempo manejaba tan diestramente el laud de Tibulo y la lira de Anacreonte. Convencido de la máxima de Horacio, que el principio y fuente del buen decir son la filosofia y el saber, no se saciaba de aprender y de estudiar; y en sus lecturas, en sus cartas, en sus conversaciones, por todos los medios posibles, trataba de adquirir y aumentar aquel

caudal de ideas, que tanto contribuye á la perfeccion hasta en los géneros mas ténues del arte de escribir, y sin el cual los versos mas numerosos no son otra cosa que frívolos sonsonetes.

Estos estudios, unidos á los que le obligaba su carrera escolástica y el grado á que aspiraba, llegaron á minar su salud, produciéndole una destilacion ardiente al pecho, que le hacia á veces arrojar sangre por la boca. Durole este achaque mas de un año, la calentura empezó á declararse, los médicos adelantaban poco, y sus amigos llegaron ya á desconfiar de su vida. Jovellanos le convidaba á Sevilla, á ver si con la templanza y abrigo de aquel clima se atajaban los progresos del mal, y su salud se reponia. Él se negó á esta invitacion; pero suspendiendo sus tareas, y tomando un régimen dietético apropiado á su estado, y observado rigurosamente por mucho tiempo, empezó á ganar terreno. El moderado ejercicio que hacia á las orillas del Tórmes le acabó al fin de asegurar. Eran estos paseos frecuentemente solitarios: Melendez, á quien ya habian llegado los escritos de Thomson, de Gesner y de Saint-Lambert, se acostumbró entonces á observar la naturaleza en los campos al modo de estos poetas, y su aficion y talento para

la poesía descriptiva se empezaron á desenvolver. Por manera que á esta dolencia y á estos paseos en la soledad se deben las riquezas esquisitas con que en esta parte engalano nuestro escritor las musas castellanas.

Tuvo despues otro contratiempo, que él sintió mas que su enfermedad, y era en efecto mas irreparable. Su hermano D. Estéban adoleció gravemente en Segovia. Muertos como eran ya sus padres, él era su protector, su amigo, su hermano; él podia decirse que le habia criado, y á él debia las primeras semillas de la virtud y de la sabiduría. Voló pues al instante á cumplir con su obligacion, á asistirle ó á morir, como él decia, de dolor á su lado. Llegó, y á pesar de las esperanzas que al principio dió una falsa mejoría, aquel respetable eclesiástico falleció á pocos dias (4 de Junio de 1777), dejando á su hermano huérfano, desvalido, abandonado á su ingenio y á sus recursos. Sintió estremadamente Melendez este golpe de fortuna; porque ademas del entrañable amor que los dos hermanos se tenian, contemplaba el desamparo en que quedaba. El aspecto de la escena del mundo que se abria delante de él, y en que iba á entrar sin guia y sin apoyo, le estremecia de terror. Vi-

nieron los consuelos de sus amigos á aliviarle en su amargura. Jovellanos especialmente volvió á ofrecerle su casa y sus socorros; pero Melendez, deshaciéndose en espresiones de ternura y de agradecimiento, rehusó segunda vez prestarse á su generosidad. La proteccion del obispo de Segovia, las conexiones que tenia ya en Salamanca, la direccion dada á sus estudios en aquella universidad, todo le separaba de trasladarse á Sevilla, quizá tambien el noble sentimiento de la independencia, poco airosa siempre cuando se vive á costa de otro, aunque sea un amigo. Su corto patrimonio le bastaba para llegar al fin de sus estudios; y *la ley misma de la amistad*, escribia él entonces á su favorecedor, *que nos manda que nos valgamos del amigo en la necesidad, manda tambien que sin ella no abusemos de su confianza.*

El estudio á que se volvió á entregar con mas intension que nunca, fue una distraccion poderosa de su amargura; y el tiempo como suele, acabó al fin de disiparla. Dióse entonces á la lectura y estudio de los poetas ingleses. Pope y Young le encantaban: del primero decia *que valian mas cuatro versos del* Ensayo sobre el hombre, *y mas enseñaban y mas alabanza mere-*

cian que todas las composiciones suyas. Al segundo trató de imitar, y de hecho lo hizo en la cancion intitulada la *Noche y la Soledad.* Mas su desconfianza era estremada; y al remitir este poema á su amigo le decia con una modestia, á todas luces escesiva, que aquella cancion al lado de las *Noches* era una composicion lánguida, su moral débil, sus pensamientos vulgares, las pinturas poco vivas y los arrebatamientos frios. El detractor mas encarnizado del poeta no le hubiera tratado con mas rigor; y aunque aquella cancion á la verdad se resiente de la juventud del escritor, cuya musa no tenia aun vigor suficiente para asuntos de esta naturaleza, todavía hay alli bastantes bellezas de espresion, de versificacion y de estilo, para no merecer una censura tan agria como la que su mismo autor hacia de ella.

Entre tanto se acercaba la época en que habia de empezar á coger las palmas debidas á tanta aplicacion y á estudios tan seguidos. Habia la Academia española abierto ya el campo á la emulacion de nuestros ingenios con los premios que anualmente distribuia á las obras mas distinguidas de poesía y de elocuencia, cuyos asuntos proponia ella misma. En el primer concurso

no se sintió con bastantes fuerzas para entrar en la palestra: en el segundo le detuvo la aversion que tenia al romance endecasílabo, clase de versificacion que aborrecia, considerándola como producto del mal gusto del siglo anterior, y en que no se creia capaz de componer ni un cuarteto. Mas cuando la Academia en la tercera concurrencia propuso por argumento la felicidad de la vida del campo en una égloga, Melendez que se vió en su elemento, entró animoso en la lid, con las esperanzas que le daban el caracter de su talento y sus escelentes estudios; y era bien dificil por cierto que sus numerosos rivales le arrancasen el lauro de la victoria.

Descollaba entre ellos un hombre, que por la cortesanía de su trato, por la variedad de sus talentos, por su aplicacion laudable y sus escritos, se habia adquirido un lugar eminente en la sociedad y en las letras. Crítico ingenioso y sagaz, escritor puro, urbano y elegante, su juicio era sano y seguro, su erudicion grande y escogida. Si á estos dones se añaden el talento decidido para la música, sus conocimientos profundos en este arte, la gracia y felicidad para la conversacion, sus conexiones con las primeras clases de la sociedad, donde era altamente es-

timado y acogido; en fin, la celebridad que ya tenia por su poema sobre la música, su traduccion del arte poética de Horacio y otras obras entonces apreciadas, se vendrá en conocimiento que un concurrente de esta clase debia ser de mucho peso en la balanza, y poner en duda el vencimiento.

Mas Iriarte no podia dar á sus versos aquel colorido y armonía que se llama poesía de estilo, y que es hija necesaria de una fantasía vivaz y de una sensibilidad esquisita y delicada, prendas que absolutamente le faltaban. Él hizo una composicion, que tiene mas aire de disertacion que de égloga; mientras que la de su rival, segun la feliz espresion de uno de los jueces del concurso, *olia toda á tomillo* (1). Los pastores de Iriarte controvierten su argumento, y uno de ellos da á su compañero una leccion de economía doméstica, y aun de moral: los de Melendez sienten, y la espresion de su sentimiento y de su alegría hecha en versos delicados, fáciles, elegantes y verdaderamente bucólicos, es el mas bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella. *Batilo*, pues, fue co-

(1) D. Antonio Tavira.

ronado por la Academia, y los aplausos del mundo literario que le han seguido hasta ahora, y le seguirán probablemente mientras dure la poesía castellana, han respondido harto decisivamente á la crítica injusta y ligera que el despecho de ser vencido arrancó entonces á Iriarte.

El año siguiente (1) vino Melendez á Madrid. Su amigo Jovellanos, que habia sido promovido desde la audiencia de Sevilla á Alcalde de Casa y Corte, y despues á Consejero de Ordenes, hacia ya tres anos que se hallaba en esta capital, y Melendez tuvo entonces el gusto de abrazarle y conocerle por primera vez Presentábase á él adornadas las sienes con una corona poética, y logrado un triunfo en el primer paso que daba en la carrera. Jovellanos que tanta parte tenia en esta gloria, y que vio llenas las esperanzas que se habia prometido en su talento, le recibio con la mayor ternura, le hospedó en su casa le hizo conocer de todos sus amigos, y le proporciono al instante la ocasion de coger otros nuevos laureles.

Era costumbre de la Academia de S. Fernan-

(1) 1781.

do dar la mayor solemnidad á las juntas trienales que celebraba para la distribucion de sus premios. La elocuencia, la poesía y la música se esmeraban á porfia en obsequiar á las artes del dibujo, dando asi aparato y lucimiento á aquellas magníficas concurrencias. Ibase á celebrar entonces junta trienal. Jovellanos debia leer un discurso, y Melendez fue convidado á ejercitar su ingenio sobre el mismo argumento. Era esta una especie de prueba no menos ilustre é importante, si no tan empeñada como la primera. Luzan, Montiano, Huerta, D. Juan de Iriarte y otros escritores señalados habian dado alli el tributo de su alabanza poética, cada uno en forma y composiciones diversas, segun la diferencia respectiva de su ingenio y de su fuerza. Nadie pudo presumir entonces que el alumno de Gesner y de Garcilaso tuviese resolucion para dejar la avena pastoril, y tomar atrevidamente la lira de Píndaro en sus manos. Mas al verle en aquella hermosa oda cantar la gloria de las artes, con un entusiasmo tan sostenido y tan igual; describir con tanta inteligencia como elegancia los monumentos clásicos del cincel antiguo, dar en sus bellos versos realce y brillo á los pensamientos de Vinkelman,

con quien manifiestamente lucha; ensalzar la nobleza y dignidad del ingenio humano, que sabe elevarse á tanta altura; y por último sostenerse en un vuelo tan dilatado sin desmayar, sin decaer, sin que se confundan ni alteren las formas regulares del plan con la energía y el desahogo de la ejecucion, y en una poesía de estilo tan perfecta y tan acabada; al ver pues reunidas tantas clases de mérito en una composicion sola, cuantos la oyeron, cuantos la leyeron, quedaron pasmados de admiracion; y tributando al poeta los aplausos debidos á su eminente talento, pusieron en su frente la corona que nadie ha podido ni antes ni despues disputarle.

En medio de estas satisfacciones tuvo tambien la de obtener la cátedra de prima de humanidades de su universidad, que habia sustituido algun tiempo, y á que tenia hecha oposicion. Al ano siguiente de 82 recibio el grado de licenciado en leyes, y el de doctor en el inmediato de 83. En este mismo ano, y poco antes de recibir el último grado, habia contraido matrimonio con Dona Marıa Andrea de Coca y Figueroa, senora natural de Salamanca, é hija de una de las familias distinguidas de la ciudad. Pero

como la cátedra apenas le daba ocupacion, y de su casamiento no tuvo hijos, el poeta á pesar de haber tomado estado y colocacion, quedó libre para seguir sus estudios favoritos, y entregarse enteramente á la filosofia y á las letras.

El ajuste definitivo de la paz con Inglaterra y el nacimiento de dos Infantes gemelos con que se creyó asegurada la sucesion á la corona, malograda en otros dos Infantes que habian muerto anteriormente, dieron ocasion á las magníficas fiestas que preparó la villa de Madrid en el año de 84 para solemnizar estos sucesos. Abrióse concurso á los poetas españoles para que presentasen en el término de sesenta dias composiciones dramáticas, que fuesen originales, capaces de pompa y ornato teatral, y apropiadas al objeto de la solemnidad, ofreciendo premiar las dos que mas sobresaliesen. Entre cincuenta y siete dramas de todas clases que se presentaron, obtuvieron el premio *Las bodas de Camacho el rico* de Melendez, y *Los Menestrales* de D. Cándido María Trigueros, que fueron representadas con toda pompa y aparato, la primera en el teatro de la Cruz, y la segunda en el del Principe. Mas el éxito no correspondió al crédito de sus autores, á la decision de los jueces, ni á la espectacion

del público. No hablaremos aqui de la obra de Trigueros, condenada desde entonces al olvido, de que no se levantará jamas; pero la pastoral de Melendez, á pesar de las inmensas ventajas que podian dar al escritor su práctica y su talento para esta clase de estilo, tuvo desgraciadamente que luchar con el doble inconveniente del género y del asunto.

Estrecho en sus límites, sencillo en sus pasiones y costumbres, uniforme en los objetos en que se emplea, el drama pastoral no puede nunca presentar por sí solo el interes necesario para sostenerse en el teatro. A fuerza de belleza y de elegancia en el estilo, en los versos y en el diálogo, puede interesar y hacerse leer el *Aminta*, primero y único modelo de este género de poesía. Guarini, que despues quiso darle mayor fuerza y complicacion en su *Pastor Fido*, le desnaturalizó, y produjo una especie de monstruo, á que dió el nombre de tragi-comedia, y cuyos defectos apenas pueden salvarse con el lujo de ingenio y galas poéticas que prodigó en él. Los demas que han seguido sus huellas se han perdido sin poderlos alcanzar; de manera que puede sentarse por máxima, que estos dramas si han de ser pastoriles no pueden ser teatrales, y si se

los hace teatrales dejan de ser pastoriles.

Melendez se perdió tambien como tantos otros, y esta desgracia la debió en mucha parte á la mala eleccion del asunto. Habia ya mucho antes pensado Jovellanos que el episodio de Basilio y de Quiteria en el Quijote podria ser argumento feliz de una fábula pastoral; siendo tal su calor en esta parte, que tenia estendido el plan y escitado á sus amigos á ponerle en ejecucion. Melendez se comprometió á ello, tal vez con demasiada ligereza, y creyó haber llegado el caso cuando se anunció el concurso por la villa de Madrid. Se ignora hasta qué punto el plan de su pastoral se conformó con el de su amigo; pero es cierto que nada tiene de interesante ni de nuevo. Cervantes en su episodio habia pintado unos labradores ricos de la Mancha, y la magistral verdad de su pincel los retrata tan al vivo, que nos parece verlos y tratarlos. De estos personages y costumbres tan conocidas hacer pastores de Arcadia ó de siglo de oro, como era necesario para que cuadrasen con ellos las espresiones y los sentimientos que se les prestan, era ya equivocar la semejanza y desnaturalizar el cuadro. Vienen en fin á acabarle de desentonar las dos figuras grotescas de D. Quijote y San-

cho, porque ni sus manías, ni su lenguage, ni su posicion se ligan en modo alguno con los demas personages. Si á esto se añade la temeridad de hacerles hablar y obrar, sin tener el ingenio y la imaginacion de Cervantes para ello, se verá bien clara la causa de no haber encontrado *Las bodas de Camacho* una buena acogida ante el público, que las oyó entonces friamente; y no las ha vuelto á pedir mas. Este fallo parece justo y sin apelacion. Sin embargo, en los trozos que hay verdaderamente pastoriles, ¡ qué pureza no se advierte en la diccion, qué dulzura y fluidez en los versos, qué verdad en las imágenes, qué ternura en los afectos! Los coros solos por su incomparable belleza y por la riqueza de su poesía llevarán adelante esta pieza con los demas versos de Melendez, y atestiguarán á la posteridad que si el escritor dramático habia sido infeliz en su ensayo, el poeta lírico no habia perdido ninguna de sus ventajas.

Los detractores de Melendez se guardaban bien de hacer esta justicia á las prendas poéticas de su estilo; y apoyados en el poco favorable éxito que la pieza habia tenido en el teatro, y de la especie de afectacion que resultaba del continuo uso de arcaismos y formas líricas, á la

verdad no muy propias del diálogo teatral, disparaban contra él y contra su compañero el diluvio de epígramas que el despecho de su desaire les sugeria. La mayor parte habian concurrido al premio que no habian podido conseguir. Pero de estas satirillas solo se conservan en la memoria de los curiosos algun otro soneto dè Iriarte y del marques de Palacios, cuyo mérito es ya bastante para justificar esta especie de preferencia.

Melendez dió la mejor respuesta á sus adversarios, publicando el primer tomo de sus poesías en el año inmediato de 1785, con el cual acabó de echar el sello á su reputacion literaria. La aceptacion que logró desde el momento en que se dió á luz, puede decirse que no tenia ejemplo entre nosotros. Cuatro ediciones, una legítima y las demas furtivas, se consumieron al instante. Hombres y mugeres, jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban el libro de las manos, todos aprendian sus versos, todos los aplaudian á porfia. Quien preferia la gracia inimitable y la delicadeza de las anacreónticas; quien la sensibilidad y el gusto esquisito de los romances; quien aquel estilo verdaderamente poético, lleno de imaginacion y

color, que anima y ennoblece hasta las cosas mas indiferentes. Los amantes de nuestra poesía antigua, que vieron tan felizmente seguidas las huellas de Garcilaso, de Leon y de Herrera, y aun mejoradas en gusto y perfeccion, saludaron al poeta como el restaurador de las musas castellanas, y vieron con alegría desterrado el gusto prosaico y trivial que generalmente dominaba á la sazon en nuestro Parnaso. Dilatóse el aplauso fuera de los confines del reino; y empezó á oirse tambien en los paises extrangeros: la Italia fue la primera, y mientras que los doctos jesuitas, que sostenian alli el honor y reputacion de nuestras letras, le escribian el parabien, las Efemérides de Roma entre otros muchos elogios señalaban aquel libro como una reconciliacion con los sanos y verdaderos principios del buen gusto en la bella y amena literatura. Diferentes imitaciones de algunos poemas se hicieron despues en frances y en ingles. En España la juventud estudiosa le habia tomado ya por modelo, de modo que apenas publicado y conocido, se le tuvo por un libro clásico, y un ejemplar esquisito de lengua, de gusto y poesía.

Estos triunfos y esta primacía no fueron

conseguidos por Melendez en un tiempo oscuro, ageno de aplicacion y de actividad literaria, en que á poco esfuerzo y á poco talento se pudiera ganar una nombradía, que nadie disputa ni controvierte. Era en la época tal vez mas brillante y estudiosa que hemos tenido desde el siglo XVI. Cuando se echa la vista á aquel decenio que medió desde la publicacion del *Batilo* hasta el año de 90, asombra el incremento que habian tomado las luces, y el vigor con que brotaban las buenas semillas esparcidas en los tiempos de Fernando VI y primeros años de Cárlos III. En el sinnúmero de escritos que cada año se publicaban, en las disertaciones de las academias, en las memorias de las sociedades, en los establecimientos científicos fundados de nuevo, en los de beneficencia, que por todas partes se erigian y dotaban, en las reformas que se iban introduciendo en las universidades, en las providencias gubernativas que salian conformes con los buenos principios de administracion, en el aspecto diferente que tomaba el suelo español con los canales, caminos y edificios públicos que se abrian y levantaban; en todo finalmente se veia una fermentacion, que prometia continuada los mayores progresos en la rique-

za y civilizacion española. Habia tal vez demasiadas guerrillas literarias, tal vez no se seguia en el fomento de los diferentes ramos en que está cifrada la prosperidad social, el orden que la naturaleza prescribe, y se daba al ornato del edificio un cuidado y un esmero que reclamaban mas imperiosamente sus cimientos. Pero esto nada quita del honor que se merece una época de tanta vida, de tanto ardor, de tanta aplicacion, y cuyos productos disfrutamos todavía al cabo de treinta años en que hemos estado gastando sin cesar, y puede decirse que sin reponer.

En esta época, pues, fue cuando Melendez se hizo por sus estudios un lugar tan preferente, y este lugar no se le daban hombres ineptos ó medianos; eran los Jovellanos, los Campomanes, los Taviras, los Rodas, los Llagunos; lustre y apoyo unos y otros del Estado, de la filosofia y de las letras. Despues de pasar el invierno en los ejercicios de la universidad y de su cátedra, solia venir á gozar en el verano de las delicias de la Corte, á mostrar á sus amigos sus nuevos trabajos, á recibir sus consejos, y á disfrutar del cariño y aprecio que en todas partes se le tributaba. La dulzura de su genio y de

sus costumbres; un no sé que de infantil que habia en su conversacion y en sus modales, en que centelleaban á veces unas llamaradas de entusiasmo, y una estension de saber, que por lo mismo sorprendian mas; en fin la misma facilidad de su trato, y puede decirse que su escesiva docilidad, le adquirian amigos y conexiones, y le hacian parecer el niño mimado de la sociedad y de las musas.

¡Dichoso él si hubiera sabido ó podido prolongar aquel agradable período de su vida! Sea que sus negocios particulares lo exigiesen, sea que se cansase de oir á algun necio, que no servia mas que para hacer coplas, sea en fin que quisiese darse una consideracion en el mundo, que rara vez consiguen por sí solos los hombres de letras en España, Melendez á muy luego de haber publicado su primer tomo empezó á solicitar un destino en la magistratura. Las musas debieron estremecerse al verle tomar esta resolucion, y mucho mas de vérsela cumplir. Provisto en Mayo de 1789 para una plaza de Alcalde del Crímen de la Audiencia de Zaragoza, y tomado posesion de ella en Setiembre del mismo año, sus trabajos poéticos, sus estudios literarios, toda aquella amenidad de ocupaciones que antes le

llenaba, debió ceder á atenciones mas urgentes, de mayor trascendencia y responsabilidad.

Mostróse empero igual y robusto para la carga que habia echado sobre sus hombros; y el foro español deberá contarle siempre entre sus mas dignos magistrados. Los buenos estudios que habia hecho para instruirse en esta carrera, y los excelentes libros de legislacion, de política y de economía con que habia vigorizado su primera enseñanza, le ponian á la par con cualquiera de los que se hubiesen dedicado esclusivamente al estudio del derecho. Y si despues se observan su puntual asistencia al tribunal, su zelo en transigir y componer amigablemente las querellas de los litigantes, su afabilidad y franqueza para oirlos, el interes humano y compasivo con que visitaba á los presos aceleraba sus causas, y les repartia socorros. su vigilancia en el buen orden y policía, en fin su incorruptible integridad, y su inseparable adhesion á la justicia, prendas y virtudes todas que aun recuerdan Zaragoza y Valladolid con aplauso y gratitud, se convendrá fácilmente en que Melendez no era menos digno de respeto como hombre público, que de admiracion como poeta.

Promovido á Oidor de la chancillería de Va-

lladolid en 1791, fue comisionado poco tiempo despues por el Consejo de Castilla para la reunion de cinco hospitales en Avila de los Caballeros. La independencia que cada uno de ellos pretendia, y la repugnancia á sacrificar su interes particular al general que debia resultar de la reunion, hizo embarazoso este encargo, que costó á Melendez muchas fatigas y disgustos, un viage á Madrid, y dos enfermedades de que estuvo muy á peligro. Estos contratiempos le hicieron restituirse á Valladolid, donde, alternando las graves ocupaciones de su destino con el trato de sus amigos, y alguna vez con el de las letras, permaneció hasta 1797, en que fue nombrado Fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte.

Habia el poeta guardado silencio desde que publicó el primer tomo de sus obras hasta esta última época. Solas dos veces le habia roto: la primera, enviando una oda á la Academia de San Fernando para la distribucion de premios del año de 87; y la segunda, con una epístola á su amigo D. Eugenio Llaguno, cuando fue hecho ministro de Gracia y Justicia en 1794. En esta segunda oda á las artes se advirtió una alteracion notable en el estilo; el cual, si bien menos per-

fecto y esmerado que en la primera, habia adquirido una firmeza, una rapidez y una audacia no conocidas antes en el autor, ni usadas despues por él. En la epístola es cierto que el incienso prodigado al poder descontentó á los amantes de la dignidad é independencia literaria. Pero no hubo nadie que no aplaudiese al generoso y bellísimo recuerdo hecho alli de Jovellanos (1), á la censura rigorosa y justa de las universidades, y á otras enérgicas y grandes lecciones que se daban á la autoridad; todo en una diccion la mas noble y elegante, y en versos magistralmente

(1) Estaba entonces aquel grande hombre en desgracia de la Corte, y desterrado bajo un pretexto honroso á Gijon: era pues bien laudable en tales circunstancias hablar de él, y pedir su vuelta como lo hizo en los versos siguientes.

Dale, y á tí y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo aquel que en noble
Santo ardor encendido noche y dia
Trabaja por la patria, raro ejemplo,
De alta virtud y de saber profundo......
Débate mi amistad tan suspirada
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
Tú le conoces, y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.

ejecutados. Así estas muestras, en que ya se veia unida la madurez del talento con la robustez de la razon, hacian desear cada vez mas la continuacion de las poesías, ofrecida cuando dió á luz el primer tomo. Su nueva carrera se lo habia estorbado; pero al fin teniendo algun mas tiempo en Valladolid, obligado en cierto modo por aquella promesa, y estimulado por sus amigos, puso en orden y corrigió sus manuscritos, y reimprimió el tomo primero, añadiéndole otros dos, que fueron publicados en Valladolid en aquel año de 97.

Salió esta edicion enriquecida con un crecido número de poesías de muy diferente gusto y estilo que las primeras; porque el poeta habia levantado su ingenio á la altura de su siglo; y los objetos mas grandes de la naturaleza, las verdades mas augustas de la religion y de la moral eran el argumento de sus cantos. Trozos descriptivos de un orden superior, elegías fuertes y patéticas, odas grandiosas y elevadas, discursos y epístolas filosóficas y morales, en que el escritor toma alternativamente el tono de Píndaro, de Horacio, de Thomson y de Pope, y saca de la lira española acentos no aprendidos antes de ella, ennoblecen esta coleccion, y la recomiendan

igualmente á los ojos del filósofo y del político que del humanista y del poeta.

Mas á pesar de su relevante mérito, y á pesar tambien de los bien merecidos elogios que de Italia y de Francia se unieron á los de España para congratular al autor, es fuerza confesar que la aceptacion que tuvieron estas poesías no fue tan grande ni tan general como la que habian logrado las primeras. La época en primer lugar no era tan á propósito para esta clase de triunfos literarios: la atencion de los hombres se habia vuelto casi esclusivamente á los sucesos políticos, que amenazando trastornar la faz de la Europa toda, no dejaban apenas otro interes á la imaginacion que el de los temores ó esperanzas que ellos prometian. Aun cuando esta disposicion de animos fuese diferente, no era de esperar tampoco un efecto tan feliz como el de la publicacion primera, mucho mas habiendo mediado tanto tiempo entre una y otra. Los asuntos á la verdad eran grandes y severos en la mayor parte; pero no análogos al gusto y opiniones dominantes en aquella segunda época. Abstractos y metafisicos, repetidos con alguna prodigalidad, y no siempre con igual acierto, su desempeno, aunque frecuentemente grande y poéti-

co, no era con mucho tan perfecto como el de los templados y juveniles. La composicion en ellos no presenta siempre aquel interes progresivo que acrecienta el gusto desde el principio hasta el fin. Se nota aqui esfuerzo, allá declamacion, y en no pocas partes falta de concision y de energía; como si la índole del autor no fuese para esta clase de argumentos. Por último, insertó composiciones que no tuvieron aceptacion ninguna: la caida de Luzbel, algunas traducciones, alguna oda, algun discurso demasiado largo y tal vez prosáico, no parecieron ni han parecido nunca dignas de las demas. El mérito de Melendez es tan grande, su reputacion y su gloria tan afianzadas y reconocidas, que nada pierden sin duda con estas observaciones imparciales, nacidas del amor á la verdad, y que él mismo oyó alguna vez de sus amigos con tanta docilidad como modestia.

En el prólogo que les puso al frente intentó probar que en nada derogaban los estudios poéticos á la dignidad de magistrado, y que ninguna incompatibilidad tenian con los deberes y talentos de hombre público y de negocios Seria sin duda mejor que los que reciben del cielo el don divino de pintar la naturaleza en bellos

versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginacion agena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que agita á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta eminente no debiera ser mas que poeta: asì conservaria mejor su independencia y el decoro debido al ministerio de las musas, sus talentos se desplegarian con toda estension y libertad, y los necios no afectarian señalarle con un nombre que ellos no entienden, y que en su boca es un apodo de frivolidad y de insuficiencia. Mas esto camina ciertamente sobre una suposicion imposible. La fortuna, las circunstancias, el interes de las familias, momentos tambien de error y de flaqueza sacan á los hombres de su esfera, ya para mas, ya para menos; sobre todo en un pais como el nuestro en que tan pocos recursos tienen los escritores para subsistir como tales. ¿Qué hacer pues? se dirá: lo que hacia Melendez: ser un gran poeta en sus versos, y un sabio y recto magistrado en su tribunal.

Mas lo que él no debiera haber hecho es empeñarse tanto en disculparse. Quien estaba siendo un modelo de integridad, aplicacion y capacidad en el foro, no tenia que probar nada; ni

necesitaba de apología ninguna: á sus detractores tocaba hacerla, si es que podian, de su propia necedad. Esta especie de escusas no sirven para los hombres de razon, porque no las necesitan; ni tampoco para los preocupados, porque no los convencen. Tienen ademas otro inconveniente, y es dar al que las hace el aire de poca seguridad en el crédito y dignidad de su arte; y cierto que un tan gran poeta en ninguna ocasion, ni por pretexto alguno, debia desdeñarse de su talento (1).

A poco tiempo despues de publicada esta edicion fue, como se dijo arriba, nombrado fiscal de la sala de Alcaldes de Casa y Corte, de cuya plaza tomó posesion en 23 de Octubre de aquel año de 97. Como la avanzada edad y achaques de su antecesor tenian muy atrasados los negocios de la fiscalía, Melendez se dio á despacharlos por sí mismo con tal actividad y aplicacion, que no solo le faltaba tiempo para otros estu-

(1) El abate D. Juan Andres era mas franco: en la carta que le escribió entonces le decia: *¿Y qué pueden decir los mas severos censores contra un magistrado que publica tan apreciables poesías? Yo antes bien creeré que una mente que con tanta verdad sigue en sus versos lo bello, no se apartará en sus sentencias de lo justo.*

dios, mas tambien para el trato con sus amigos. Ofreciéronsele en la corta duracion de su cargo causas graves y curiosas, donde hizo prueba de su juicio y de su talento; entre ellas la de la muerte de Castillo, cuya acusacion fiscal corre en el público como un modelo de saber y de elocuencia. Estas puede decirse fueron las últimas satisfacciones que tuvo en su carrera; y la suerte le preparaba ya el cáliz de afliccion que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos dias que les concede de gloria y de alegría. Mas para proceder á contar estos desagradables sucesos es preciso tomar las cosas de mucho más arriba.

La revolucion francesa no habia sido mirada al principio por los potentados de Europa sino como un objeto de risa y pasatiempo. Crecio el coloso, y aquel sentimiento de desprecio paso en un instante á miedo y aversion. La guerra y las intrigas fuera, la persecucion y el espionage dentro, fueron los medios á que apelaron para contener aquel gran movimiento, y ahogar unas opiniones en que creyeron comprometida la estabilidad de sus tronos. El mundo ha visto lo que han conseguido con esos

formidables ejércitos, con esas interminables cruzadas, que por espacio de treinta anos han desolado la Europa. Ni les han aprovechado mas tampoco las medidas inquisitoriales en el interior de sus Estados; pues haciéndolos odiosos, han sofocado en los ánimos el amor y la confianza. bases las mas firmes de la autoridad y del poder. A menos costa sin duda les era facil conseguir libertarse á sí mismos y á sus pueblos del contagio que temian. Arreglando bien su hacienda, gobernando en el interes general de sus súbditos, y no en el particular de su corte y sus ministros; en una palabra, siendo justos y prudentes tenian puesta la barrera mas impenetrable á aquellas novedades (1). Pero el poder no se estima sino por el abuso que de él se hace; y asi se verificó desgraciadamente en España. Habia coincidido la muerte de nuestro Cár-

(1) Los pueblos no se alteran nunca mientras su situacion es agradable, ó á lo menos llevadera. *No basta*, dice un célebre escritor español, *que los pueblos esten quietos; es preciso que esten contentos, y solo en corazones insensibles ó en cabezas vacías de todo principio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo.*=Jovellanos.

los III con las alteraciones de Francia; y cuando era necesaria mayor diligencia en gobernar, mayor circunspeccion en conducirse, entonces se dió la señal entre nosotros á todos los caprichos de la arbitrariedad, á todos los desconciertos de la ignorancia y de la insensatez. El escándalo de poner en circunstancias tan dificiles el timon del Estado en manos de un favorito sin educacion política y sin experiencia, acrecentaba la murmuracion y el descontento, y estos á su vez producian el encono y la persecucion. Y como los primeros y mas nobles pasos de la revolucion francesa eran debidos sin duda á las luces y adelantamiento del siglo, la autoridad se puso en un estado constante de hostilidad con el saber. Ya se habian suprimido los periodicos que mas crédito tenian por las verdades útiles que propagaban (1); se habia retirado poco á poco la proteccion y fomento que se daba á los

(1) *El Censor*, *el Correo de los Ciegos*, *el Corresponsal* y otros. El Gobierno al parecer habia tomado entonces á su cargo confirmar el dicho ingenioso y mordaz de un escritor, que preguntado por qué los que mandaban aborrecian á los sabios; *por lo mismo*, respondió, *que los malhechores nocturnos aborrecen à los reverberos.*

estudios, se oían delaciones, se sembraban desconfianzas. Díose en fin la señal á las persecuciones personales con la prision del conde de Cabarrus en el año de 90, y sus grandes talentos, su incansable actividad, el brillo que acompañaba sus empresas, los establecimientos importantes y benéficos que habia proyectado y erigido, los bienes infinitos que habia hecho á tantos particulares, no le pudieron salvar de un proceso enfadoso, de un encierro cruel y dilatado, y de un éxito al fin que tenia mas apariencia de favor que de justicia. Jovellanos, ausente á la sazon en Salamanca, voló á Madrid en socorro de su amigo, y no logró otra cosa que ser envuelto en su ruina. Sucedíanse de tiempo en tiempo y á no mucha distancia estas tristes proscripciones, que ademas de los muchos particulares, frecuentemente víctimas de delaciones oscuras, y á veces de su misma imprudencia, venian á herir las cabezas de personas eminentes ó por sus empleos, ó por su crédito, ó por su saber. A la desgracia de Cabarrus y Jovellanos siguió la de Floridablanca y su partido: á esta la del conde de Aranda: diferentes consejeros de Castilla fueron desterrados despues, por no avenirse bien con su gobernador

el conde de la Cañada: este cayó á su vez víctima de una intriga de palacio; cerrándose entonces aquella serie de miserias con la escandalosa causa sobre la impresion de las *Ruinas* de Volney. Vióse en ella dar á una simple especulacion de contrabando el caracter de una gran conjuracion politica, y tratar de envolver como revolucionarios y facciosos á cuantos sabian algo en España. Las cárceles se llenaron de presos, las familias de terror; y no se sabe hasta donde la rabia y la perversidad hubieran llevado tan abominable trama, si la disciplina ensangrentada de un hombre austero y respetable, y el ultraje atroz que con ocasion de ella se le hizo, no hubieran venido oportunamente á atajar este raudal de iniquidades (1). El escándalo fue tan grande y el grito de la indignacion pública tan fuerte, que la corte abrió los ojos, y retirando su confianza de aquellos viles maquinadores, la

(1) Para los lectores que no tengan noticia de este acontecimiento singular no basta la indicacion sumaria que aqui se hace; y quizá seria conveniente no solo para satisfacer su curiosidad, sino tambien para escarmiento público, entrar en mas largas explicaciones. Pero el pudor y la decencia no se lo consienten á la historia.

dió, ó aparentó darla, á hombres conocidos en el reino por su sabiduria y su virtud. Entonces fue cuando se nombró á Jovellanos Ministro de Gracia y Justicia, á Saavedra de Hacienda, y al conde de Ezpeleta Gobernador del Consejo; tres hombres dignos sin duda y capaces de restaurar el Estado, si el Estado no hubiese tenido ya una enfermedad incurable mas poderosa que su capacidad y sus fuerzas.

Vióse entonces Melendez en el colmo de sus deseos: su amigo en el ministerio, él establecido en Madrid, y el camino llano para llegar al puesto descansado y preeminente que sus servicios y estudios merecian. Individuo de la Academia de S. Fernando desde que recitó en ella su hermosa oda, y admitido en el seno de la Española en el año de 98, reunia en sí los honores literarios que podia desear; y era considerado y respetado dentro y fuera de España como el primer talento de su tiempo y su Nacion. Mas toda esta perspectiva de bonanza y de ventura se anubló de repente, y desapareció como el humo. No pertenece á la historia particular de nuestro poeta contar menudamente los resortes secretos por los que fueron traidos al ministerio Saavedra y Jovellanos, ni tampoco

las intrigas de corte que mediaron, cuando fueron despedidos. Lo que sí no debe pasarse en silencio es, que en los cortos momentos de favor que Melendez logró del Príncipe de la Paz cuando le dedicó las poesías, uno de sus mayores cuidados y su principal empeño fue disipar las prevenciones que el privado tenia contra su ilustre amigo, y rehabilitarle en su estimacion y confianza. Cuando despues, á pesar de la aparente desgracia del favorito, los dos Ministros fueron sacrificados á su resentimiento y su venganza, Melendez fue tambien sacrificado con ellos y desterrado á Medina del Campo (1), previniéndole que saliese de Madrid en el término de veinte y cuatro horas, y que esperase órdenes allí.

Obedeció y partió: entre tanto sus amigos consiguieron del nuevo ministerio mitigar el rigor de las órdenes con que se le amagaba, y convertirlas en la insignificante comision de inspeccionar unos cuarteles que se estaban construyendo mucho tiempo habia de los fondos de aquella villa. Algo mas tranquilo con esta demostracion de condescendencia, se entregó al estudio y al retiro, al trato de los amigos que su ama-

(1) 27 de Agosto de 1798.

ble y apacible índole le facilitaron en el pueblo, y de los que ó por recomendacion, o atraidos de su celebridad, venian á visitarle del contorno. Dióse al ejercicio de las obras de beneficencia que su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salian estos infelices de alli por lo regular sin acabar de convalecer: él los recogia, él los vestia, él los alimentaba, y ellos le bendecian como un amigo y un padre. En medio de tan inocentes y virtuosas ocupaciones, y ageno de toda gestion y negocio público, debia considerarse seguro en aquel asilo y á cubierto de los tiros de la malignidad. No fue asi por desgracia; y otra nueva tormenta le amenazaba mas negra y peligrosa que la primera.

Uno de aquellos hombres que ejercitándose toda su vida en obras de villanía y perversidad no logran subir al poder sino por el escalon de la infamia; de aquellos para quienes la libertad, el honor y aun la vida de los otros, lo justo y lo injusto, lo profano y lo sagrado, todo es un juego, y todo les sirve como de instrumento á su codicia, á su ambicion, á su libertinaje ó su malicia, proyectó consumar la ruina de Melendez para hacer este obsequio á la corte con quien le

suponia en guerra abierta, y ganarse las albricias de la destruccion de un personage desgraciado. Siguióle con esta dañada intencion los pasos, calificando y denunciando como intrigas peligrosas las visitas que él y sus amigos se hacian. Y para enredarle de una manera mas complicada é inevitable se empezó á formar una causa á dos eclesiásticos de un pueblo inmediato, con la indicacion expresa en las instrucciones para formarla, *de que convenia mucho que en ella jugase Melendez Valdés.* Designáronse los testigos á quienes se habia de preguntar, y no se omitió ninguna de aquellas diligencias tenebrosas con que estos hombres infernales han conseguido en todos tiempos perder á los que aborrecen (1). No produjeron estas maquinaciones el fruto que ellos esperaban: mas bastaron para inquietar á la corte, rezelosa siempre y ya mal dispuesta con él, segun la costumbre natural en los hombres de querer mal á quien ofenden. Por otra parte el destino de Melendez era apetecible, estaba suspenso, y la ocasion convidaba. Todo pues conspiró á inclinar la balanza en da-

(1) La causa con todas las disposiciones, instruccion y demas documentos que autorizan estos hechos, existe en poder de la familia de Melendez.

ño suyo; y cuando menos lo podia presumir, cuando quizá tenia las esperanzas mas fundadas de ser reintegrado en su dignidad y honores, recibió la orden por la cual se le despojaba de la Fiscalía, y con la mitad del sueldo se le confinaba á Zamora (1).

Recibió el golpe con serenidad y entereza, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por el pronto, dejó en manos del tiempo su vindicacion y desagravio. Partió á Zamora, establecióse allí, y aunque visitado y obsequiado de las personas principales del pueblo, él conservó su vida retirada, partiendo su tiempo entre sus libros y un reducido número de buenos amigos. Entre tanto sabedor de las intrigas que habian mediado para la última demostracion de rigor recibida del Gobierno, procuró por todos medios desvanecerlas; y si no logró reponerse enteramente, consiguió por lo menos que se aliviase su suerte; y en Real orden de 27 de Junio de 1802 se le devolvió el goce de su sueldo completo como Fiscal, permitiéndole disfrutarle donde le acomodase establecerse. Hubiera él entonces preferido á Madrid; pero á la

(1) Dos de Diciembre de 1800.

sazon habia una de las acostumbradas persecuciones en que estaban envueltas personas de relaciones íntimas y antiguas con Melendez, y fuéle avisado por sus mismos favorecedores que no le convenia presentarse en la corte por entonces. Decidióse pues á fijarse en Salamanca, donde tantos motivos de amistad y parentesco, tantos recuerdos tiernos y afectuosos le convidaban. Alli puso su casa, recogio y ordeno su esquisita y copiosa libreria, abrazo á sus antiguos amigos, y empezó á gozar con ellos de una vida mas tranquila y apacible que la que habia disfrutado en los doce años trascurridos desde su salida para Zaragoza.

Pudieron las musas congratularse de esta feliz novedad al verle restituido al ocio antiguo, y en aquellos sitios mismos que tan hermosos versos le habian inspirado en otro tiempo. Los amantes de la literatura espanola esperaban verla enriquecida con alguna obra magistral digna del gran talento de Melendez, y propia de la madurez y gravedad que habia ya adquirido en aquella época. Pero el resorte de su espíritu estaba quebrado por la adversidad y la injusticia de los hombres, y su atencion distraida con rezelos ó esperanzas, que nunca tuvo bastante fuerza para sacudir de sí. Por otra parte

el despotismo ministerial, cada vez mas insufrible, armado de sospechas, de rezelos y desconfianzas; las recriminaciones y falsas miras, atribuidas siempre al talento perseguido; en fin, la inercia y desidia que produce la opresion, y que si al principio repugnan, despues al cabo se aman (1); todo le desalentaba y le sumergia en un letargo nada conveniente á su ingenio y perjudicial á las letras.

Un poema lírico descriptivo sobre la creacion, que se imprime ahora entre sus odas, y una traduccion de la Eneida, que la publicacion de la de Delille le hizo emprender, fueron las únicas tareas que Melendez dió á su espíritu en aquel ocio de seis años. Tambien pensó entonces hacer una nueva edicion de sus poesías, en que se habian de suprimir todas las composiciones que no eran correspondientes al mérito de las otras, y hacer en algunas las enmiendas y cortes que el gusto delicado y la sana crítica aun

(1) *Et ut corpora lentè augescunt, citò extinguuntur, sic ingenia studiaque oppresseris facilius, quam revocaveris. Subit quippe etiam ipsius inertiae dulcedo, et invisa primo desidia postremo amatur.* Tácito en estas pocas líneas señala la verdadera causa de la esterilidad y atraso de nuestra literatura.

desean. Tenia ya arreglado esto con uno de sus mas queridos discípulos; mas su indolencia natural dilató esta empresa, acaso con perjuicio de su gloria; y el torrente de los sucesos que despues se despeñaron unos sobre otros, no le dejo pensar en mucho tiempo ni en este ni en ningun otro proyecto literario.

Seria tal vez mejor poner fin aqui á esta noticia, y contentarse con indicar sencillamente el lugar y tiempo en que falleció el poeta. Ya desde aquella época empieza á sentirse el terremoto politico, las opiniones se dividen, se inflaman las pasiones; y á pesar del tiempo trascurrido, á pesar de la vicisitud prodigiosa de los acontecimientos, ó por mejor decir, con ella misma, estas pasiones, lejos de haberse templado, empiezan á acalorarse de nuevo. Lejos del autor de estos apuntes dar ocasion de irritarlas por su parte. Él ha seguido constantemente un rumbo y una opinion opuestos á los que desgraciadamente fueron adoptados por Melendez. Mas aun cuando cifra en ello la principal honra de su vida, no se permitirá por eso recriminacion ninguna, la cual seria tan repugnante á su corazon como importuna en este lugar. Es preciso, pues, en el discurso de los hechos que

van á seguir imponerse la obligacion de ser breve, y por lo mismo que la opinion propia ha vencido, tambien la de ser modesto.

Con la revolucion ds Aranjuez fue alzado el destierro, y vueltos sus destinos á los magistrados que habian sido echados de la corte en las diferentes épocas de persecucion anteriores. Cúpole á Melendez la suerte que á los demas, y regresó á Madrid en aquellos dias. Ya el Rey habia partido á Bayona: las señales de la terrible tormenta que amenazaba se hacian cada vez mas siniestras y espantosas: asi Melendez no vino á la corte sino para ser testigo de la ansiedad y afanes que precedieron al dos de Mayo, de los horrores de aquel execrable dia, y del desaliento y temor en que quedó sumida la capital. Quiso volverse al retiro de su casa, y no pudo verificarlo. Aceptó de alli á poco una comision para Astúrias en compañía del conde del Pinar; y es fuerza confesar que si los motivos que tuvo para aceptarla no son del todo escusables á los ojos de los amantes de la independencia, jamas inconsideracion ninguna fue castigada con un rigor mas cruel. Cuando los dos comisionados llegaron á Astúrias, ya iba delante de ellos la prevencion que los acusaba ante la exaltacion popu-

lar. Entraron en Oviedo escoltados de gente armada; y aunque en la Junta provincial habian procurado sincerar su conducta, y allanar todas las sospechas, el pueblo inquieto y rezeloso no se dió por satisfecho. Alternativamente llevados desde la carcel á su hospedage, y de su hospedage á la carcel, cuando ya al parecer todo estaba vencido, y ellos dispuestos á partir, la muchedumbre frenética se agolpó sobre el carruage al que ya habian subido, volviólos á lanzar en la prision, hizo pedazos y quemó el coche, desbarató los equipages, y creciendo el furor con su mismo esceso, violentaron las puertas de la carcel, y sacaron á los dos comisionados y otros tres presos con intencion de darles muerte.

Iba delante Melendez: hablábales con dulzura, pidiendo que le llevasen á la Junta ó le encerrasen con grillos: nada bastó, porque despues de haberle puesto al pie de la horca, y hacerle mil insultos, le sacaron al campo, le cercaron, y encarándole los fusiles clamaban que habia de morir. Logró al cabo que le oyesen unas pocas palabras sobre su inocencia y sus principios: les habló, les rogó, procuro ablandarlos, y aun les empezo á recitar un romance popular

y patriótico que habia compuesto antes del dos de Mayo. Frívolo recurso para con gentes rudas y groseras, y entonces atroces y locas de furor. Atajáronle con nuevos insultos y amenazas, y condenándole á morir, por gran favor le permitieron confesar: tuvo él la presencia de espíritu de hacer durar este acto algun tiempo. Ya estaba dispuesta la banda que habia de tirarle, cargados los fusiles, y él atado al arbol fatal; ya se habia disputado sobre si se le habia de disparar de frente ó de espaldas como á traidor, y con este motivo desatado y vuelto á atar de nuevo; ya en fin no faltaba mas que consumar el sacrificio, cuando se vió venir de lejos al cabildo y á las comunidades con el Sacramento y la cruz famosa de la Victoria.

Calmó todo entonces, y Melendez que estaba el primero fue el primeramente socorrido. Hízose despues lo mismo con los otros compañeros, y recogidos todos en la procesion fueron llevados á la catedral, y de alli vueltos á la carcel. Formóse causa á peticion del pueblo al Conde y á Melendez; y dados por ella libres de todo cargo, se los puso en libertad, y se les permitió volver á Castilla. Tal fue el éxito inesperado de aquella terrible escena, y de tan larga agonía.

Estremece en verdad ver al autor del *Batilo* y de la *Despedida del Anciano*, perseguido popularmente, y atado á un árbol para ser muerto como traidor y enemigo de su patria. ¿Pero á quién deberá imputarse tan grande atrocidad? ¿Acaso al pueblo? No sin duda alguna: á los autores y consentidores de la villana y escandalosa agresion que puso á la nacion toda en aquel estado de exaltacion y frenesí, sin el cual no se podia salvar.

Melendez volvió á Madrid cuando de resultas de la memorable victoria de Bailen los franceses habian evacuado la capital, y retirádose al Ebro. Siempre esperando mejorar de posicion, y deseoso tambien de contribuir por su parte á los grandes trabajos que se presentaban delante de los españoles en aquella imprevista y singular situacion, aguardó en Madrid la formacion del Gobierno central, y confió ser empleado por él. Esta esperanza no era infundada, puesto que en aquel Gobierno contaba algunos amigos, y entre ellos al ilustre Jovellanos, que sacado de su prision de Mallorca por la revolucion de Aranjuez, vino nombrado por sus compatriotas á tomar su lugar entre los Padres de la patria. Mas la fortuna, precipitando y revolviendo los su-

cesos en mil direcciones diferentes, dió entonces una de sus vueltas acostumbradas, y los franceses vencedores amenazaron á Madrid. La Junta central, las fuerzas del Estado, los patriotas mas exaltados ó mas diligentes, todos se refugiaron á Andalucía. Nuestro poeta, resuelto entonces á seguir el partido de la independencia, no pudo ponerse en camino, y su mala suerte, deteniéndole en Madrid, lo dejó expuesto al vacío del desaliento, y á los lazos de la seduccion, en que cayeron y fueron envueltos tantos infelices españoles. Su reputacion no podia dejarle indiferente á las asechanzas del Gobierno intruso, que le hizo Fiscal de la Junta de causas contenciosas, despues Consejero de Estado, y presidente de una Junta de Instruccion pública. Él aceptó, y asi se comprometió en una opinion y en una causa que jamas fueron las de su corazon y de sus principios. ¡Cuál debió ser su amargura al ver que la fortuna y la fuerza, hasta entonces compañeras inseparables de aquel partido, y únicas razones que la prudencia alegaba para adherirse á él, empezaban á flaquear, y al fin le abandonaban! Vióse pues arruinado sin recurso, trastornadas sus esperanzas, saqueada por los mismos franceses su casa en Salamanca,

deshecha y robada su preciosa librería, y él precisado en fin á huir de su patria, abandonando acaso para siempre el suelo y cielo que le vieron nacer.

Antes de entrar en el territorio frances se puso de rodillas, y besó la tierra española, diciendo: ¡*ya no te volveré á pisar*! Entonces se acordó de su casa, de sus libros, de sus amigos, del apacible retiro que alli disfrutaba; y considerando amargamente el nublado cruel que le habia agostado aquella cosecha de ventura, las lágrimas caian de sus ojos, y las recibia el Vidasoa.

Los cuatro años que vivió despues, no hizo mas que prolongar una existencia combatida por la desgracia, por la pobreza, por los afanes y esperanzas á cada paso malogradas de volver á España, en fin por los achaques y dolencias que conforme avanzaba en edad, se agravaban á porfia. Tolosa, Mompeller, Nimes y Alais fueron los pueblos de su residencia. En los intervalos que le dejaban sus males leia ó se hacia leer, corregia sus poesías, y las disponia para la nueva edicion que proyectaba. Tambien compuso algunas, en que todavía respira el talento de su juventud con la misma gracia y facilidad; pero en

que luce sobre todo el ansia y la vehemencia con que amaba su pais y deseaba volver á él. Este sentimiento que le honra era, puede decirse, el aliento que le animaba; pero estaba escrito en el cielo que no le habia de ver satisfecho. Ya en España habia empezado á padecer mucho de reumas. A muy poco de su llegada á Francia una fuerte paralisis casi le imposibilitó del todo, sin que los baños termales que tomó por tres veces le pudiesen librar de ella. Atacado en fin por un accidente apoplético, á cuya violencia no pudo resistir, falleció en los brazos de su esposa, que le habia seguido y asistido constante y varonilmente en todos los infortunios de su vida, y en medio de los compañeros de su emigracion y desgracia, que le prestaron cuantos auxilios y consuelos estaban en su mano.

Asi en pocos años el torbellino de la revolucion habia arrebatado á las letras españolas tres hombres, que constituian una parte muy principal de su lustre y de su gloria. Cienfuegos fue el primero que arrancado de su lecho, donde estaba ya casi moribundo, fue arrastrado fuera de su pais, y expió con su desgraciada muerte en Ortez el horror que le inspiraban los tiranos. Jovellanos, cuya noble alma estaba enriquecida

de tantos talentos y de tantas virtudes; que hubiera sido en la antigüedad Platon con menos sueños, Ciceron con mas firmeza, y en la Europa moderna Turgot con todas sus ventajas; Jovellanos fue arrojado tambien de sus hogares por los satélites de Napoleon; y prófugo, náufrago y desvalido tuvo que ir á reclinar su venerable cabeza en el seno de la hospitalidad agena, y alli exhalar su último aliento. Melendez en fin por el diverso rumbo que habia seguido, parecia estar exento de semejante agonía; mas la inexorable fortuna no lo quiso asi, y se la dió todavía mas amarga. Los tres eran amigos: los tres cultivaban los mismos conocimientos, las mismas artes, iban por las mismas sendas del saber humano: los tres en fin murieron fuera de sazon, sin que su patria hubiese recogido todo el fruto que sus estudios y talentos prometian.

Fue Melendez de estatura algo mas que mediana; blanco y rubio; menudo de facciones; recio de miembros; de complexion robusta y saludable. Su fisonomía era amable y dulce; sus modales apacibles y decorosos; su conversacion halagüeña; un poco tardo á veces en explicarse, como quien distraido busca la expresion propia, y no la halla á tiempo. Sus costumbres eran ho-

nestas y sencillas; su corazon recto, benéfico y humano; tierno, afectuoso con sus amigos, atento y cortés con todos. Tal vez faltaba á su caracter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido una vez elegido por la razon, y esto dependia de su excesiva docilidad y condescendencia con el dictamen ageno. Mejor acaso hubiera sido tambien que se alejara mas del torbellino de la ambicion y del centro del poder; pues esto en fin puede llamarse la causa principal de sus desgracias (1). Pero en Melendez el anhelo de subir estuvo siempre unido al noble deseo de trabajar, de ser util, de contribuir por todos medios á la prosperidad y adelantamiento de su patria. Conocia su fuerza como suelen sentirla todos los hombres superiores; pero no por eso abandonaba su caracter general de modestia, que á veces se ma-

(1) El mismo alguna vez manifestó su disgusto en esta parte.

Corrí do me llamaban
La oficiosa ambicion y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban.
Mas fastidiéme al punto.

Tomo 4.° Elegía 3.

nifestaba con algun esceso (1). Su aplicacion y laboriosidad eran incansables; su lectura inmensa. De los poetas antiguos españoles preferia á Garcilaso, Luis de Leon, Herrera, Francisco de la Torre; y por una especie de contradiccion, que no deja de tener su razon y sus motivos, la poesía de Góngora cuando no desatina le encantaba, y se divertia mucho con los despropositos festivos é ingeniosos de Quevedo. Su pasion principal despues de la de la gloria literaria era la de los libros, que llegó á juntar en gran número, exquisitamente elegidos y conservados. Tenia mucha aficion á las artes del dibujo: no asi al canto; y un poeta de oido tan delicado, y que daba á sus versos tanta cadencia y armonía,

(1) Preguntábanle una vez por qué no escribia una oda á un asunto en que acababa de ejercitarse, y con mucha aceptacion, otro poeta amigo suyo. Porque no quiero, respondió, *tener la mortificacion de desempeñarle menos bien, ni tampoco causársela á él, si hago una obra mejor que la suya.* En otra ocasion leia un poema descriptivo de uno de sus discipulos: su primer movimiento fue celebrarle llorando; pero despues con un aire melancólico soltó el papel, añadiendo: *ya me van dejando atrás.* Y no tenia razon: porque ni aquel como poeta lírico, ni este como descriptivo, le serán comparados jamas.

era casi insensible é indiferente á la deliciosa música de Paesiello y Cimarosa, y á la bella ejecucion de la Todi ó de Mandini.

Los principios de su filosofia eran la humanidad, la beneficencia, la tolerancia: él pertenecia á esa clase de hombres respetables que esperan del adelantamiento de la razon la mejora de la especie humana, y no desconfian de que llegue una época en que la civilizacion, ó lo que es lo mismo, el imperio del entendimiento extendido por la tierra dé á los hombres aquel grado de perfeccion y felicidad que es compatible con sus facultades y con la limitacion de la existencia de cada individuo. Pensaba en este punto como Turgot, como Jovellanos, como Condorcet, y como tantos otros que no han desesperado jamas del género humano. Sus versos filosóficos lo manifiestan, y con sus talentos y trabajos procuró ayudar por su parte cuanto pudo á esta grande obra.

Su influjo literario como poeta ha sido ciertamente bien grande, y ha tenido las mas felices consecuencias. Cuando él empezó á escribir, la poesía castellana, no acabada aun de restablecer de su degradacion y corrupcion antigua, estaba amenazada de otro daño todavía acaso peor.

García de la Huerta, en quien podria decirse que habia trasmigrado el alma de Góngora con parte de su talento y con toda su tenacidad, sus caprichos y su orgullo, sostenia en aquella época los restos del mal gusto y abandono del siglo XVII. Iriarte al contrario, con menos talento poético que Huerta, pero con infinito mas gusto y mas saber, iba poniendo en crédito una especie de poesía, en que la cultura, la urbanidad, y aun lo escogido de los pensamientos, no podia compensar la falta de color, de fuego y de armonía en el estilo. En vano Moratin el padre (porque su célebre hijo aun no habia empezado á darse á conocer), en vano Cadalso y algun otro luchaban contra estos extravíos, y daban de cuando en cuando en sus versos muestra de una poesía mas pura y mas animada. Sus esfuerzos no eran suficientes, ó la empresa desigual á sus talentos. Pero al instante que aparecieron los escritos de Melendez, la verdadera poesía castellana se presentó bella con sus gracias nativas, y rica con todas las galas de la imaginacion y del ingenio. En aquellos admirables versos la elegancia no se oponia á la sencillez, el fuego á la exactitud, el esmero á la facilidad, la nobleza y cuidado de los pensamientos á su

halago y á su interes. Huerta habia hecho romances; Trigueros y Cadalso anacreónticas; pero ni los romances de Huerta ni las anacreónticas de Trigueros se leen ya, ni aun se mientan entre los hombres de buen gusto. Cadalso fue sin duda alguna mas feliz en el último género; ¡mas á cuánta distancia no estan de su sucesor! El mismo Anacreonte se ensoberbeciera de una composicion tan delicada y tan pura como la bellísima oda *al Viento*; y Tibulo quisiera que le perteneciesen los romances de *Rosana* y de *la Tarde*. No hay duda que su talento parece especialmente nacido para estos géneros cortos. En todas las épocas de su vida siempre que los manejaba era con una superioridad incontestable; y hasta en sus últimos dias, cuando anciano ya, y quebrantado con la miseria y las desgracias, parecia que su espíritu debia estar poco apto para estos juegos, se le ve en el romance del *Náufrago*, en el del *Colorin de Filis*, y en la anacreóntica *á Anfriso* recorrer las cuerdas de la lira con la misma delicadeza, flexibilidad y gracia que en sus mejores tiempos. Dotes y ventajas casi iguales, aunque no con un éxito tan grande, presenta en la poesía descriptiva, en la elegía patética y en la oda sublime, en que ha

dejado muestras de tan alta magnificencia. Menos feliz en la parte filosófica y doctrinal, siempre ofrece aquella magia de lenguage, aquel estilo lleno de imaginacion, la calidad principal suya, la que ha fijado mas el gusto de los escritores que le han sucedido, la que puede decirse que ha formado una escuela entre nosotros. De esta escuela, difundida en Salamanca, en Alcalá, en Madrid, en Sevilla y en otros parages, ha salido una gran parte de los buenos versos que se han escrito en estos últimos tiempos; y si los progresos y riquezas del arte no han sido proporcionados al impulso que les dió aquel ingenio verdaderamente grande, esto es ya enteramente culpa del tiempo, tan adverso despues á la cultura de las letras, como favorable habia sido en la época en que él empezó á florecer.

Melendez murió en Mompeller: sus restos yacen en la iglesia parroquial de Montferrier, departamento de l'Herault, guardados en una caja de plomo cubierta con otra de madera, debajo de una lápida, en que está escrito en español, frances y latin el epitafio siguiente:

AQUI YACE
EL CELEBRE POETA ESPAÑOL
DON JUAN MELENDEZ VALDES.
NACIÓ EN LA VILLA DE RIBERA,
PROVINCIA DE EXTREMADURA,
A 11 DE MARZO DE 1754.
FALLECIÓ EN MOMPELLER
A 24 DE MAYO DE 1817.

POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO I.

MADRID EN LA IMPRENTA NACIONAL
AÑO DE 1820.

A MIS LECTORES.

No con mi blanda lira
Serán en ayes tristes
Lloradas las fortunas
De Reyes infelices;
Ni el grito del soldado
Feroz en crudas lides;
O el trueno con que arroja
La bala el bronce horrible.
Yo tiemblo y me estremezco;
Que el númen no permite
A el labio temeroso
Canciones tan sublimes.
Muchacho soy y quiero
Decir mas apacibles
Querellas; y gozarme
Con danzas y convites.
En ellos coronado

De rosas y alelies,
Entre risas y vérsos
Menudeo los brindis.
En coros las muchachas
Se juntan por oirme;
Y al punto mis cantares
Con nuevo ardor repiten.
Pues Baco y el de Vénus
Me dieron, que felice
Celebre en dulces himnos
Sus glorias y festines.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Et juvenum curas, et libera vina.

HORAT.

ODA I.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle
La senda á perder vine.
Recostéme cansado;
Y un sueño tan felice
Me asaltó que aun gozoso
Mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
De belleza increible
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre:
Amor un dulce tiro
Riendo me despide;
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
Despues; y asi apacibles
Con voz muy mas süave
Que el céfiro me dicen:
Tú de las roncas armas

Ni oirás el son terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.

ODA II.

EL AMOR MARIPOSA.

Viendo el Amor un dia,
Que mil lindas zagalas
Huian dél medrosas
Por mirarle con armas:
Dicen que de picado
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo
Como suya extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.
¡O! ¡que bien que parece!
¡O! ¡que suelto que vaga,

Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde:
Ya en una flor se para:
Ya otra besa festivo;
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa:
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama.
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura mas grata.
Ya que juntas las mira,
Dando alegres risadas
Súbito amor se muestra,
Y á todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardo el fementido,
Y asi á todos alcanza.

Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

ODA III.

A UNA FUENTE.

¡O! ¡como en tus cristales,
Fuentecilla risueña,
Mi espíritu se goza,
Mis ojos se embelesan!
Tú de corriente pura,
Tú de inexhausta vena,
Transparente te lanzas
De entre esa ruda peña;
Do á tus linfas fugaces
Salida hallando estrecha,
Murmullante te afanas
En romper sus cadenas:
Y bullendo y saltando,
Las menudas arenas
Afanosa divides,
Que tus pasos enfrenan.
Hasta que los hervores

Reposada sosiegas
En el verde remanso,
Que te labras tu mesma.
  Alli aun mas cristalina
A un espejo semejas
Do se miran las flores,
Que galanas te cercan.
  Con su plácida sombra
Tu frescura conserva
El nogal, que pomposo
De tu humor se alimenta;
  Y en sus móviles hojas
El susurro remeda
De tus ondas volubles,
Que al bajar se atropellan.
  En tí las avecillas
Su sed árida templan,
Sus plumas humedecen,
Jugando se recrean.
  Cuando abrasado sirio
Aflige mas la tierra,
Y el mediodia ardiente
Su faz al mundo ostenta,
  En tí grata frescura
Y amable sueño encuentra
El laso caminante,

Que tu raudal anhela.
 Su benigna corriente
El seno refrigera,
La salud fortifica,
Repara las dolencias.
 En las almas alegres
El júbilo acrecienta;
Y al que llora angustiado
Le adormece las penas.
 ¡ O! nunca, fuente clara,
Nunca menguados veas
Los copiosos cristales
Que tus márgenes llenan.
 Nunca turbios la planta
Del ganado los vuelva,
Ni el pintado lagarto,
Ni la ondosa culebra.
 Nunca próvida ceses
En los giros y vueltas,
Con que mansa discurres
Fecundando la vega.
 Mas alegre acompañes
Murmullando parlera
De mi lira los trinos,
De mi labio las letras.

ODA IV.

EL CONSEJO DEL AMOR.

Pensativo y lloroso
Contemplando cuan tibia
Dorila mi amor oye
Por hermosa y por niña,
Al margen de una fuente
Me asenté cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas
Amainaba las iras.
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles cual ellas
Mis cuidados se huian:
Cuando en torno una rosa
Que besar solicita
Volar ví á un cefirillo
Con ala fugitiva.
Y entre blandos susurros

En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:
¿Do, insensible, te vuelves?
¿Por qué, injusta, te privas
En mis juegos vivaces
De mil tiernas caricias?
Mírame que rendido,
Cuando humillar podria
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquiva,
Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbares gocen,
Que en tus hojas abrigas.
No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.
Aun mas fino que ardiente
A nada mas aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mias.
Por tí dejé en el valle
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeñoso,

Mil lindas florecitas.
Tú sola me embebeces,
Tú sola, repetia
El céfiro, y mas suelto
En torno de ella gira.
Cuando súbito noto
Que la rosa rendida
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba.
Con los cuales mimosa
De aqui y de allá se agita,
Otros y otros buscando
Que muy mas la mecian.
Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.
No de tímido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante
De tu rosa Dorila.
Y en sus dulces canciones
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.
Verás como á tus ansias

Cede al fin; y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.

Apurando en mi copa
Las inmensas delicias,
Que á mis mas fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.

Del Amor fue el consejo;
Y asi luego entre risas
Ví á la esquiva en mis brazos
Como mil rosas fina.

ODA V.

DE LA PRIMAVERA.

La blanda primavera
Derramando aparece
Sus tesoros y galas
Por prados y vergeles.

Despejado ya el cielo
De nubes inclementes,
Con luz cándida y pura
Rie á la tierra alegre.

El alba de azucenas
Y de rosa las sienes

Se presenta ceñidas,
Sin que el cierzo las hiele.
  De esplendores mas rico
Descuella por oriente
En triunfo el sol, y á darle
La vida al mundo vuelve.
  Medrosos de sus rayos
Los vientos enmudecen,
Y el vago cefirillo
Bullendo les sucede.
  El céfiro de aromas
Empapado, que mueven
En la nariz y el seno
Mil llamas y deleites.
  Con su aliento en la sierra
Derretidas las nieves,
En sonoros arroyos
Salpicando descienden.
  De hoja el árbol se viste
Las laderas de verde,
Y en las vegas de flores
Ves un rico tapete.
  Revolantes las aves
Por el aura enloquecen,
Regalando el oido
Con sus dulces motetes.

Y en los tiros sabrosos
Con que el ciego las hiere,
Suspirando delicias
Por el bosque se pierden.
Mientras que en la pradera
Dóciles á sus leyes
Pastores y zagalas
Festivas danzas tejen.
Y los tiernos cantares,
Y requiebros ardientes,
Y miradas y juegos,
Mas y mas los encienden.
¿Y nosotros, amigos,
Cuando todos los seres
De tan rígido invierno
Desquitarse parecen,
En silencio y en ocio
Dejaremos perderse
Estos dias, que el tiempo
Liberal nos concede?
Una vez que en sus alas
El fugaz se los lleve,
¿Podrá nadie arrancarlos
De la nada en que mueren?
Un instante, una sombra
Que al mirar desparece,

Nuestra mísera vida
Para el júbilo tiene.
Ea pues á las copas,
Y en un grato banquete
Celebremos la vuelta
Del Abril floreciente.

ODA VI.

A DORILA.

¡Cómo se van las horas,
Y tras ellas los dias,
Y los floridos años
De nuestra fragil vida!
La vejez luego viene
Del amor enemiga,
Y entre fúnebres sombras
La muerte se avecina:
Que escuálida y temblando,
Fea, informe, amarilla,
Nos aterra, y apaga
Nuestros fuegos y dichas.
El cuerpo se entorpece,
Los ayes nos fatigan,
Nos huyen los placeres,

Y deja la alegría.

Si esto pues nos aguarda,
¿Para qué, mi Dorila,
Son los floridos años
De nuestra fragil vida?

Para juegos y bailes,
Y cantares y risas
Nos los dieron los cielos,
Las gracias los destinan.

Ven ¡ ay! ¿qué te detienes?
Ven, ven, paloma mia,
Debajo de estas parras
Do lene el viento aspira,

Y entre brindis süaves,
Y mimosas delicias
De la niñez gocemos,
Pues vuela tan aprisa.

ODA VII.

DE LO QUE ES AMOR.

Pensaba cuando niño
Que era tener amores
Vivir en mil delicias,
Morar entre los dioses.

Mas luego rapazuelo
Dorila cautivome,
Muchacha de mis años,
Envidia de Dione;

Que inocente y sencilla,
Como yo lo era entonces,
Fue á mis ruegos la nieve
Del verano á los soles.

Pero cuando aguardaba
No hallar ansias ni voces,
Que á la gloria alcanzasen
De una union tan conforme;

Cual de dos tortolitas
Que en sus ciegos hervores
Con sus ansias y arrullos
Ensordecen el bosque:

Probé desengañado
Que amor todo es traiciones,
Y guerras y martirios,
Y penas y dolores.

ODA VIII.

A LA AURORA.

Salud, riente Aurora,

Que entre arreboles vienes
A abrir á un nuevo dia
Las puertas del oriente;
   Librando de las sombras
Con tu presencia alegre
Al mundo, que en sus grillos
La ciega noche tiene:
   Salud, hija gloriosa
Del rubio sol, perenne
Venero á los mortales
De alivios y placeres.
   Tú de eternales rosas
Ceñida vas las sienes,
Mientras tu fresco seno
Flores y perlas llueve.
   Tú de brillantes ojos,
Tú de serena frente,
Y en cuya boca manan
Risas y aromas siempre.
   Cuando la hermosa lumbre
De Vénus desfallece,
De ópalo, nácar y oro,
Velada le sucedes:
   Y el pabellon alzando
En que su faz envuelve
Tu padre el sol, sus huellas

Nuncia feliz precedes.
  Tu manto purpurado
Flotando al viento leve
De las eöas plagas
Del cielo se desprende;
  Hinche el espacio inmenso,
Y de su grana y nieve
Las bóvedas eternas
Matiza y esclarece,
  En cuanto alegre cruzas
Por sendas de claveles
Desde su excelsa cumbre
Al cárdeno occidente.
  El sol que en pos te sigue,
Tus vivos rosicleres
Inflama, y retemblando
Por verlos se detiene,
  Hasta que entre sus llamas
Tú misma al fin te pierdes,
Y en su torrente inmenso
Envuelta despareces:
  Si no es que tan penada
De tu Titon te sientes,
Que por sus brazos dejas
Ya la mansion celeste.
  Los céfiros fugaces,

Que en un letargo muelle
Las flores en su seno
Rendidos guardar quieren,
  Con tu calor se animan,
Las prestas alas tienden,
Y en delicioso juego
Las liban y las mecen:
  De do á las aves corren
Que aun en sus nidos duermen,
Con su vivaz susurro
Pugnando que despierten
  A darte, o bella Aurora,
Los dulces parabienes,
Y henchir con su alborada
Las auras de deleite.
  Tú en tanto mas graciosa
En luz y en rayos creces,
Que en transparentes hilos
Cruzando al viento penden.
  Las cristalinas aguas
Cual vivas flechas hieren
Y hacen de bosque y prados
Mas animado el verde.
  A par que sus cogollos
Alzan las ricas mieses,
Y abriéndose las flores

Sus ámbares te ofrecen:
Que á la nariz y al seno,
Y al labio que los bebe
De su fragancia inundan,
Y á mil delicias mueven.
Y todo bulle y vive,
Y en regocijo hierve
Rayando tú, que al mundo
La ansiada luz le vuelves.
Haz ¡ay! purpúrea diosa,
Que como en faz riente
Un dia fausto y puro
Benigna nos prometes;
Asi en mi blando seno,
Sin ansias que lo aquejen,
La paz y la inocencia
Por siempre unidas reinen.

ODA IX.

DE UN BAILE.

Ya torna Mayo alegre
Con sus serenos dias;
Y del amor le siguen
Los juegos y la risa.

De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El regalado fuego
Que el seno les agita:
Y el céfiro jugando,
Con mano abre lasciva
El cáliz de las flores,
Y á besos mil las liba.
Salid, salid, zagalas:
Mezclaos á la alegría
Comun en sueltos bailes
Y música festiva.
Venid, que el sol se esconde:
Las sombras mas benignas
Dan al pudor un velo,
Y á amor nueva osadía.
¡O! ¡cuál el pecho salta!
¡Cuál en su gozo imita
Los tonos y compases
De vuestra voz divina!
Mis plantas y mis ojos
No hay paso que no finjan,
Cadena que no formen,
Y rueda que no sigan.
Huye veloz burlando
Clori del fino Aminta;

Torna, se aparta, corre,
Y asi al zagal convida.
¡Con qué expresion y juego
De talle y brazos Silvia
En amable abandono
Su Palemon esquiva!
De Flora el tierno amante,
O la mariposilla,
La fresca yerbezuela
Con pie mas tardo pisan,
Que ardiente Melibeo
A Celia solicita,
La apremia con halagos,
Y en torno de ella gira.
Pero Dorila ¡ó cielos!
¿Quién vió tan peregrina
Gracia? ¿viveza tanta?
¡Cuál sobre todas brilla!
¡Que espalda tan airosa!
¡Que cuello! ¡que expresiva
Volverle un tanto sabe,
Si el rostro afable inclina!
¡Ay! ¡que voluptuosos
Sus pasos! ¡como animan
Al mas cobarde amante,
Y al mas helado irritan!

Al premio, al dulce premio
Parece que le brindan
De amor, cuando le ostentan
Un seno que palpita.
¡Cuán dócil es su planta!
¡Que acorde á la medida
Va del compas! las Gracias
La aplauden y la guian.
Y ella de frescas rosas
La blonda sien ceñida
Su ropa libra al viento,
Que un manso soplo agita.
Con timidez donosa
De Clöe simplecilla
Por los floridos labios
Vaga una afable risa.
A su zagal incauta
Con blandas carrerillas
Se llega; y vergonzosa
Al punto se retira.
Mas ved, ved el delirio
De Anarda en su atrevida
Soltura: ¡sus pasiones
Cuan bien con él nos pinta!
Sus ojos son centellas,
Con cuya llama activa

Arde en placer el pecho
De cuantos ¡ay! la miran.
Los pies cual torbellino
De rapidez no vista
Por todas partes vagan,
Y á Lícidas fatigan.
¡Qué dédalo amoroso!
¡Qué lazo aquel que unidas
Las manos con Menalca
Formó amorosa Lidia!
¡Cual andan! ¡cual se enredan!
¡Cuan vivamente explican
Su fuego en los halagos,
Su calma en las delicias!
¡O pechos inocentes!
¡O union! ¡ó paz sencilla,
Que huyendo las ciudades
El campo solo habitas!
¡Ah! ¡reina entre nosotros
Por siempre, amable hija
Del cielo, acompañada
Del gozo y la alegría!

ODA X.

DE LAS RIQUEZAS.

Ya de mis verdes años
Como un alegre sueño
Volaron diez y nueve,
Sin saber donde fueron.
Yo los llamo afligido;
Mas pararlos no puedo,
Que cada vez mas huyen
Por mucho que les ruego:
Y todos los tesoros,
Que guarda en sus mineros
La tierra, hacer no pueden
Que cesen un momento.
Pues lejos, ea, el oro:
¿Para qué el afan necio
De enriquecerse á costa
De la salud y el sueño?
Si mas gozosa vida
Me diera á mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrara en mi pecho:
Buscáralo ¡ay! entonces

Con hidrópico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada lo quiero.

ODA XI.

A UN RUISEÑOR.

¡Con que alegres cantares,
O ruiseñor, celebras
Tu dicha; y de tu amada
El tierno afan recreas!
Ella del blando nido
Te responde halagüeña
Con piadas süaves,
Y se angustia si cesas.
Las otras aves callan;
Y el eco tus querellas
Con voz aduladora
Repite por la selva:
Mientras el cefirillo
De envidioso te inquieta,
Las hojas agitando
Con ala mas traviesa.
Tú cesas y te turbas:
Atento adonde suena

Te vuelves; y cobarde
De ramo en ramo vuelas.
Mas luego ya seguro
Los silbos le remedas,
El triunfo solemnizas,
Y tornas á tus quejas.
Asi la noche engañas;
Y el sol cuando despierta
Aun goza la armonia
De tu amorosa vela.
¡O! ¡avecilla felice!
¡O! ¡que bien la fineza
De tu pecho encareces
Con tu voz lisonjera!
Ya pias cariñoso;
Ya mas alto gorgeas;
Ya al ardor que te agita
Tu garganta enagenas.
¡O! no ceses, no ceses
En tan dulce tarea,
Que en delicias de oirte
Mi espiritu se anega.
Asi el cielo tu nido
De asechanzas defienda;
Y tu amable consorte
Fiel por siempre te sea.

Yo tambien soy cautivo:
Tambien yo si tuviera
Tu piquito agradable
Te diria mis penas;
Y en sencillos coloquios
Alternando las letras,
Tú cantáras tus glorias,
Y yo mi fe sincera:
Que los malignos hombres
Burlan de la inocencia;
Y expónese á su risa
Quien su dicha les cuenta.

ODA XII.

DE LOS LABIOS DE DORILA.

La rosa de Citeres,
Primicia del verano,
Delicia de los dioses,
Y adorno de los campos:
Objeto del deseo
De las bellas, del llanto
Del alba feliz hija,
Del dulce Amor cuidado:
¡O! ¡cuan atras se queda,

Si necio la comparo
En púrpura y fragancia,
Dorila, con tus labios!
  Ora el virginal seno
Al soplo regalado
De aura vital desplegue
Del sol al primer rayo:
  O inunde en grato aroma
Tu seno relevado
Mas feliz; si tú inclinas
La nariz por gozarlo.

ODA XIII.

DE UNAS PALOMAS.

Un dia que en la vega
Bajo el nogal copado
Que da á su fuente sombra
Con los pomposos ramos,
  Cantaba entretenido
Con inocente labio
De mi suerte la dicha,
Las delicias del campo;
  Casi á mis pies seguras
Se bañaban jugando

Las sencillas palomas
En un limpio remanso.
  Su bullicio y arrullos,
Y sus besos y halagos
Me cayeron absorto
La lira de las manos.
  Libre yo y ellas libres,
Y uno asi nuestro estado,
Por instantes se hacia
Mi embeleso mas grato.
  Una en medio las aguas
Cual pequeñuelo barco
Ufanándose riza
Su plumage galano.
  Otra fija bebiendo
Del vivo sol los rayos,
Y en el raudal se sume
Para templar su estrago.
  Otra estiende las alas
Cual dos moviles brazos,
Y al corriente se entrega
Que la va en pos llevando.
  Y otra en plácido giro
Revolante en el llano,
Torna cien y cien veces
Del uno al otro lado:

Agitándose todas,
Y corriendo y saltando,
Y cruzando y tejiendo
Mil revueltas y lazos.

Cuando allá de las nubes
Cual flamígero rayo
Un milano sobre ellas
Precipitase aciágo;

Que en sus uñas agudas
Para bárbaro pasto
De sus pollos ¡ay! roba
La mas bella inhumano:

Sin bastar á salvarla
En tan súbito caso
De mis palmas y gritos
El estrépito vano.

Derramado y sin órden
Con mortal sobresalto
Del ladron ominoso
Huye el tímido bando.

Y yo el alma cubierta
De amargura y espanto
Con la vista le sigo,
Con mi voz le amenazo.

¡Desvalida inocencia,
Siempre misero blanco

Del poder fiero, siempre
De sus iras estrago!

ODA XIV.

DE UN CONVITE.

Ved, amigos, cual llega
Ya delicioso el Mayo,
En las plácidas alas
Del céfiro llevado.
Grata Flora en su obsequio
Le engalana los campos,
Mil flores por do quiera
Desparciendo su mano.
Cojamos las mas lindas;
Y alegres emulando
Las risas y banquetes
Que libre canta Horacio,
De yedra coronadme,
Yo en torno haré otro tanto;
Y ornad copas y mesa
De pimpollos y ramos.
La rosa esté en los pechos
Del dulce Amor esclavos;
¿Y quién de sus arpones

Escapa en nuestros años?
La rosa que á Citeres
Su seno purpurado,
Y del hijo á los besos
Su aroma debió grato.
Llevemos todos rosas
Pues que todos amamos;
Y quien cuidados llore
Por hoy les dé de mano.
Que yo al ver cual incauta
Dorila á cada paso
Me muestra que me adora,
Perdido la idolatro.
Aun niña y simplecilla
Un dia con mis labios
Comuniqué á los suyos
El fuego en que me abraso.
De entonces al mirarme
De un vivo sonrosado
Anímase, y su seno
Se eleva palpitando.
Aqui pues á la sombra
Del álamo copado,
Donde mil pajaritos
Cruzan de ramo en ramo,
Y acarícianse tiernos,

Y gozan, y á otros lazos
Para nuevas delicias
Escápanse voltarios;
  Do entre guijas y trebol
Con sus trémulos pasos
Murmullante el arroyo
Nos aduerme saltando,
  La fiesta celebremos:
Del néctar perfumado
Que Xeréz nos regala
Brindemos y bebamos.
  Misterioso el silencio
Cubriéndonos, despacio
Gocemos los manjares
Que el lujo ha preparado.
  Paladéese el gusto,
Delicioso el olfato
Regálese, y los ojos
Se ceben en mirarlos.
  Bebamos otra copa:
Empiécela Menalio;
Y á un tiempo clamad todos,
„¡Honor, honor á Baco!"
  A cada nueva copla,
Los vivas y el aplauso
Subiendo á las estrellas,

Responda un dulce trago.
  Y otro y otros en torno
Tocándonos los vasos,
Del viejo Valdepeñas
Se sigan apinados.
  Asi hasta media noche
Los brindis renovando,
Del sabroso banquete
Prolonguemos el plazo:
  De do medio beodos
A sumirnos corramos
Del tranquilo Morfeo
En el muelle regazo.
  Que las horas escapan
Fugaces y callando,
Y en pos nos precipita
Del tiempo el rudo brazo.
  Ved sinó cual las rosas
Dan su vez al verano,
Y al Enero aterido
El otoño templado.
  Nuestro cabello de oro
De nieve harán los años,
Y nuestra alegre vida
De duelos y quebrantos.
  Entonces, ni los bailes,

Ni el vino mas preciado,
Ni el rostro mas travieso
Podrán regocijarnos.
  Del dia que nos rie
Gocemos; pues en vano
Será inquirir si un otro
Nos lucirá mas claro.

ODA XV.

DE MIS NIÑECES.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
  De que alegres guirnaldas
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos
Su mano disponia.
  Asi en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices
Las horas y los dias.
  Con ellos poco á poco
La edad corrió de prisa;

Y fue de la inocencia
Saltando la malicia.
Yo no sé; mas al verme
Dorila se reia;
Y á mí de solo hablarla
Tambien me daba risa.
Luego al darle las flores
El pecho me latia;
Y al ella coronarme
Quedábase embebida.
Una tarde tras esto
Vimos dos tortolitas,
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas.
Y de gozo y deleite,
Cola y alas caidas,
Centellantes sus ojos,
Desmayadas gemian.
Alentónos su egemplo;
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas:
Y en un punto cual sombra
Voló de nuestra vista
La niñez; mas en torno
Nos dio el Amor sus dichas.

ODA XVI.

A UN PINTOR.

En esta breve tabla,
Discípulo de Apeles,
Cual yo te la pintare,
Retrátame mi ausente
Cual sale cuando rie
La aurora por oriente
Tras sus mansas corderas
Al valle á entretenerse.
Sueltas las trenzas de oro,
Y al céfiro que leve
Licencioso volando
Las ondea y revuelve.
Encima una guirnalda
Cuyas rosas releven
El contraste agraciado
De las cándidas sienes:
De do con aire hermoso
De sencillez alegre,
La tersa frente asome,
Cual plata reluciente.
Mas para que la gracia

Le des con que se tiende,
La fragante azucena
Te prestará su nieve.
  Luego en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La magestad del arco,
Que nace cuando llueve.
  Y al traidor Cupidillo
Podrás tambien ponerme
Que en medio esté asentado,
Y á todos vivaz fleche.
  Los ojos de paloma
Que á su pichon se vuelve
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.
  De llama las pupilas
Que bullan y se alegren;
Mil lindos amorcitos
Jugando en torno vuelen.
  Y porque el fuego apague
Que sus rayos encienden,
La nariz proporciona
Tornátil y de nieve.
  Tras esto entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes darle

La púrpura que tienen.
 Su boca... pero aguarda,
Los pequeñuelos dientes
Haz de menudo aljofar,
Que unidos no discrepen.
 Y dentro si á ello alcanzas,
Cuando la lengua mueve
Dulce un panal, que afuera
Destile hibleas mieles.
 Como abejas las Gracias,
Que con susurro leve
Volando en el verano
En torno van y vienen.
 Dos virginales rosas
Las mejillas, cual suelen
Brillar cuando sus perlas
La aurora en ellas vierte.
 Cargando todo aquesto
Con proporcion decente
Sobre el enhiesto cuello,
Que mil corales cerquen.
 Los hombros del se aparten;
Y en el hoyuelo empiece
El relevado pecho,
Tan albo que embelese.
 Pon al sediento labio

En sus pomas turgentes
Dos veneros del néctar
De la mansion celeste.
La vestidura airosa
De armiños esplendentes,
Los cabos arrastrando
Que el valle reflorecen.
Un leonado pellico
Por cima; y que le cuelguen
Cien trenzas de oro y seda
Que su opulencia ostenten.
Pero ¡ah! cesa, profano,
Que las gracias ofendes
De mi ausente adorable
Con tus rudos pinceles.
Y yo á sus brazos corro;
Donde el Amor me ofrece
El premio de mis ansias,
Y el colmo de sus bienes.

ODA XVII.

DONDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado,
Seguia de amor ciego

De sus amables ojos
El dulce movimiento.
Que ora en llamas vivaces
Centellaban inquietos,
Y cual rayos agudos
Traspasaban mi pecho:
Ora al paso á los mios
Salian halagüeños;
Mi espíritu inundando
De celestial contento:
Ora en giro voluble
Se perdian traviesos
De mis fieles pupilas
Evitando el encuentro:
Ora hallarlas querian;
Y ora en lánguido fuego
Sobre mí se fijaban
Desmayados y tiernos.
Entonces ¡ay! entonces
Mi crédulo deseo
Ver pensó deslumbrado
Al niño Amor en ellos.
Y alentado del mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar á mi seno.

Empero mis amores
Donosa sonriendo
¡Ay! dijo: no en mis ojos
Está el Amor, ó necio,
Sino en mi boca: y blanda,
Los labios entreabiertos
De célica armonía
Llenó su voz el viento.
Yo al oirla encantado
Corrí loco á su encuentro:
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz ceguezuelo.
Halléle de sus trinos
En el almo embeleso;
Y en sus purpúreos labios
Y aromático aliento.
Asi feliz de entonces,
Cuando á Amor hallar quiero,
Corro á su amable boca
Y alli, alli le sorprendo.

ODA XVIII.

DE MIS CANTARES.

Las zagalas me dicen:

¿Cómo siendo tan niño,
Tanto, Batilo, cantas
De amores y de vino?
Yo voy á responderles;
Mas luego de improviso
Me vienen nuevos versos
De Baco y de Cupido.
Porque las dos deidades,
Sin poder resistirlo
Todo mi pecho, todo
Tienen ya poseido.

ODA XIX.

EL ESPEJO.

Toma el luciente espejo,
Y en su veraz esfera
Ve, Dorila, el encanto
De tu sin par belleza:
La alba frente en contraste
Con las hermosas cejas,
Que en arco prolongadas
Dos íris asemejan:
La gracia de tus ojos,
En cuya ardiente hoguera

Flechando sus arpones
Amor su trono asienta:
Su magestad afable,
Y esa languidez tierna
De su mirar, ó cuando
Rientes centellean:
Tu boca y tus mejillas,
Do esparce primavera
Sus rosas y claveles,
Derrama sus esencias:
Ese tu enhiesto cuello,
El seno, las dos pellas
Que en él de firme nieve
Elásticas se elevan:
Y ondulando süaves
Cuando plácida alientas,
Animarse parecen,
Y su cárcel desdeñan.
Ve el aire de tu talle,
La gracia y gentileza
Con que flexible torna,
Derecho se sustenta:
Tus perfecciones goza,
Y cariñosa al verlas
Mis lágrimas disculpa,
Mis esperanzas premia.

¡Ay! tú al espejo puedes
Pararte, y en su escuela
De las Gracias guiada
Formarte muy mas bella.
De cien vistosas flores
Ornar tus blondas trenzas,
Relevar con sus rizos
La frente de azucena:
Gobernar de tus ojos
Las miradas arteras,
Y fijar de sus niñas
La inocente licencia:
Adiestrar en su juego
La boca pequeñuela;
La sonrisa en sus labios
Hacer mas halagüeña,
Mas donosos los quiebros
De tu linda cabeza,
Tu andar aun mas picante,
Tu talla mas esbelta.
Yo ¡triste! contemplarlo
No puedo, sin que sienta
Doblarse mis pesares,
Mas grave mi tristeza.
Ayer en él buscaba
Tu imagen, y en vez de ella

Ví abatido mi rostro,
Mis ojos sin viveza,
  Aridas las mejillas,
Mi boca sin aquella
De risas y donaires
Festiva competencia:
  Do quier en fin marcadas
Mil dolorosas huellas
De tu rigor injusto,
De mi infeliz terneza.
  Asi tú en el espejo
Consultándolo encuentras
A Vénus y sus Gracias,
Yo un retrato de penas.

ODA XX.

LA TORTOLILLA.

¡O dulce tortolilla!
No mas la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.
  Deja el arrullo triste;
Y al cielo no ya mustia
Te vuelvas, ni angustiada

Las otras aves huyas.
¿Qué valen ¡ay! tus quejas?
¿Acaso de la oscura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?
¿Le adularás con ellas?
¿O allá en la fria tumba
Los míseros que duermen
De lágrimas se cuidan?
¡Ay! no; que do la parca
Los guarda con ley dura,
No alcanzan los gemidos,
Por mas que el aire turban.
En vano te querellas:
¿Do vuelas? ¿por qué buscas
Las sombras ¡ó infelice!
Negada á la luz pura?
¿Por qué sola, azorada
De ti misma te asustas;
Y en tu arrullo te ahogas
En tu inmensa amargura?
Vuelve, cuitada, vuelve:
Y á llantos de viüda
Del blando amor sucedan
De nuevo las ternuras.
Orna el hermoso cuello;

Los ojos desanubla;
Y aliña artificiosa
Las descuidadas plumas.
Verás cual de tu pecho
Su ardor benigno muda
Los duelos y pesares
En risas y venturas.

ODA XXI.

A LA MISMA.

¿De dó tus quejas vienen,
Sensible tortolilla?
¿El bien perdido lloras?
¿O en blando amor suspiras?
Amor, amor te inflama:
Tu obstinacion esquiva
Cedió al fin: bien tus ojos
Incautos lo publican.
¡Cual brillan! ¡cuan alegres
Se mueven sus pupilas!
¡Con que ternura y gracia
Al nuevo dueño miran!
Parece que al volverse
Le dicen: ya las iras

Cesaron, ven y goza
Por premio mil delicias.
El llega: y de cobarde
Con vueltas repetidas
Te rodea, y tu lado
Gimiendo solicita.
Rueda y rueda, y se ufana,
Tú piando le animas;
Y él mas y mas sus vueltas
Estrecha y multiplica....
¡O tórtola dichosa!
¿Do vuelas? ¿tus caricias
Le niegas? ¿ó asi huyendo
Su ardiente amor irritas?
Ya paras; ya al arrullo
Respondes; ya lasciva
Le llamas, y á besarlo
Ya el tierno pico inclinas.
Tu espléndido plumage
Se encrespa y al sol brilla:
Tus alas se conmueven;
Y gimes y te agitas.
¡Felices tú y tu amante,
Feliz la haya florida
Que en delicioso lecho
Con dulce paz os brinda!

ODA XXII.

A LA ESPERANZA.

No ha nada que las nubes
En alas de los vientos
Bajaban desatadas
En largos aguaceros;
  Que á su soplo incesante
Como en humo deshechos,
La noche anticipaban
La atmósfera cubriendo.
  Los campos anegados,
De horror y luto llenos,
Al alma no ofrecian
Sino tristeza y miedo:
  Y el huracan furioso
Con su rápido vuelo
Robar amenazando
Las chozas de su asiento,
  Las selvas desgarraba;
Redoblando los ecos
En silbidos medrosos
El horrisono estruendo.
  Mudos los pajarillos,

Del diluvio á cubierto,
Entre el fosco ramage
Yacian sin aliento.
  El cielo encapotado
De un ominoso velo,
Del mundo retiraba
Las luces del sol bello.
  Y el reino de las sombras,
Y su fúnebre duelo
Entre estrépito tanto
Se anunciaban eternos.
  Cuando súbito el muro
De las nubes rompiendo,
Riquísimo en fulgores
Se ostenta el rubio Febo:
  Corriendo de repente
Cual un raudal inmenso
Los rayos celestiales
De su alto trono al suelo.
  Disípanse las nubes,
Y al nuevo sol opuesto
Despliega sus matices
El iris á lo lejos.
  La esfera iluminada,
En un plácido oréo
Los vientos ó no vuelan,

O vuelan en silencio.
Y todo es ya delicias,
Y júbilo y sosiego,
Cual antes era todo
Desórden turbulento.
Celebrando las aves
Con sus dulces gorgeos
El triunfo de las luces,
La paz del universo.
Tal las lúgubres sombras
Que ora abruman mi pecho
Pasáran, y con ellas
Mis amargos desvelos.
Que de rosas orlado
Su flotante cabello,
Corre ya la esperanza
Con semblante risueño,
A colmarme amorosa
De inefables consuelos,
Y apagar mis temores,
Y aguijar mis deseos.
Pues cual Mayo florido
Sigue al áspero invierno,
Asi en pos vuela siempre
De la pena el contento.

ODA XXIII.

DE UN HABLAR MUY GRACIOSO.

Dan tus labios de rosa
Si los abres, bien mio,
El mas sabroso néctar
Y el aroma mas fino.
Dan el almo deleite,
Que allá en el alto Olimpo
Gozan los inmortales;
Y enagena el sentido.
El ámbar de la rosa
Al albor matutino,
Al perfume que exhalan
No es de igualarse digno.
La süave miel que liban
Del romeral florido
Las abejas, con ellos
Causa amargor y hastío.
El sabor delicioso
Del mas preciado vino
Es al labio sediento
Menos dulce y subido.
Su acento es muy mas grato

Que el amoroso trino
Del ruiseñor, que el vuelo
Del fugaz cefirillo.
  Porque todas sus llamas,
Donaires y cariños,
Y encantos y delicias
Amor les dió benigno.

ODA XXIV.

DEL VINO Y EL AMOR.

Con una dulce copa
Despierta mi cariño,
Si de amor en los fuegos
Dorila me ve tibio.
  Y si yo desdeñosa,
O cobarde la miro,
Al punto sus temores
Adormezco entre vino.
  Cuyo ardor delicioso
Por los dos difundido,
A Dorila mas tierna,
Y á mí vuelve mas fino.
  Y en sabrosos debates
Entre risas y mimos.

Todo es bríndis alegres,
Todo blandos suspiros.
  Sabed pues amadores,
Que Lïëo y Cupido
Hermanados se prestan
Sus llamas y delirios:
  Porque el Málaga dome
Tras el ruego benigno
A la bella, que indocil
Se esquivare de oiros.

ODA XXV.

A MI LIRA.

¿Donde estan, lira mia,
Los sones delicados,
Con que un tiempo adurmieras
Mis agudos quebrantos,
  Endulzaste mis ocios,
Y el contento en mi labio
Al compas de tus trinos
Me adulára mas grato?
  Tú, amable compañera,
Mi delicia y regalo,
Siempre feliz pendiste

Blando honor á mi lado:
  Bien al reir del alba,
Mirando el denso manto
Plegarse de las sombras
Fugaz ante sus pasos:
  Bien si glorioso Febo
Con todo su böato
Descollaba de luces
Sobre el fúlgido carro;
  O en la lobrega noche,
Cuando su horror opaco
Mas sublimes y graves
Me inspiraba los cantos.
  Y dulce á mis amigos,
Con mimos y regalos
Preciado de las bellas,
Y en las naciones claro,
  Por sus sones alegres
De humildes y medianos
Cual de excelsos señores
Me gozara buscado:
  Con estrépito alegre
Por sus fiestas vagando
Los tonos, que benignas
Las musas me enseñaron.
  Yo embebecido en torno

Con tu armónico canto,
Te consagré rendido
Cuanto tuve mas caro:

De Pluto la riqueza,
La ambicion y sus mandos,
De la Corte los humos,
Del ocio los halagos.

Siempre en tus cuerdas de oro
Mi solicita mano,
Y solo en pós corriendo
De la gloria y tus lauros.

¡Y yá ingrata, me olvidas!
¡Y pulsándote en vano,
No responden tus trinos
A mi ardiente entusiasmo!

Vuelve, ó lira, y no ceses;
Que á tu célico canto
Desparecen las penas,
Reflorecen los años.

Y vosotras, deidades,
Del excelso Parnaso,
Sostened al poeta,
Y alentad su desmayo.

Que él constante en sus cultos,
Irá en su último ocaso
Hasta el Lete ominoso

Vuestras glorias cantando:
Do Caron á escucharlas
Parará el triste barco,
Y el Cerbero trifauce
Sus aullidos insanos.

ODA XXVI.

DEL CAER DE LAS HOJAS.

¡Oh cual con estas hojas
Que en sosegado vuelo
De los árboles giran
Circulando en el viento,
Mil imágenes tristes
Hierven ora en mi pecho,
Que anublan su alegría,
Y apagan mis deseos!
Símbolo fugitivo
Del mundanal contento,
Que si fosforo brilla,
Muere en humo deshecho;
No hace nada que el bosque
Florecidas cubriendo
La vista embelesaban
Con su animado juego,

Cuando entre ellas vagando
El cefirillo inquieto,
Sus móviles cogollos
Colmó de alegres besos.
Las dulces avecillas
Ocultas en su seno
El ánimo hechizaron
Con sus sonoros quiebros.
Y entre lascivos pios,
Llagadas ya del fuego
Del blando amor, bullian
De aqui y de allá corriendo;
Los mas despiertos ojos
Su júbilo y el fresco
De las sombras amigas
Solicitando al sueño.
Pero el can abrasado
Vino en alas del tiempo,
Y á su fresca verdura,
Mancilló el lucimiento.
Sucediole el otoño,
Tras dél árido el cierzo
Con su lánguida vida
Acabó en un momento;
Y en lugar de sus galas,
Y del susurro tierno

Que al mas leve soplillo
Vagas antes hicieron,
   Hoy muertas y ateridas
Ni aun de alfombrar el suelo
Ya valen; y la planta
Las huella con desprecio.
   Asi sombra mis años
Pasarán, y con ellos
Cual las hojas fugaces
Volará mi cabello:
   Mi faz de ásperas rugas
Surcará el crudo invierno,
De flaqueza mis pasos,
De dolores mi cuerpo:
   Y apagado á los gustos,
Miraré como un puerto
De salud en mis males
De la tumba el silencio.

ODA XXVII.

DE LAS CIENCIAS.

Apliquéme á las ciencias,
Creyendo en sus verdades
Hallar fácil alivio

Para todos mis males.
¡O! ¡qué engaño tan necio!
¡O! ¡cuán caro me sale!
A mis versos me torno,
Y á mis juegos y bailes.
Por cierto que la vida
Tiene pocos afanes
Para darle otros nuevos,
Y añadirle pesares.
Aténgome á mi Baco,
Que es risueño y afable;
Pues los sabios, Dorila,
Ser felices no saben.
¿Qué me importa que fijo
Cual un bello diamante
Esté el sol en el cielo,
Como él nazca á alumbrarme?
La luna está poblada...
Mas que tenga millares
De vivientes; pues que ellos
Ningun daño me hacen.
Quita allá las historias.
Que del Danubio al Ganges
Furioso sus banderas
El Macedon llevase,
¿Qué nos hará, Dorila?

Si por mucho que pasten
Sobra á nuestras corderas
La mitad de este valle.
  Pues si no á la justicia...
Venga un sorbo al instante,
Que en nombrando esta Diosa
Me estremezco cobarde.
  Los que estudian padecen
Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silenciosos y graves.
  ¿Y que sacan? mil dudas;
Y de estas luego nacen
Otros nuevos desvelos,
Que otras dudas les traen.
  Asi pasan la vida
¡Vida cierto envidiable!
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.
  Dame vino, zagala;
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

ODA XXVIII.

DE DORILA.

Al prado fue por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el Mayo,
Como las Gracias linda.
Tornó llorando á casa
Turbada y pensativa;
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida.
Pregúntanla que tiene;
Y ella llora afligida:
Háblanla; no responde:
Ríñenla; no replica.
¿Pues que mal será el suyo?
Las señales indican,
Que cuando fue por flores
Perdió la que tenia.

ODA XXIX.

MIS ILUSIONES.

¡Cuán grata la memoria
Las horas fugitivas
Renueva embelesada
De mi niñez florida!
¡Con qué indecible encanto
Repaso aquellos dias
De aëreas esperanzas,
De olvido y paz sencilla,
En que todo á mis ojos
Riente se ofrecia,
Pura siempre y sin nieblas
Del Sol la luz benigna!
Aquellos en que al lado
De la sin par Dorila,
Con la feliz llaneza
Que la igualdad inspira,
Yo de su amor naciente
Las tímidas primicias,
Y ella el mio en los trinos
Gozaba de mi lira.
No trocando dichoso

Mi oscuridad tranquila
Por cuanto los mortales
Con mas ardor codician,
  Sin los cargos y penas
Que hoy mi espíritu abisman,
Sobrando á mis deseos
Mi humilde medianía,
  Yo ciego la adoraba,
Y ella por mí perdida
Con virginal ternura
Mas ciega me queria:
  Siguiendo mis pisadas,
Cual dulce tortolita,
Que de su fiel consorte
Ni un punto el lado olvida.
  Amor nos dió sus fuegos,
Citeres sus delicias,
Nuestra inocencia amable
Descuido y alegría.
  ¡Oh tiempo afortúnado!
¡Oh edad de amor y risas!
¡Sabrosas ilusiones,
Que aun la razon fascinan!
  Cuando alegre os recuerdo,
Piensa el alma embebida
Que la corriente sube

Del rio de la vida.
  Y en un grato delirio
Por su plácida orilla,
Toda juegos y bailes,
Toda aplausos y vivas,
  Entre flores y sombras,
Cual un tiempo solía,
A mí aun niño me sueño,
Y á mi Dorila niña.
  Y bebo, y canto, y rio;
Y en nueva lozanía
Los años desparecen,
Que mi verdor marchitan.
  El aire embalsamado,
Y la delicia misma
Respira alegre el seno,
Que respirar solía.
  Y los dulces transportes,
Y encantos y alegrías
Que entonces me embriagarou,
La mente se imagina.
  ¡Feliz yo, cuantas veces
Me ofrece compasiva
Las sombras mi memoria
De mis pasadas dichas!

ODA XXX.

DE LAS NAVIDADES.

A JOVINO.

Pues vienen navidades
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantaremos, Jovino,
Mientras que el Euro sopla,
Con voces acordadas
De Anacreon las odas.
O á par del dulce fuego
Las fugitivas horas
Engañaremos juntos
En pláticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras:
¿Por qué pues con desvelos
Hacerlas aun mas cortas?
Yo ví en mi primavera
Mi barba vergonzosa,
Cual el dorado vello

Que el albérchigo brota:
Y en mis cándidas sienes
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Oscuras me las tornan.
Yo ví al Abril florido
Que el valle alegre borda;
Y al abrasado Julio
Ví marchitar su alfombra.
Vino el opimo Octubre,
Las uvas se sazonan;
Mas el Diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.
Asi á la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¿Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja;
Y al padre Baco canta
Y á Vénus Cipriota?
Ciñámonos las sienes

De hiedra vividora:
Brindemos, y aunque el Euro
Combata con el Bóreas.
¿Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba despeñado
Su fúlgida carroza;
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas;
Cogí en la diestra mano,
Cogí la brindadora
Taza; y con sed amiga

Por tí la apuré toda.
Quedaron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furores,
Al ver mi audacia loca.
Mas yo tornando al punto,
Con sed aun mas beöda
Segunda vez libréla
Del néctar que la colma.
Cantando enardecido
Con lira sonorosa
Tu nombre, y las amables
Virtudes que le adornan.

ODA XXXI.

A LAS ABEJAS.

Solícitas abejas,
No en los tendidos valles
Mas revoleis inquietas
Por vuestra miel süave.
No apureis de la rosa,
Cuando el rubio Sol nace,
Las perlas de que el Alba
Llenó su tierno cáliz.

Ni su albor puro sienta
La azucena fragante
Por vosotras ajado,
Si buscais azahares.
Y el clavel oloroso
Para las bellas guarde
Su pompa; y con la nieve
De sus pechos contraste.
Mas los labios floridos
Asaltad susurrantes
De mi amada; y el néctar
Que destilan robadle.
Allí nardo, y aromas,
Y dulzor inefable,
Y líquido rocío
Hallareis abundante.
Pero dad á los mios
Del feliz robo parte
Sin que á herirlos se atreva
Vuestro dardo punzante.
Que es su boca divina
Venero inagotable
De miel süave y pura,
De gracias celestiales

ODA XXXII.

DEL VIVIR DE LAS FLORES.

¡Oh! ¡cómo gayas flores,
En un momento os veo
Rotos ya los capullos
Flotar librès al viento!
Anoche de su cárcel
En el círculo estrecho,
Sin belleza las hojas,
Sin ámbares el seno;
Y hoy erguidas y ufanas
A los ojos riendo,
Embriagais de delicias
La nariz y el deseo:
Esmaltando vistosas
De colores diversos
En un grato desórden
La frescura del suelo.
Ya en alfombra galana,
Ya por grupos espesos,
O entre el verde mas lindas
De aquí y de allá saliendo.
Cien insectos alados

Van y vienen á un tiempo,
Y os adulan y mecen
En sus plácidos juegos.
Aquí la mariposa
Cesa alegre su vuelo,
Para ornaros brillante
Cuando os liba sus besos.
Las melífluas abejas,
Labrando allí en silencio,
El almíbar os roban
Con solícito anhelo.
Y allá el blando favonio,
Derramado y travieso,
Si al pasar os inclina,
Os levanta volviendo.
A par que de las hojas
Benévolo el Sol bello
Los matices anima
Con sus vivos reflejos:
Y vosotras alzando
Mas lozanas el cuello,
En un feudo de aromas
Le pagais de sus fuegos.
¡Ah! ¡por qué, amables flores,
Brillais solo un momento,
De las dichas imagen,

Y á las bellas egemplo!
  O naced mas temprano,
O no acabeis tan luego;
Y dejadle á mis glorias
El pasar como un sueño.

ODA XXXIII.

DE UN CUPIDO.

Al partir y dejarla
Medrosa de mi olvido
Me dió para memoria
Dorila un Cupidillo,
  Diciéndome: en mi seno
Ya queda, zagal mio,
Si tú la imagen llevas,
Por señor el Dios mismo.
  Ten cuenta pues que el tuyo
Le guarde bien, y fino
Por él sin cesar oigas
La voz de mi cariño.
  Que aunque cruel te alejas,
Con mi anhelar te sigo;
Y en cuantos pasos dieres
Siempre estaré contigo,

Cual tú en toda mi alma;
Que este donoso niño
Sabrá tu fe guardarme,
Tornarte mis suspiros.
Y de marfil labrado
Dióme un Amor tan lindo,
Que viéndole aun Citeres
Creyera ser su hijo.
Vendados los ojuelos,
Luengo el cabello y rizo,
Las alitas doradas,
Y en la diestra sus tiros.
La aljaba al hombro bello,
Y el arco suspendidos,
Que escarmentados temen
Los dioses del Olimpo.
Arterillo el semblante
Cuan vivaz y festivo,
Y asi como temblando
Por su nudez de frio.
Yo solícito al verle
Tan risueño y benigno,
Los mas dulces requiebros
Inocente le digo.
Y encantado en sus gracias,
Bondadoso y sencillo

Cual un dige precioso
Le contemplo y admiro.
Ya le tomo en mis brazos,
Ya á mis labios le aplico,
Con mi aliento le templo,
Y en mi pecho le abrigo.
Mas tornando á mirarle,
Con él juego y me rio;
Y en mil besos y halagos
Las finezas repito:
Tras las cuales le vuelvo
De mi seno al asilo,
Do aun mas tierno le guardo,
Mas vivaz le acaricio.
Cuando súbito siento
Tan ardientes latidos,
Como cuando en el tuyo,
Dorila, me reclino.
¿Y qué fue? que en el hondo
Se me entró el fementido,
Del corazon llagado,
Para aun mas afligirlo.

ODA XXXIV.

A BACO.

¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas,
De las picantes burlas,
De la amistad sencilla!
¡Honor, honor á Baco,
El Dios de las provincias
Que el Málaga, el Tudela
Y el Valdepeñas crian!
Él la jovial franqueza,
Él la igualdad inspira;
Y en fraternales lazos
Los corazones liga.
Alas al genio ofrece,
Calor á la armonía,
Y á los claros poetas
Templa acorde la lira.
Sobre los pechos tristes
Derrama la alegría;
Y enjuga nuestros lloros
Con mano compasiva.
Con su licor divino

No hay duelo ni fatiga
Que el ánimo desmayen,
Pesar que nos aflija.
  En la copa saltando
De Jove la ambrosía
Semeja, y su fragancia
La aroma mas subida.
  Bebido, sus ardores
Dan al flaco osadía,
Revelan mil verdades,
Acaban con mil iras.
  Vuelven largo al avaro,
La esperanza subliman,
Al plebeyo hacen grande,
Y altiveces humillan.
  Cuando en triunfo glorioso
Sujetó el Dios la India,
Tirso y copa las armas
Fueron de su conquista.
  Al mismo Amor con ellas
Avasalla, y sus viras
Mas penetrantes hace,
Sus llamas mas activas.
  El asi de Ariadna,
Exánime en la huida
De su aleve Teseo,

En Naxos triunfó un dia.
  Llorar vióla, y dolióse,
Y en sus labios destila
Del licor, que las mesas
Del cielo regocija.
  La bella á su don grata
Miróle enternecida,
Luego en sus llamas arde,
Y hoy con los astros brilla.
  En hombros de sus faunos
Ved, cual la copa henchida
De Xerezano néctar,
Regocijado mira.
  Mal fija la guirnalda,
Ya trémula la vista,
A todos á que brinden
Solícito convida.
  Los silenos beödos
Forman su compañía,
Sus bulliciosas danzas
Bacanales y Ninfas.
  ¡Honor, gritando todos,
Al dios de las vendimias!
¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas!

ODA XXXV.

DE MIS DESEOS.

¿Qué te pide el poeta?
¿Dí, Apolo, qué te pide,
Cuando derrama el vaso?
¿Cuando el himno repite?
  No que le des riquezas,
Que necios le codicien;
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados siguen.
  No grandes posesiones
Que abrazen con sus lindes
Las fértiles dehesas
Que el Guadiana ciñe.
  Ni menos de la India
La concha y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistes.
  Goze, goze en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,
Sus glorias el felice.
  Y el mercader avaro,

Que entre escollos y sirtes
De oro vaga sediento,
Cuando la playa pise;
  Con perfumados vinos
A sus amigos brinde
En la esmaltada copa,
Que su opulencia indique.
  Que yo en mi pobre estado
Y en mi llaneza humilde
Con poco estoy contento;
Pues con poco se vive.
  Y asi te ruego solo
Que en quietud apacible
Inocentes y ledos
Mis años se deslizen;
  Sin que á ninguno tema,
Ni ageno bien suspire,
Ni la vejez cansada
De mi lira me prive.

ODA XXXVI.

LAS AVES.

Dorila esquiva, tente;
Y escucha los suspiros

Que da la tortolilla,
Llorando á su querido.
  Mira como en el árbol
Mas seco, ronco el pico,
Sin luz el cuello hermoso,
Los ojos descaidos,
  Se queda desmayada;
Y al cielo compasivo
Se vuelve, cual si diera
El último quejido.
  Mírala ya elevada,
Ya inmóvil, ya al ruido
Mas leve atenta que hace
Del viento el raudo silbo.
  La muerte hirió á su esposo:
Fiel ella en su cariño
Cierra el llagado pecho
De amor al dulce alivio.
  De chopo en chopo vaga
Buscando aquellos sitios
Mas lóbregos, que aumenten
Su duelo y su martirio.
  ¡O tortola infelice!
¡Cuitada! ¿qué delirio
Te arrastra? ¿qué aprovecha
Tan ciego desvarío?

¿Por qué con roncos ayes
Profanas el asilo
Do solo de amor suenan
Sus delicados himnos?
¡Oh! ¡que en tu mal te engañas!
¡Te engañas! si el oido
Rebelde á los halagos
Cierras del nuevo amigo.
Las otras aves mira:
¡Qué fáciles! ¡qué vivos
Son siempre sus placeres!
¡Qué amorosos sus pios!
No buscan, no, las sombras:
El valle mas florido
Sus dichas ve y suspira
Con sus alegres trinos.
Ya en una débil rama
Al impulso benigno
Se mecen y recrean
Del vago cefirillo.
Ya la risueña fuente
Las ve en afan prolijo
Peinar sus bellas plumas
Al rayo matutino.
Ya en la yerba saltando
Y en alegre bullicio

El ánimo enagenan
Con mil juegos festivos.
¡Felices avecillas!
¡Oh! ¡cómo yo os envidio!
¡Oh! ¡si tan dulce suerte
Gozara el pecho mio!
Un gusto, unos placeres,
Un venturoso olvido
De lo pasado, libres
De envidias, de partidos,
Ni conoceis los zelos,
Ni el pundonor altivo;
Vivir y amar compone
Vuestro feliz destino.
¡Qué ejemplo! ¡qué lecciones!
¿Serán, mi bien, contigo
Inútiles? ¿tu pecho
Será por siempre tibio?
No, Dorila: en buen hora
Siga en su duelo esquivo
La tórtola; y tú imita
Los tiernos pajarillos.

ODA XXXVII.

AL VIENTO.

Ven, plácido favonio;
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.
  Ven, ó vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposo
Del alma primavera,
  Ven ya: y entre las flores
Que tu llegada esperan
Ledo susurra y vaga;
Y enamorado juega.
  Empápate en su seno
De aromas y de esencias;
Y adula mis sentidos
Solícito con ellas.
  O de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu süave
De tu ala lisonjera.
  Luego á mi amable lira
Mas bullicioso llega;

Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza,
Y el ánimo desmaya
Si tú el favor le niegas.
Limpia, oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien; y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre néctar
Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia.
Asi el Abril te ria
Contino; asi las tiernas
Viölas cuando pases
Te besen halagüeñas.
Asi el rocío corra
Cual lluvia por tu huella;
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan.
Y asi cuando en mi lira
Soplares, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas.

ODA XXXVIII.

DE LOS EMPLEOS.

¿Por qué en ocio y olvido
Vivo humilde en mi aldea,
Demandais impacientes;
Y aun culpais mi pereza?
Porque, amigos, los cargos,
Mientras son de mas cuenta,
Mas escollos ofrecen,
Mas cuidados engendran:
Y abrumado y sumido
En zozobras y velas,
Para sí nada vive
Quien iluso los lleva.
Blanco triste á la envidia
Que en herirle se ceba,
Sus aciertos apoca,
Sus deslizes aumenta.
Si á su sombra pudiese
Yo la odiosa carrera
Detener de los años,
Que tan rápidos vuelan:
Si una cana, una ruga

En mi frente, ó cabeza
Esquivar bajo el solio
De la rígida Astrea:
  A mi fe que no huiria
De cobarde la empresa,
De trepar por sus gradas
Do mas alto se asienta.
  Y á mi rostro apropiando
Su genial aspereza,
De la lúgubre toga
Mis espaldas cubriera.
  Mas si entonces ahogado,
Y cual siervo en cadena,
Para el canto y la lira
Ni un instante tuviera:
  Ni uno libre que darles
Ni á mi blanda terneza,
Ni á los dulces amigos,
Ni al placer y las bellas.
  Tropezando en las sombras
De embrolladas sentencias,
Que afirmándolo todo
Nada claro presentan.
  Allá vayan los cargos,
Que mas gratas me suenan
Que los gritos del foro

De Anacreon las letras.
Y mejor los avisos
De la sabia Minerva,
Que las viles falsías
Que la corte alimenta;
Trasponiendo á su ocaso
Asi en paz mi inocencia
Entre Baco y las Musas,
Y el rapaz de Citera.

ODA XXXIX.

DEL VINO.

Todo á Baco, Dorila,
Todo oficioso sirve:
La tierra generosa
Le sustenta las vides;
El agua se las riega
Con sus linfas sutiles;
Y el céfiro templado
Se las bulle apacible.
Luego el Sol le sazona
Los racimos felices,
Que ya el nectar encierran
Que hoy saltando nos rie;

Y en los hondos toneles
Bien hervido recibe
El color y el aroma,
Que á oro y ambar compiten.
El néctar que nos salva
De los desvelos tristes,
Con que negra la suerte
Nuestro espíritu aflige;
Y en que el labio y los ojos
Tal encanto perciben,
Que ansiosos de gozarlo
Cautivos se le rinden.
No pues, necia, los tuyos
De la copa retires,
Delicia de los hombres,
Honor de los festines.
O si por ambos bebo,
No aun mas necia te irrites;
Que hasta el amor se alegra
Con los sabrosos brindis.

ODA XL.

DE MI VIDA EN LA ALDEA.

Cuando á mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,

Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,
Alegre me parece
Que soi un hombre nuevo;
Y entonces solo vivo,
Y entonces solo pienso.
Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mí vagan
Con perezoso vuelo.
Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros,
Y el descuidado sueño.
Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.
Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo,
Cuando á ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.
Me agrada, cuando brillan
Sobre el cenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque mas espeso.

Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solícito siguiendo.
O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos mas atentos:
Volviéndome á mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.
Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio:
Y con ellas tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.
El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.
Pondero sus consejas,
Recojo sus proverbios,

Sus dudas y disputas
Cual árbitro sentencio.
  Mis votos se celebran:
Todos hablan á un tiempo:
La igualdad inocente
Rie en todos los pechos.
  Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso:
  Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas que se cruzan
Del vino mas añejo.
  Asi mis faustos dias,
De paz y dicha llenos,
Al gusto que los mide
Semejan un momento.

ODA XLI.

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho
El traidor Cupidillo,
Del seno de su madre

Se há escapado de Gnido.
   Sus hermanos le lloran;
Y tres besos divinos
Dar promete Dione,
Si le entregan el hijo.
   Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde
Se esconde el fugitivo.
   ¿Daréle yo á Citeres?
¿Le dejaré en su asilo?
¿O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos?
   Tres de aquel nectar llenos
Con que á su Adonis quiso
Comunicar un dia
Las glorias del Olimpo.
   ¡Ay! tú, á quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame, dame uno solo;
Y tómale, bien mio.

ODA XLII.

EL ABANICO.

¡Con qué indecible gracia
Tan varia como fácil
El voluble abanico,
Dorila, llevar sabes!
¡Con qué de movimientos
Has logrado apropiarle
A los juegos que enseña
De embelesar el arte!
Esta invencion sencilla
Para agitar el aire
Da abriéndose á tu mano
Bellísima el realce,
De que sus largos dedos
Plegándose süaves
Con el mórbido brazò
Felizmente contrasten.
Este brazo enarcando,
Su contorno tornátil
Ostentas, cuando al viento
Sobre tu rostro atraes.
Si rápido lo mueves,
Con los golpes que bates

Parece que tu seno
Relevas palpitante:
Si plácida lo llevas,
En las pausas que haces,
Que de amor te embebece
Dulcemente la imagen.
De tus pechos entonces,
En la calma en que yacen
Medír los ojos pueden
El ámbito agradable.
Cuando con él intentas
La risita ocultarme,
Que en tí alegre concita
Algun chiste picante,
Y en tu boca de rosa,
Desplegándola afable,
De las perlas que guarda
Releva los quilates,
Me incitas cuidadoso,
A ver por tu semblante
La impresion que te causan
Felices libertades.
Si el rostro ruborosa
Te cubres, por mostrarme
Que en tu pecho aun sencillo
Pudor y amor combaten,

Al ardor que me agita
Nuevo pábulo añades
Con la débil defensa
Que me opones galante.
Al hombro golpecitos,
Con gracioso donaire
Con él dándome, dices;
¿De qué tiemblas, cobarde?
No es mi pecho tan crudo
Que no pueda apiadarse;
Ni me hicieron los cielos
De inflexible diamante.
Insta, ruega, demanda,
Sin temor de enojarme,
Qué la roca mas dura
Con teson se deshace.
Al suelo distraida
Jugando se te cae,
Y es porque cien rendidos
Se inquieten por alzarle.
Tú festiva lo ries,
Y una mirada amable,
Es el premio dichoso
De tan dulces debates.
Mientras llamas de nuevo
Con medidos compases

Al fugaz cefirillo
A tu seno anhelante.
En mis ansias y quejas,
Fingiendo no escucharme,
Con raudo movimiento
Lo cierras y lo abres:
Mas súbito rendida
Batiéndolo incesante,
Me indicas sin decirlo
Las llamas que en tí arden.
Una vez que en tu seno
Maliciosa lo entraste,
Yo suspirando dije:
¡Allí quisiera hallarme!
Y otra vez ¡ay Dorila!
Que á mi rival hablaste
No sé qué misteriosa
Poniéndolo delante;
Lloréme ya perdido
Creyéndote mudable;
Y ardiéndoseme el pecho
Con zelos infernales.
Si quieres con alguno
Hacer la inexorable,
Le dice tu abanico:
No mas, necio, me canses.

Él á un tiempo te sirve
De que alejes y llames,
Favorable acaricies,
Y enojada amenaces.
Cerrado en tu alba mano
Cetro es de amor brillante,
Ante el cual todos rinden
Gustoso vasallage:
O bien pliega en tu seno
Con gracia inimitable
La mantilla, que tanto
Lucir hace tu talle.
A la frente lo subes,
A que artero señale
Los rizos, que á su nieve
Dan un grato realce.
Lo bajas á los ojos,
Y en su denso celage
Se eclipsan un momento
Sus llamas centellantes;
Porque logren lumbrosos
De súbito al mostrarse
Su triunfo mas seguro,
Y como el rayo abrasen.
¡Ah! ¡quién su ardor entonces
Resista! ¡y qué de amantes

Burlándose embebecen
Sus niñas celestiales!
En todo eres, Dorila,
Donosa; á todo sabes
Llevar sin advertirlo
Tus gracias y tus sales.
¡Feliz mil y mil veces
Quien en union durable
De tí correspondido
Cual yo merece amarte!

ODA XLIII.

DE LA NOCHE.

¿Dó está, graciosa noche,
Tu triste faz; y el miedo
Que á los mortales causa
Tu lóbrego silencio?
¿Dó está el horror, el luto
Del delicado velo
Con que del sol nos cubres
El lánguido reflejo?
¡Cuan otra! ¡cuan hermosa
Te miro yo, que huyendo
Del popular ruido

La dulce paz deseo!
¡Tus sombras qué süaves!
¡Cuan puro es el contento
De las tranquilas horas
De tu dichoso imperio!
Ya extático los ojos
Alzando, el alto cielo
Mi espíritu arrebata
En pos de sus luceros.
Ya en el vecino bosque
Los fijo; y con un tierno
Pavor sus negros chopos
En formas mil contemplo.
Ya me distraigo al silbo,
Con que entre blando juego
Los mas flexibles ramos
Agita manso el viento.
Su rueda plateada
La luna va subiendo
Por las opuestas cimas
Con plácido sosiego.
Ora una débil nube,
Que le salió al encuentro,
De trasparente gasa
Le cubre el rostro bello.
Ora en su solio augusto

Baña de luz el suelo
Tranquila y apacible,
Como lo está mi pecho.
Ora finge en las ondas
Del líquido arroyuelo
Mil luces, que con ellas
Parecen ir corriendo.
Él se apresura en tanto;
Y á regalado sueño
Los ojos solicita
Con un murmullo lento.
Las flores de otra parte
Un ámbar lisonjero
Derraman, y al sentido
Dan mil placeres nuevos.
¿Do estás, viöla amable,
Que con temor modesto
Solo á la noche fias
Tu embalsamado seno?
¡Ay! ¡cómo en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El céfiro travieso!
¿Pero qué voz süave
En amoroso duelo
Las sombras enternece

Con ayes halagüeños?
¡O ruiseñor cuitado!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolar inquieto
Me dicen los dolores
De tu sensible afecto.
¡Felice tú, que sabes
Tan dulce encarecerlo!
¡O! ¡goce yo contino,
Goce tu voz, y al eco
Me duerma de tus quejas
Sin sustos ni rezelos!

ODA XLIV.

EL PECHO CONSTANTE.

Combatida la encina
De huracanes terribles,
Inmóvil en su asiento
Su estrépito resiste:
Por sus ásperas hojas,
Que sus alas oprimen,
Resonando los silbos
En quejido mas triste.

Mas su ruda firmeza
Con el tronco compite,
Pues ni el choque las rompe,
Ni su empeño las rinde.
Y la copa ondeante,
Que á los cielos sublime
Sobre todos descuella,
Y á la selva preside,
Si en el horrido choque
Se domeña flexible,
Pasa el ímpetu, y se alza
Mas lozana y mas firme.
Sin cuidarse las aves
Que alli plácidas viven,
Si por fuera los vientos
Entre sí airados riñen:
Que por último en calma,
Con susurro felice
De mecer revolando
Sus cogollos la sirven.
Otro tanto el escollo
Que los piélagos ciñen,
Y sus móviles golpes
Avanzado recibe.
Las negras tempestades,
La calma bonancible

De las olas turbando,
Con las nubes las miden;
  De do iguales á un monte
Sobre él cayendo gimen;
Y en su horrísono estruendo
Amenazan hundirle.
  Él empero inmutable,
Mientras mas le persiguen
Los altísimos tumbos,
Mas ufano se engrie:
  Y ante el rígido ceño
De su frente invencible,
Sin ofensa las olas
Deshechas se dividen;
  Que ya en cándida espùma
Se convierten, y humildes
Circundando sus plantas
De su nieve lo visten;
  Ya se tornan bramando
Por tentar nuevas lides;
Y él á nuevas victorias
Su dureza apercibe.
  He aqui el pecho constante,
Que por mas que se irriten
En su daño los hados
No podrán sumergirle:

Encina en la firmeza
De sus hondas raices,
Y á los golpes y agravios
Cual la roca inflexible,
Sin que nada plebeyo
Menos haga sus timbres;
Ni en sus labios la queja
Sus virtudes mancille.

ODA XLV.

LOS RECUERDOS DE MI NIÑEZ.

Cual un claro arroyuelo
Que con plácido giro
Por la vega entre flores
Se desliza tranquilo,
Tal de mi fácil vida
Los años fugitivos
Entre risas y juegos
Cual un sueño han huido.
Veces mil este sueño
Repaso embebecido,
Sin poder arrancarme
De su grato prestigio.
Do quier en ocio blando,

Y entre alegres amigos,
Pasatiempos y bailes,
Y banquetes y mimos;
  Las rosas de Citeres,
Con los dulces martirios
Del Vendado, y á veces
De Baco los delirios;
  Esperanzas falaces,
Y brillantes castillos
En el viento formados,
Por el viento abatidos;
  Coronando las Musas
Los graves egercicios
De Minerva, y el lauro
Con que se ornan sus hijos.
  Aqui entre hojosas calles
Mil encantados sitios,
Que aduermen y enagenan
Por frescos y sombríos:
  Mas allá en los pensiles
De la olorosa Gnido
Del pudor y el deseo
Mezclados los suspiros:
  Y alli de las delicias
Sesgando el ancho rio,
Que brinda en sus cristales

De todo un grato olvido,
  Con codiciosa vista
Su alegre margen sigo,
Y á sus falaces ondas
Sediento el labio aplico.
  Voy á saciarme, y siento
Que súbito al oido
Me clama el desengaño
Con amoroso grito:
  ¿Dónde vas, necio? ¿dónde
Tan ciego desvarío
Te arrastra, que á tus plantas
Esconde los peligros?
  Contén el loco empeño:
Ese ominoso brillo
Que aun te fascina, iluso
Va á hundirte en el abismo.
  De tus felices años
Pasó el verdor florido;
Y las que entonces gracias,
Hoy se juzgarán vicios.
  Ya eres hombre, y conviene
Dorar arrepentido
Con virtudes y afanes
Los errores de niño.
  Yo cedo, y del corriente

Temblando me retiro;
Mas vueltos á él los ojos
Aun suspirando digo:
¿Por qué, ó naturaleza,
Si es el caer delito,
Tan llana haces la senda,
Tan dulce el precipicio?
¡Felices seres tantos,
Cuyo seguro instinto
Jamas sus pasos tuerce,
Jamas les fue nocivo!

ODA XLVI.

DEL MEJOR VINO.

Preciados son los vinos
Que en próvido regalo
Dió á su feliz España,
Dorila, el padre Baco.
Uno el gusto y los ojos
Solicita saltando,
Si otro mas los enciende
Con su punzante amargo.
Y el otro que á las bellas
Adula azucarado

El paladar endeble,
Su ardor hace mas grato.
Órnase cual la noche
De un velo aquel opáco,
Y este fúlgido brilla
Mas que el oro en el vaso.
El Málaga es famoso,
Y á par que el Jerezano,
La Nava y Alicante
Por siempre serán claros
Entre cuantos penetren
Los íntimos arcanos
Del Dios, y sus misterios
Celebran con aplauso.
¿Pues qué diré, si osara
Nombrarte solo tantos,
Cual célebres se cuecen
En términos extraños?
Todos me agradan, todos
En los pechos humanos
El libre gozo engendran,
Disipan los cuidados.
Pero aquel que tú libas,
Y humedece tus labios,
Aquel es á los mios
El mas sabroso y sano.

ODA XLVII.

DE LA NIEVE.

Dame, Dorila, el vaso
Lleno de dulce vino,
Que solo en ver la nieve
Temblando estoy de frio.
Ella en sueltos vellones
Por el aire tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De fúlgidos armiños.
¡O! ¡cómo el verla agrada
De esta choza al abrigo
Deshecha en copos leves
Bajar con lento giro!
Los árboles del peso
Se inclinan oprimidos;
Y alcorza delicado
Parecen en el brillo.
Los valles y laderas,
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mustio desabrigo:
Mientras el arroyuelo,

Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso
Se burla de los grillos.
Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdidos;
Y triste no distingue
Su campo del vecino.
Las aves enmudecen
Medrosas en el nido;
O buscan de los hombres
El mal seguro asilo.
Y el tímido rebaño
Con débiles balidos
Demanda su sustento
Cerrado en el aprisco.
Pero la nieve crece;
Y en denso torbellino
La agita con sus soplos
El Aquilon maligno.
Las nubes se amontonan;
Y el cielo de improviso
Se entolda pavoroso
De un velo mas sombrío.
Dejémosla que caiga,
Dorila; y bien bebidos
Burlemos sus rigores

Con nuevos regocijos.
Bebamos y cantemos;
Que ya el Abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

ODA XLVIII.

LOS HOYITOS.

¿Sabes, di, quién te hiciera,
Idolatrada mia,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas?
¿Esos hoyos que loco
Me vuelven: que convidan
Al deseo y al labio
Cual copa de delicias?
Amor, Amor los hizo,
Cuando al verte mas linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un dia.
Mas tú que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz á los juegos
Insensible y esquiva,

La cabeza tornabas
Y sus besos huias;
Y él doblando con esto
Mas y mas la porfía,
Apretó con las manos
En su inquietud festiva
La tez llena, süave;
Y asi quedára hundida.
De entonces como á centro
De la amable sonrisa
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.
¡Ah! ¡si yo en uno de ellos
Trasformado!..... su fina
Púrpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, aleve, ries;
Y con la risa misma
Mas donosos los haces,
Y mi sed mas irritas.

ODA XLIX.

DE MI GUSTO.

Retórico molesto,
Deja de persuadirme
Que ocupe bien el tiempo,
Y á mi Dorila olvide.
  Ni tú tampoco quieras
Con réplicas sutiles,
Del néctar de Lïëo
Hacer que me desvie.
  Ni tú, que al feroz Marte
Muy mas errado sigues,
Me angusties con pintarme
Lo horrendo de sus lides.
  Empero habladme todos
De bailes y de brindis,
De juegos y de amores,
De olores y convites:
  Que tras la edad florida
Corre la vejez triste;
Y antes que llegue, quiero
Holgarme y divertirme.

ODA L.

LAS PENAS Y LOS GUSTOS FORMAN MEZCLADAS LA TELA DE LA VIDA.

En las vueltas fugaces
Que en su invisible vuelo
Sobre mi frente ha dado
Marchitándola el tiempo,
Siempre vi sucederse
Las penas y el contento,
Alternados la tela
De mis años tejiendo;
Sin lucirme ni un dia,
Que por triste ó risueño
Ni de bienes lo hallase,
Ni de lloros exento.
Fui niño, y gocé alegre
De la niñez los juegos,
Que de un crudo pedante
Turbó el áspero ceño:
Cual con planta afanosa
Huye en alas del miedo
Un corro de aldeanas
De un fantástico espectro.

Si jóven de Cupido
Ardí en los dulces fuegos,
Lloré á par los vaivenes
De mudanzas y zelos:
Que en su copa engañosa
Siempre da el Ceguezuelo
Con el néctar de Jove
De Colcos los venenos.
Para mí de Minerva
Los afanes severos
Fueron no una fatiga,
Sino un fácil recreo;
Pero al ver que mi frente
Se adornó con sus premios,
Me abrumaron los gritos
De un enjambre de necios.
Tomóme de la mano
La ambicion un momento,
Para darme sus penas
Por el brillo de un puesto;
Do por un nombre vano,
Y un forzado respeto
Mi noble independencia
Ferié á crudos desvelos.
En la corte dolosa
Vi al favor, que halagüeño

Con mil gratos delirios
Embriagó mi deseo:
  Mas de nubes y horrores
Vile en torno cubierto,
Su ominosa cadena
Degradando mi cuello.
  Y en los altos banquetes,
Los brindis de Lïëo,
Y del Dios de la mesa
Los sabrosos misterios,
  Alternar confundidos
Con los torvos rezelos,
O gemir congojados
En los brazos del tedio.
  Los cantos de las Musas,
Y el laurel con que Febo
Ennoblece sus hijos,
Y eterniza sus versos,
  La quietud y el olvido
Anhelar en secreto,
De la envidia acosados
Y su fétido aliento.
  La amistad sacrosanta,
Su inefable embeleso
Al acibar unidos
De un fatal rompimiento.

De los hombres y el mundo
Bullicioso el comercio
Una inútil fatiga,
Y á mil trances sujeto.

El engaño mañoso
Los modales fingiendo
Del sencillo agasajo,
Y el encono del zelo.

Todo en fin como Jano
Con dos varios aspectos,
La alegría en el uno,
Y en el otro los duelos.

Asi de escarmentado
Mucho mas que de cuerdo
Este mar de la vida
Ya sin susto navego.

Tan cauto en la bonanza
De arrostrar rumbos nuevos,
Como en las tempestades
De ceder á un vil miedo.

Siempre firme esperando,
Que mudándose el tiempo
Pare el claro en lluvioso,
Y el nublado en sereno.

ODA LI.

DE MIS VERSOS.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,
Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.
¿Pero yo que sin sustos,
Pretensiones, ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas
Retozando y bebiendo,
Puedo acaso afligirme?
¿Pueden mis dulces metros
No bullir en las llamas
De Cupido y Liëo?
¿Por qué los que me culpan
De vil codicia ciegos
Inicuos atesoran,
Y gozan con recelo?
¿Por qué en fatal envidia
Hierven y horror sus pechos,
Cuando riente el mio
Nada en genial contento?
¿Por qué afanados velan,
Mientras que en paz yo duermo,

Tras el fugaz fantasma
De la ambicion corriendo?
Bien por mí seguir puede
Cada cual su deseo;
Pero yo antes que al oro
A los brindis me atengo.
Y antes que á negras iras,
O á deleznables puestos,
A delicias y gozos
Libre daré mi pecho.
Vengan pues vino y rosas,
Que mejor que no duelos
Son los sorbos süaves
Con que alegre enloquezco.
Asi á Dorila dije,
Que festiva al momento
Me dió llena otra copa,
Gustándola primero.
Y entre mimos y risas,
Con semblante halagüeño
Respondióme: ¿qué temes
La grita de los viejos?
Bebamos si nos riñen,
Bebamos y bailemos;
Que de tus versos dulces
Yo sola juzgar debo.

ODA LII.

EL CONSEJO DE MINERVA.

Triste el Amor un dia
Quejóse á Citerea,
De que el mundo sus aras
Fementido desdeña.
Ya, decia, no hieren
Mis aladas saetas,
Que un tiempo el mismo Jove
Temblaba por certeras.
Todos, madre, las burlan,
Y con risa celebran
Los suspiros y ruegos,
Y mimosas querellas,
Con que antes mil beldades
De gracia y rubor llenas,
Y miles de amadores
Me ornaban sus ofrendas.
Estos solo orgullosos
Por mas fáciles piensan
En vulgares banquetes,
Fastidiando mi nectar.
Y las necias muchachas,

Mariposas ligeras,
El valor no conocen
De una afable entereza:
Ni el imperio que alcanza
Sobre el mismo que ruega
La inocente repulsa,
Que á mas ruegos empeña:
O cual dobla sus nudos
La rendida fineza,
Y mis triunfos sazona
La dulce resistencia.
Los benignos desdenes,
La picante reserva,
Las tímidas miradas,
La virginal modestia,
Como sueños se olvidan,
Y se siguen y precian
El antojo voluble,
La liviana franqueza.
Con que en pos las dulzuras
Que mi copa presenta
Corren siempre; y burladas
Solo acibar encuentran.
Cual ilusos los hombres,
En su ardiente impaciencia
Olvidando mi numen

A su sombra se entregan.
  Y de tí luego injustos
Todos, madre, se quejan;
Y en los brazos del tedio
De mi nombre blasfeman.
  Oyó al penado niño
La severa Minerva,
Que á Citeres rogaba,
Que sus gracias le ceda,
  Para hacer de las liras
De cien claros poetas
Mas plácidos los sones,
Inmortales las letras;
  Y en voz dulce le dice:
Haz que lleven tus flechas,
Si anhelas que tu imperio,
Rapaz, eterno sea,
  Entre las vivas llamas
Que tu aliento les presta,
Honor las de los hombres,
Pudor las de las bellas.
  Porque envuelva el decoro
Tus gustosas ofensas,
Y el rubor á la virgen
Aun vencida ennoblezca.
  Ellos entonces finos

Ansiarán tus cadenas,
Y en las suyas de flores
Gemirán fieles ellas.
Dorila, en nuestros pechos
Amor hizo la prueba
Del celestial consejo,
Que la diosa le diera.
Yo te amo cada dia,
Mi bien, con mas firmeza,
Y tú me correspondes
Mas sencilla y mas tierna.

ODA LIII.

EL NIDO DEL JILGUERO.

No hayas miedo que turbe,
Dichoso jilguerito,
Mi sacrílega mano
La quietud de tu nido.
Vela en él cuidadoso,
Vela tus dulces hijos,
Con tu amada partiendo
Tan precioso destino.
Yo me enageno al verte,
Bullicioso y festivo

Ir y volver en torno
Con solicitos giros:
  Ya posarte de un lado,
Y en un grato delirio
Celebrar tus venturas
Con armónicos trinos:
  Ya piando allegarte,
Por dividir mas fino
Entre su madre y ellos
Los besos de tu pico:
  O en la menuda yerba
Buscarles con ahinco
El goloso alimento
De algun leve granillo;
  En contraste gracioso
Con su verde subido
De tu lindo plumage
Lo bayo y amarillo:
  Tu feliz compañera
Mas atenta en su alivio
De su seno amoroso
Les da en tanto el abrigo:
  Y acá y allá escuchando,
El mas leve ruido
De un ramillo, una hoja
Se le abulta un peligro;

Con que tímida, ahincada
Los estrecha consigo
Mas y mas donde suena
Fijos vista y oido.
Vuelves tú, y se asegura;
Y en suavísimos pios
Las zozobras te cuenta,
Que su amor ha sentido.
Y los tiernos polluelos
Abiertos los piquillos
El tuyo solicitan
Con incesante grito;
Hasta que de tu seno
Les dispensas benigno
El sustento, calmando
Su voraz apetito;
Sin contarse un instante,
En que menos activo
Los descuide tu anhelo,
Ni ceseis en sus mimos.
¡Avecillas felices!
¡Con qué placer envidio
Vuestra union inocente,
La delicia en que os miro!
Vuestra viva impaciencia,
Y esos blandos suspiros,

Tantos quiebros y halagos
Sin cesar repetidos,
  Todo, todo embriaga
De gozo el pecho mio,
Y en pos loco me lleva
De mil dulces prestigios.
  El cielo os libre fausto
Del gavilan maligno,
Como yo de los hombres
Guardaré vuestro asilo:
  Para serles de egemplo
Con amor tan sencillo
De paternal ternura,
De conyugal cariño.

ODA LIV.

EL CANTO DE LA ALONDRA.

¿Dónde estás, avecilla,
Que por mas que en buscarte
Mis ojos por el viento
Solícitos se afanen,
  Dar contigo no pueden,
Cuando tú te deshaces
En llenarlo armoniosa
De tus pios süaves?

¿Dónde estás? ¿cómo el vuelo
Tanto, alondra, encumbraste,
Que la vista mas lince
Desfallece en tu alcance?
Y tú el canto redoblas,
Y en mas llenos compases
Ensordeces la esfera,
Y enmudeces las aves.
Tu voz sola se escucha,
Que en trinos penetrantes
Desciende, de do el alba
Las puertas al sol abre:
Su alegre mensagera
Con música incesante
Del sueño en que se olvidan
Llamando á los mortales
A que gocen y admiren
La pompa con que nace,
Y empieza entre arreboles
Su trono de oro á alzarse.
Yo á todos me anticipo,
Y en este umbroso valle,
Durmiendo aun tú, ya miro
Si rayan sus celages.
Que nunca el dios del sueño
Visita favorable

Los pechos, que suspiran
En duelos y pesares.
Tú cantas, avecilla,
Y en quiebros agradables
Del júbilo en que hierves
Pareces darnos parte.
Al nuevo dia aguardas,
Sin miedo de emplearle
Ni en cargos que te abrumen,
Ni en necios que te enfaden.
Siguiendo en tus gorgeos
Y trinos celestiales,
Hasta que el sol en brazos
Se apaga de la tarde.
Y siempre exenta y libre,
Do quiera que te place
Discurres vagarosa
Con ala revolante.
Ya plácida te meces,
Ya rápida te abates,
Ya recta te sublimas
Doblando tus cantares.
La vista que te sigue
No alcanza ya á mirarte,
O un punto te divisa
Inmóvil en los aires.

¡Dichosa tú, á quien cupo
Tan libre ser, y sabes
Sin velas ni zozobras
Pacífica gozarle!
Yo atado á un triste cargo
Cual siervo en dura cárcel,
No alcanzo de este suelo
Ni un punto á separarme.
Tus alas, tu soltura,
Tu independencia dame,
Yo iré donde á mi suerte
Jamas tu suerte iguale.
Tú cantas y te gozas;
Yo envuelto en ansias graves
Mis cantos en suspiros
Vi súbito tornarse.
Tú á la alma primavera,
Que el manto ya flotante
Despliega, y colma el mundo
De júbilo inefable,
Canóra te anticipas,
Sintiendo ya inundarse
Tu seno en las delicias
De amor, esposa y madre.
Mientras yo solo en ella
De mi existencia frágil

La débil llama tiemblo
Ir súbito á apagarse.
  Apenas mal seguro
Del golpe inexorable,
Que amaga de mis dias
El delicado estambre;
  Del fúnebre Aqueronte
Tocando ya la márgen,
Do las pálidas sombras
Se espesan á millares,
  Y al viejo triste ruegan
Que en su batel las pase
Allá do en uno iremos
Pequeñuelos y grandes,
  Y do ni por tesoros,
Ni por ínclita sangre,
Ni omnipotente cetro
Jamas se huyera nadie:
  Sin que tus dulces trinos,
Alondra amada, basten
A desprender mi mente
De esta ominosa imágen.
  Ufana tus venturas
Celebra, ó feliz ave;
Que á mí no es dado ¡ay triste!
Sino llorar mis males.

ODA LV.

A ANFRISO.

Que ni la voz ni la lira son ya por mis años á propósito para la poesia.

No suena ya, no suena
Mi lira, dulce amigo,
Cual en los faustos dias
De mi verdor florido.
La voz quebrada y débil
Ya los sublimes trinos
Del ruiseñor no alterna,
Ni sus dolientes pios.
Un tiempo, cuando el alba
Aun con dudoso brillo
Sembraba por los prados
Su aljofar cristalino,
En pos de sus fulgores
Me oyera el bosque umbrío
Con balbuciente labio
Llamar al sol divino.
Me oyera en la alborada
De alegres pajarillos

Seguir con voz süave
Su armónico bullicio.
   Oyéranme las bellas
Mas dulce y derretido
Pintar de sus encantos
La gloria y los peligros.
   Y en unos lindos ojos
Gozándome cautivo,
Trocar por apiadarlos
Mis tonos en suspiros:
   Suspiros que otra boca
Con mil donosos mimos
Tornar tal vez solia;
¡Yo extático de oirlos!
   Luego en mas altos modos
Osé hasta el sacro Olimpo
Alzarme, y sus luceros
Cantar embebecido.
   Cantar la inmensa lumbre,
Y el alto señorio
Del claro sol, de Febe
Los rayos mas benignos.
   O por la humilde aldea
Y el cándido pellico
Dejando de la corte
Los mágicos prestigios,

Se oyó por mí en el trono
Del labrador sencillo
La voz, de la indigencia
Los míseros gemidos.
Entonces ¡ay! entonces
Con generoso ahinco
Tras el sublime lauro
Volaba, ó caro Anfriso.
Y el estro irresistible
Sintiendo el pecho mio,
Los dedos á las cuerdas
Corrieron sin arbitrio:
Sus voces celestiales
Hirieron en mi oido;
Y el labio á la alabanza
Se abriera y á los himnos.
¡Afortunado ensueño!
Que en humo se deshizo
Al despertar, y en vano
Que hoy torne solicito.
Brillaba mi cabello
Dorado, luengo y rizo,
Al viento entrelazado
De rosa y verde mirto:
Y en mis rientes ojos
Ora á la luz caidos,

Bullia el vivaz fuego
De mi candor festivo.
  Hoy escarchar mis sienes
De nieve al tiempo miro:
Las rugas por mi rostro
Sembrar con soplo impío:
  Desfallecer mi aliento;
Y hasta en el genio mismo
Egercitar odioso
Su funeral dominio.
  Pasó mi primavera,
Pasó el ardiente estío,
Y á par de la esperanza
Los sueños y delirios.
  Veloz el blando otoño,
Cual raudo torbellino
Que cuanto en torno alcanza
Arrastra en pos consigo,
  Huiráse muy mas presto
Que el rayo fugitivo
Del sol del mar sonante
Se apaga en los abismos.
  Relámpago ominoso,
Que cruza de improviso,
Desvista y desparece
Envuelto en su humo mismo.

Ya ni mi labio al canto
Se presta, ni el hechizo
De la armonía al númen
Aguija entorpecido,
Muy mas que de la nieve
Con los pesados grillos
Fenece inerte el grano
Del mas preciado trigo.
Mi lira inútil yace:
Ni entre su horror sombrío
El Genio de la noche
Desciende á mí propicio,
Cual antes me inspirára,
Trepando hasta el empíreo
En alas de la gloria
Mi espíritu atrevido.
La calma y el silencio
En blanda paz conmigo
Me aduermen en los brazos
Del ocio y el retiro:
Gimiendo escarmentado,
Si con pesar tardío,
Del hado y de los hombres
Los criminales tiros.
Tal navegante cuerdo
Tras riesgos infinitos

Ganar dichoso alcanza
Del puerto el fausto asilo.
  Tú en tanto á quien los años
Y el claro dios del Pindo
Adulan, y en sus redes
Prendio el alado Niño,
  Feliz mis huellas sigue;
Y en don bien merecido
Recibe, Anfriso amado,
La lira de Batilo.
  La lira que á los cisnes
De nuestros sacros rios
Fue egemplo á que cantasen
Con mas acorde estilo.
  Yo en tus aplausos loco,
Mientras que al negro olvido
Me robas tú en tus versos,
Del mismo Apolo dignos [1],
  Diré gozoso á todos:
Si en tan excelso giro
Sobre los astros vaga,
Yo le mostré el camino.

1 Una hermosa cancion en mi elogio, llamándome con lisonja restaurador de la poesia española.

ODA LVI.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD.

¡Oh! ¡con cuánta delicia
Pasada la tormenta
En ver el horizonte
Mis ojos se recrean!
¡Con qué inquietud tan viva
Gozarlo todo anhelan;
Y su círculo inmenso
Atónitos rodean!
De encapotadas nubes
Alli un grupo semeja
De mal unidas rocas
Una empinada sierra;
Recamando sus cimas
Las ardientes centellas,
Que del sol con las sombras
Mas fúlgidas chispean;
Y á sus rayos huyendo
Ya cual humo deshechas
Al lóbrego occidente
Presurosas las nieblas.
De otra parte el espacio

Tranquilo se despeja,
Y un azul mas subido
A la vista presenta;
 Que en su abismo engolfada
Las bóvedas penetra,
Donde suspensas giran
Sin cuento las estrellas.
 El íris á lo lejos
Cual una faja inmensa
De agraciados colores
Une el cielo á la tierra.
 Y la nariz y el labio
Extáticos alientan
Embalsamado el aire
De olorosas esencias,
 Que el corazon dilatan,
Y le dan vida nueva,
Y en el pecho no cabe,
Y en delicias se anega.
 Derrámase perdida
La vista, y por do quiera
Primores se le ofrecen,
Que muy mas la enagenan.
 Aqui cual una alfombra
Se tiende la ancha vega,
Y allá el undoso Duero

Sus aguas atropella.
  Los árboles mas verde
Su hermosa copa ondean,
Do bullendo sacude
Cefirillo mil perlas.
  Las mieses mas lozanas
Sus cogollos despliegan,
Y sobre ellos se asoman
Las espigas mas llenas.
  Reanimadas las flores
Levantan la cabeza,
Matizando galanas
Los valles y laderas;
  Do saltando y volando
Con alegre impaciencia
Las parlerillas aves
Se revuelven entre ellas;
  Y en sus plumas vistosas
Mil cambiantes reflejan
Al sol, que sin celages
Ya el cielo enseñorea.
  ¡Oh! ¡cuán rico de luces,
Cual vencedor atleta,
Entre llamas divinas
Centellante se ostenta!
  ¡Cuál su fúlgido carro

Con sosegada rueda
Bajando va, y las aguas
Sus fuegos reverberan!
Las aves al mirarlo,
Desatando sus lenguas
En suavísimos trinos,
El oido embelesan:
Y la tierra y los cielos
Con igual complacencia
En sus rayos se animan,
Y su triunfo celebran.
Todo en fin cuanto existe,
Y envolvio en sus tinieblas
El nublado, ya en calma
Al júbilo se entrega.
Mientras ciega mi mente
De ver tantas bellezas,
En lugar de cantarlas,
Ni á admirarlas acierta.

ODA LVII.

DE MI SUERTE.

Perseguido y hollado,
Blanco puesto á las iras

Del poder, y en los grillos
De pobreza enemiga,
  En olvido y en ocio
Fugitivos se eclipsan
Estériles los años
De mi cansada vida;
  Y el brillo de la gloria
Que inflamarme solia,
Y allanar al deseo
Mil ilustres fatigas,
  Despareció y ahogóse,
Cual se ahogaron mis dichas
En la fiera borrasca
Que anegó mi barquilla.
  Pero en tantos reveses
Aun las Musas benignas
A mi oreja se acercan,
Y sus cantos me inspiran.
  Aun sus almos avisos
La sublime Sofia
Me dispensa, y sus voces
Mi bondad fortifican.
  En sabrosas lecturas
Se me vuelan los dias,
Sin formar una queja,
Ni llorar una cuita.

La sencilla inocencia,
Que en mi seno se abriga,
Se acrisola en el fuego
Que el error ciego atiza.
Y adulándome grata
La jovial alegría,
Que cual Febo las nieblas
Tal mis penas disipa,
Corre rápido el tiempo,
En que fiel la justicia
Mis trabajos consagre,
Su corona me ciña.
Con tan plácidos sueños
Lleno de una delicia,
Que jamas goza el crímen,
Y á la virtud envidia;
Mientras que los amigos
Con su blanda acogida
De mi crudo destierro
Los horrores mitigan;
No trueco pues mi suerte
Con el necio que brilla
De oro y vicios cubierto
Del favor en la cima.
Que si á par nuestros pasos
A la tumba caminan,

Yo una senda de flores,
Y él la sigue de espinas.

ODA LVIII.

A LAS GRACIAS.

Si en mis sencillos versos,
O Gracias celestiales,
Vuestro mágico hechizo
Yo bosquejar lograse;
Si una fugaz centella
De aquel fuego inefable
Que en vuestro rostro rie,
Y en vuestros ojos arde,
A mi lira le diese
Los trinos y compases,
Que extáticas se llevan
Tras sí las voluntades;
Y á mi voz la dulzura
Y el agrado, que valen
Cuantas flores y adornos
Prodiga al genio el arte;
Si les diese el halago,
La delicia, las sales,
La feliz elegancia,

La negligencia fácil,
Que en vuestra amable boca,
Entre el néctar süave
Que destila corriendo,
Cual de un venero nacen,
¡Cuál en júbilo hirviera!
¡Cómo entonces radiante
Mi sien brillara ungida
De rosas y azahares!
¡Y á un plácido abandono
Librándome, los aires
De gozo y armonía
Llenara en mis cantares!
Que vosotras, ó Gracias,
Con un mirar afable,
Un quiebro, un ay, que sola
Preciar la mente sabe,
Al pecho mas de bronce
De cera lo tornais,
Logrando que el mas rudo
Mas ciego os idolatre.
Y á la belleza misma
Sus mas finos quilates
Gratas le dais, haciendo
Que vista y alma encante.
Vuestra es de la zagala

La ingenuidad amable
Y el no buscado esmero,
La sencillez picante.
  Una flor que donosas
Le poneis, mas realce
Da á su cabello de oro
Que un fúlgido diamante.
  Y á una sonrisa leve
De tal magia animais,
Que haceis que en mil delicias
Los pechos embriague.
  Cual nada sin vosotras
Ni la hermosura vale,
Ni el mas costoso adorno,
Ni el mas esbelto talle.
  De Armida los pensiles,
Como ahogados les falte
Vuestra mano hechicera,
Ya ominosos desplacen.
  Cuando ella no dirige
Al genio de las Artes,
Sus mas sublimes toques
Sin luz ni vida yacen.
  Citeres no es la diosa
Que en su nudez cobarde
Sembrando ya mil risas

De las espumas sale.
Ni Apolo el númen sacro,
Que de Phiton triunfante
Con aire se sublima
Magestuoso y grande.
Y el verso mas canoro,
Sin el subido esmalte,
La llama que invisibles
Vosotras le prestais,
Nunca será que el labio
De una bella lo cante,
Ni el gusto lo repita,
Ni venza las edades.
Vénus, la excelsa Vénus,
Si agradar quiere al padre
De los hombres y dioses,
Solícita al tocarse
A su beldad celeste
Vuestra cintura añade,
De mimos y delicias
Tesoro inapreciable.
Preséntase, y su boca
Rosada no bien abre,
Ya Jove se embebece,
De amor los dioses arden.
Y en alegre murmullo

Resuenan incesantes
Del espléndido alcázar
Las bóvedas reales.
  La virtud, Gracias puras,
La virtud que hace alarde
De hermanar con sus triunfos
El hombre á las deidades,
  Os implora benignas;
Y en sus rudos combates
Aun ansiosa procura
Con vosotras ornarse.
  Y la verdad en medio
De su fulgor brillante
Risueña con vosotras
Se aliña y se complace;
  Porque su voz sagrada
Asi los pechos halle
Mas gratos, y sus fueros
Mas dóciles acaten.
  ¿Pues qué de la inocencia?
La candidez quitadle,
Y en ella á sus mejillas
Las rosas virginales;
  Quitadle el embarazo,
Los tímidos celages
En que el pudor se envuelve,

Solícito en guardarse,
  Las ansias, las zozobras
Con que anheloso bate
Su seno puro, tiembla
Si tiene que mostrarse;
  Y vereis cual en humo
La ilusion se deshace,
Que á rendirle nos lleva
Tan dulce vasallage.
  Que á todo, á todo, diosas,
Vuestra presencia añade
Un aroma, un prestigio,
Y elegancia y donaire,
  Que los ojos delumbran,
Las almas satisfacen,
Y en vínculos de flores
Ciegas en pos las traen.
  Curad pues que mis versos,
Si idólatra constante
Anhelé desde niño
Seros siempre agradable,
  Por vuestros se distingan;
Que aunque el estro les falte,
Ya hareis, amables magas,
Que duren inmortales.

ODA LIX.

A MI LIRA.

¿Será que salvar logren
Mi nombre del olvido,
O lira, de tus cuerdas
Los delicados trinos?
¿Y que el poeta amable
De Baco y de Cupido
Resuene con sus versos
En los lejanos siglos?
Sí; que asi lo afirmaron
Con acento benigno,
Cuando á las dos deidades
Me consagré de niño.
Dijéronme: tú canta,
Rapaz, sensible y fino
De mis llagados pechos
Las llamas y cariños:
Y en las alegres mesas
Haz que mis dulces vinos
Agraden mas al labio,
Célebres ya en tus himnos:
Y verás cual las gentes

Con benévolo oido
Te acogen por humilde,
Te imitan por sencillo.
Cómo Febo y sus Musas
El lenguage florido
De Villegas y Laso
Renuevan en tus trinos;
Y en las alas del gusto,
Si hoy les dan grato abrigo
Las florecientes vegas
Del Tormes cristalino,
Por tu España discurren,
Y con vuelo atrevido
El Pirene traspasan,
Y el nevado Apenino;
Sin cesar hasta donde
Con alto señorío
Mégico entre las aguas
Su trono fijó altivo;
Y el felice limeño
Goza en su valle unidos
Del Mayo entre las rosas
Las mieses y racimos.
Deja que otros se encumbren
Allá sobre el Olimpo,
Y hasta del sacro Jove

Indaguen los designios:
Que la brillante gloria
Los lleve embebecidos
Tras el sublime lauro,
Sin miedo á sus peligros.
Tú apocado y humilde
Prefiere en tus destinos
A las palmas guerreras
El pacífico olivo.
Que risueñas las Gracias
De la olorosa Gnido
Te ofrecen ya las flores,
Y Citeres sus mirtos.
Dijeron las deidades:
Yo fiel á sus avisos
Jamas demandé necio
Del claro dios del Pindo
Las canciones que alegran
En su plectro divino
De los númenes sacros
Los banquetes festivos.
Ni de glorias agenas
Envidioso enemigo
Codicié sus aplausos
En mi oscuro retiro.
¡Ojala que en su seno

Inocente y tranquilo,
O lira, salvar logres
Mi nombre del olvido!

LA INCONSTANCIA.

ODAS A LISI.

ODA I.

EL CÉFIRO.

¡Cual vaga en la floresta
El céfiro süave!
¡Cual con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate!
Sus alas delicadas,
Que forman al mirarse
Del sol en los reflejos
Mil visos y cambiantes.
¡Cuan licencioso corre
De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso
Las mece y se complace!
Ahora á un lirio llega:
Ahora el jazmin lame:
La madreselva agita;
Y á los tomillos parte.
Do entre mil amorcitos
Vuela y revuela fácil;
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
La tierna yerbezuela

Se estremece delante
De sus soplos sutiles;
Y en ondas mil se abate.
  Él las mira y se rie;
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento
Se suspende á gozarle.
  Luego rápido vuelve;
Y alegre por los valles
No hay planta que no toque,
Ni tallo que no halague.
  Verásle ya en la cima
Del olmo entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares.
  Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso,
Festivo y anhelante.
  Verásle entre las rosas
Metido salpicarse
Las plumas del rocío,
Que inquieto les esparce.
  Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz;
Y empaparse las alas

De su aroma fragante.
  Batiendo del arroyo
Con ellas los cristales
Verásle formar ledo
Mil ondas y celages.
  Parece cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde
Las puntas ya mojadas
No acierta á retirarse.
  ¿Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las mas bellas
Mil vueltas y mil darle.
  Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae:
El seno les refresca;
Y ondéales el talle.
  Sube alegre á los ojos;
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas,
Sin que la luz le abrase.
  Por sus labios se mete,
Y al punto raudo sale:
Baja al pie; y se lo besa;
Y anda á un tiempo en mil partes.
  Asi el céfiro alegre,

Sin nada cautivarle,
De todo lo mas bello
Felice gozar sabe.
  Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan,
Ni rosa que no abracen.
  ¡Ay Lisi! egemplo toma
Del céfiro inconstante:
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

ODA II.

EL ARROYUELO.

¡Con cuán plácidas ondas
Te deslizas tranquilo,
O gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
  ¡Como tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el Enero,
Me adulan el oido!
  ¡Cual serpean y rien,
Y en su alegre bullicio

La fresca yerbezuela
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido
Ya se enlazan, y adornan
Tu agradable recinto:
Ya meciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos süaves,
Y remedan su giro:
O te besan movidas
Del favonio lascivo,
Mientras tú las abrazas
Con graciosos anillos.
De otra parte en un ramo
Tu armonioso rüido
Acompaña un gilguero
Con su canoro pico.
¡Arroyuelo felice!
¿Cómo á Lisi no has dicho
Que á ser mudable aprenda
De tus vagos caminos?
Tú con fáciles ondas
Bullicioso y activo
Tiendes por todo el valle
Tu dichoso dominio.

Ya entre juncos te escondes:
Ya con paso torcido,
Si una peña te estorba,
Salvas cauto el peligro.
Ya manso te adormeces;
Y los sauces vecinos
Retratas en las ondas
Con primor exquisito.
Tus arenas son oro,
Que bullendo contino
A la vista reflejan
Mil labores y visos.
En tu mansa corriente
Giran mil pececillos,
Que van, tornan y saltan
Con anhelo festivo.
Nace el sol, y se mira
En tu espejo sencillo,
Que le vuelve sus rayos
Muy mas varios y vivos.
Tus espumas son perlas,
Que las rosas y lirios
De su margen escarchan
En copiosos racimos.
Del Amor conducidas
Las zagalas, contigo

Consultan de sus gracias
El poder y atractivo.
  Tú el cabello les rizas:
Tú en su seno divino
La flor pones, y adiestras
De sus ojos el brillo.
  En tus plácidas ondas
Halla la sed alivio,
Distraccion el que pena,
Y el feliz regocijo.
  Yo las sigo, y parece
Que riéndose miro
La verdad y el contento
En su humor cristalino:
  Que escapando á mis ojos
Y con plácido hechizo
Al compas de sus ondas
Me adormece el sentido.
  ¡O dichoso arroyuelo!
Si de humilde principio
Por tu inconstante curso
Llegares á ser rio:
  Si otro bosque, otras vegas
De raudales mas rico
Con benéfica urna
Regares fugitivo:

¡Ay! di á mi Lisi al paso
Que en su firme capricho
No insista; y dale egemplo
De mudanza y olvido.

ODA III.

LA MARIPOSA.

¿De dónde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
Los valles alegrando,
Veloz mariposilla?
¿Por qué en sus lindas flores
No paras; y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas espiras?
Mírote yo ¡mi pecho
Sabe con cuánta envidia!
De una en otra saltando
Mas presta que la vista.
Mírote que en mil vuelos
Las rondas y acaricias:
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entonces

La delicada y rica
Librea se despliega;
Y al sol opuesta brilla.
  Tus plumas se dilatan:
Tu cuello ufano se hincha:
Tus cuernos y penacho
Se tienden y se rizan.
  ¡Qué visos y colores!
¡Qué púrpura tan fina!
¡Qué nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!
  El sol cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo se complace,
Y alegre en tí se mira.
  Los céfiros te halagan:
Las rosas á porfia
Sus tiernas hojas abren;
Y amantes te convidan.
  Tú empero bulliciosa,
Tan libre como esquiva
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.
  Con todas te complaces;
Y suelta y atrevida
Feliz de todas gozas,

Ninguna te cautiva.
  Ya un lirio hermoso besas:
Ya inquieta solicitas
La coronilla, huyendo
Tras un jazmin perdida.
  El fresco alelí meces:
A la azucena quitas
El oro puro; y saltas
Sobre una clavellina.
  Vas luego al arroyuelo;
Y en sus plácidas linfas
Posada sobre un ramo
Te complaces y admiras.
  Mas el viento te burla,
Y el ramillo retira;
O salpica tus alas,
Si hácia el agua lo inclina.
  Asi huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles
Que Abril de flores pinta.
  Ahora el vuelo abates:
Ahora en torno giras:
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
  ¡Felice mariposa!

Tú bebes de la risa
Del Alba, y cada instante
Placeres mil varías.
  Tú adornas el verano:
Tú á la vega florida
Llevas con tu inconstancia
El gozo y las delicias.
  Mas ¡ay! mayores fueran
Mil veces aun mis dichas,
Si fuese á tí en mudarse
Mi Lisis parecida.

ODA IV.

LA NATURALEZA.

No, Lisi, esa constancia,
Con que al Amor pretendes
Mover á que la copa
Te brinde del deleite,
  A enojos y fastidios
Te lleva. Los desdenes
Muy mas que á mí me afligen,
Tu crudo pecho ofenden.
  Las risas, la alegría,

El gusto y los placeres,
Las fáciles los gozan;
Y envidian las crueles.
  Amor como dios niño
Es vivo, inquieto, alegre;
Y atrevido y artero
Los peligros no teme.
  De pecho en pecho vuela:
Y ora rinde un rebelde:
Ora un soberbio oprime;
Y ora un tibio enardece.
  Asi se goza y burla,
Y á un tiempo á todos prende.
De la inconstancia nace;
Y en la firmeza muere.
  Ni el órden de las cosas
Inmóvil es, que siempre
Con sucesion süave
El cielo nos las vuelve.
  Tras la rosada Aurora
Ya corre el sol fulgente,
Mientras su negro manto
La ciega noche tiende.
  Sigue al nubloso Invierno
Plácido Abril; y cede
Julio al ópimo Octubre,

Corona de los meses.
  Su aljófar cristalino
No solo el alba llueve
Sobre la rosa, ó sola
Con el verano crece.
  El valle que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores
Nos descubre la frente.
  Los chopos que desnudos
Se quejan del Diciembre,
Y mustios y ateridos
Los ojos nos ofenden;
  Bien presto coronados
De pompa y hoja verde
Nido á las dulces aves
En grata sombra ofrecen.
  Su aroma la azucena
A todos da: la fuente
Liberal para todos
Sus claras linfas vierte.
  Ni la próvida abeja
De una flor diligente
Liba su miel; que á todas
Los cálizes le bebe.
  ¿Pues qué los pajarillos,

Cuando el Amor los hiere?
De amada y lecho mudan
En sucesion perenne.
 Del gusto solo unidos,
Tan solo por sus leyes
Se buscan, ó se olvidan
Sin celos ni esquiveces.
 ¡Qué libres! ¡Qué expresivos
Cantando blandamente,
Sus fáciles delicias
Mi espíritu conmueven!
 Hélos buscarse ahincados,
Hélos seguirse ardientes,
Hélos ceder al fuego
Que en sus entrañas hierve.
 Y en un momento mismo,
¡O dichosos mil veces!
Aman, gozan, se dejan,
Y un nuevo amor emprenden.
 ¡Ay Lisi! ¡Esquiva Lisi!
¿Si ves su feliz suerte,
Por qué, cruel, por firme
Mayor ventura pierdes?

LA PALOMA

DE FILIS.

..... plaudentibus alis
Insequitur, tangi patiens, cavoque foveri
Laeta sinu, et blandas iterans gemebunda querelas.

Filis tiene una palomita, y con ella se goza y recrea. Ve aqui el motivo de estos juguetes, en que me he dilatado mas que pensé. Pero la inocencia de Filis y las gracias de su palomita no pueden pintarse brevemente. Acaso esta será para algunos demasiado festiva y bulliciosa. Yo que la he visto, les aseguro que ni aun se dicen la mitad de sus cariños y donaires. Muchos de ellos se escapan al pincel de la poesia, y á otros no puede darse la viveza ni el delicado colorido del natural. Quien no lo creyere, ni conoce á Filis, ni sabe lo que son las palomas, ni lo que puede en estas avecillas el amor y el agradecimiento.

ODA I.

Otros cantan de Marte
Las lides y zozobras,
O del alegre Baco
Los festines y copas.
  La sien otros ceñida
De jazmines y rosa,
Del Amor los ardores,
Y de Vénus las glorias.
  Pero yo solo canto
Con cítara sonora
De mi querida Filis
La nevada paloma:
  Su paloma, que bebe
Mil gracias de su boca;
Y en el hombro le arrulla,
Y en su falda reposa.

ODA II.

Donosa palomita,
Asi tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso,

Que me digas pues moras
De Filis en el seno,
¿Si entre su nieve sientes
De Amor el dulce fuego?
¿Dime, dime si gusta
Del néctar de Lïeo?
¿O si sus labios tocan
La copa con rezelo?
Tú á sus gratos convites
Asistes y á sus juegos;
En su seno te duermes,
Y respiras su aliento.
¿Se querella turbada?
¿Suspira? ¿En el silencio
Del valle con frecuencia
Los ojos vuelve al cielo?
¿Cuando con blandas alas
Te enlazas á su cuello,
Ave feliz, di, sientes
Su corazon inquieto?
¡Ay! dímelo paloma,
Asi tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso.

ODA III.

Filis, ingrata Filis,
Tu paloma te enseña:
Egemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira como á tu gusto
Responde: como deja
Gozosa, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¿Tu seno y tus halagos
Olvida aunque severa
La arrojes de la falda
Negándote á sus quejas?
No, Fili; que aun entonces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquiva,
Y á tí amorosa vuela.
¡Con cuánto suave arrullo
Te ablanda! ¡como emplea
Solícita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca!
¡Ah crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas;
Que son para tu dueño

Agravio las finezas.
¿Pues qué, cuando en la palma
El trigo le presentas;
Y al punto de picarlo
Burlándote la cierras?
¡Cuán poco del engaño
Incauta se recela;
Y pica aunque vacía
La mano que le muestras!
¡Qué fácil se entretiene!
Un beso le consuela;
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su egemplo, Filis, toma;
Pero conmigo empieza,
Y repitamos juntos
Lo que á su lado aprendas.

ODA IV.

No, no por inocente
Te me disculpes, Fili,
Que en los sencillos pechos
Mas bien amor se imprime.
Él con los años viene:
Tal algun tiempo viste

Huir del pichon bello
Tu palomita simple.
  Pues mira ya cual oye
Sus ansias apacible;
Y en el ardiente arrullo
Cómo con él compite.
  Ya le llama si tarda:
Ya si vuela le sigue;
Ni sus tiernos halagos
Desdeñosa resiste.
  Mira cómo se besan:
Cual se dan y reciben
Mil lascivas picadas
En cariñosas lides.
  El placer sus plumages
Encrespa, el suelo miden
Con la cola, su cuello
Mil cambiantes despide.
  Ya con rápido vuelo
Burlando se dividen:
Ya vuelven: ya imperioso
Su ardor los manda unirse.
  ¡Gozad, gozad mil veces
En lazada felice
Las delicias que guarda
Amor á quien le sirve!

Y tú, pues las palomas
Con su candor se rinden,
No, no por inocente
Te me disculpes, Fili.

ODA V.

Teniendo su paloma
Mi Fili sobre el halda,
Miré á ver si sus pechos
En el candor la igualan:
Y como estan las rosas
Con su nieve mezcladas,
El lampo de las plumas
Al del seno aventaja.
Empero yo con todo
Cuantas palomas vagan
Por los vientos sutiles
Por sus pomas dejara.

ODA VI.

¡O con qué gracia, Filis,
Tu bella palomita,
Sensible á los halagos,
Te arrulla y acaricia!

¡Qué dócil si la llamas!
¡Qué suelta! ¡qué festiva
Volando y revolando
Tu beso solicita!
Tú cantas, y á los trinos
Está como embebida:
Si cesas, con su arrullo
Parece que te imita.
Luego á la falda vuela,
Do te contempla y mira,
Bullendo de contento
Sus amorosas niñas.
¿Pues si tus bellos labios
Con el manjar la brindan.....?
Entonces, ¡ay! entonces
Sí, que el placer la anima.
Ya llega, ya se aparta,
Ya vuelve, ya lo pica,
Con sus trémulas alas
Mostrando su alegría.
Parece en aquel punto
Decir: ¡ó qué delicia
No acostumbrada goza,
Señora, el alma mia!
¿Qué es esto? ¿tocar puede
Tu boca peregrina

Mi pico? ¡ó bien lograda
Cadena! ¡ó dulce vida!
  Su arrullo, su plumage,
Sus vueltas, todo indica
De su inocente pecho
La gratitud sencilla.
  ¡Ah! si asi una paloma
Te es, Fili, agradecida,
Mi corazon amante
Dime, mi bien, ¿qué haria?

ODA VII.

Simplecilla paloma,
Si la dicha inefable
De que tú feliz gozas,
Con Fili yo gozase;
  No, no tan bullicioso
Vagara por los aires,
O necio dejaria
Su lado un solo instante.
  ¡Tú, incauta, otras palomas
Escuchas; y el amable
Seno do moras huyes!
¡O simplecilla! ¿qué haces?
  ¿Es mas un falso arrullo

Que Filis? ¿alejarte
No temes? ¿sus caricias
Olvidas ya mudable?
¡Oh! vuelve al punto, vuelve,
Que en llanto se deshace;
Vuela á tu dueño, vuela,
Y el ala aprisa bate.
Verás como sus ojos
Se enjugan con mirarte;
Te halaga, y dan mil besos
Sus labios celestiales.

ODA VIII.

¿Para qué, insana, picas
El ramito de flores,
Con que gusta mi Filis
Que su seno se adorne?
¿No ves, necia paloma,
Que en tus ímpios furores
Herir pueden su nieve
De tu pico los golpes?
¿Que sus frescos pimpollos
Derramados sin órden,
Ambas turgentes pomas
Con sus hojas esconden;

Porque el gusto y los ojos,
Cuando felices logren
Descubrirlas, mas ciegos
En su lampo se engolfen?
¿Y en un tronco ya unidos
El val les cierran, donde
De Amor á guarecerse
Tímido el pudor corre?
¿Y picándolo sigues,
Sin que ruegos, ni voces,
Ni tus iras moderen,
Ni el ramito te estorbe?
Mira que en tu delirio
Lograrás que se enoje,
Y las gracias de Filis
Jamas á gozar tornes.
Si la envidia te punza,
Porque artera lo pone
Do tu anidar anhelas:
¡Ah, simplecilla! entonces
Ya te hubiera lanzado
Mi amor en sus hervores
Del halda que ora ocupas,
De un bien que no conoces.

ODA IX.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso;
Y tras él mas gozosa
La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,
Creyendo ser lo mesmo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.
Enojóse mi Filis
De tal atrevimiento;
Y echóla de su falda
Con ademan severo.
La palomita entonces
En mil ansias y extremos
Demandaba rendida
El perdon de su yerro.
Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y gime, y vuela

De las manos al cuello.
Esquivábala Filis;
Y ella humilde entre el seno
Y el cendal que lo cubre
Escondióse de miedo.
¡O simplecilla! ¿qué haces?
Guárdate de ese fuego,
Que entre pellas de nieve
Tiene el Amor cubierto.
Guárdate, y con arrullos
Y cariños mas tiernos
Halagándola cuida
De desarmar su ceño.
¡Ah Fili! si al mirarte
Enojada un momento
Tal queda tu paloma,
¿Cuál estará mi pecho?
Y si ella perdon halla,
¿Mis encendidos ruegos
No han de lograr un dia
Tu rostro ver sereno?

ODA X.

Suelta mi palomita,
Mas no me la detengas;

Suéltamela, tirano,
Verás cual á mí vuela.
  Dos noches há que falta:
Dos noches há que queda
Solo y desamparado
Mi palomar sin ella.
  En tanto ni mis ojos
En lloro amargo cesan,
Ni el pecho en ansias tristes,
Y lastimadas quejas.
  Cien veces la he llamado,
Pensando que viniera:
Y he salido á buscarla
Veces mil á la selva.
  ¿Mas cómo venir puede,
Traidor, si tus cautelas
Allá para acabarme
La guardan prisionera?
  Pues ¡ah! suéltala al punto;
Y á compasion te muevan
Mis lágrimas, mis ruegos,
Mis lastimadas penas.
  Verás cual revolando
Se posa en mi cabeza;
Y luego al hombro baja,
Y arrulla y me consuela.

ODA XI.

Pues que de mi paloma
Las señas solicitas,
Bien puedes conocerla
Por estas que te diga.
Es mansa y amorosa,
Es pequeñuela y viva,
Lleno y redondo el pecho,
Como la nieve misma.
Las alas dilatadas,
La cola bien tendida;
Y al cuello mil cambiantes
De oro y nácar matizan.
Los bellos pies de rosa
En su inquietud indican
Y en las donosas vueltas
Que ya el Amor la agita.
Los ojos son de fuego,
De llama las pupilas,
Que halagan amorosas,
Que bullen encendidas.
Parece cuando arrulla
Que dice mil caricias;
Y luego cuando vuela

Que ruega que la sigan.
El pico gruesezuelo,
Y en la nariz unidas
La púrpura y la nieve
Con mezcla la mas fina.
¿Qué mas? ...Pero ¡ay! al punto
Suéltamela; y festiva
Verás cual en mi mano
El dulce grano pica.

ODA XII.

Entre tantos halagos
Y amorosos cariños
Como á tu palomita
Prodigarle te miro,
¿No hallarás ni uno solo
Para quien tan rendido
Obedece tus leyes,
Te idolatra tan fino?
Tú en el halda la pones,
Y con ruego benigno
Quejumbrosa la llamas
De tu seno al abrigo.
Con tus labios de rosa
Solicitas su pico,

Repasando su pluma
Con tu rostro divino;
Y con besos tan llenos
Cual dar nunca te he visto,
Sus arrullos provocas
Y su muerdo lascivo.
No hay favor ni requièbro
Que en tu loco delirio
No le digas amante,
No me inflame al oirlos.
¡Y yo, cruda, no alcanzo
Que á mis tiernos suspiros
Desarmados acaben
Tus celosos desvíos!
Pues pierde en tu paloma
Por un ciego capricho
Las gracias que no entiende,
Los besos que yo envidio:
Que Amor me hará justicia......
Pero no, dueño mio,
Yo venganzas no busco,
Sino juegos y mimos.

ODA XIII.

No culpes, palomita,
Que de Filis ausente

Como loco delire,
Desfallecido pene.
  Si las rápidas alas
Yo lograra que tienes,
No hayas miedo que triste,
Ni azorado me vieses.
  Pues con vuelo anheloso
Cortando el aura leve
En su busca partiera
Mas fugaz que la mente.
  Y á su lado gozara
Venturoso y alegre
De su boca y sus ojos
Las delicias y mieles.
  Cual tú, feliz paloma,
Bulliciosa mil veces
Vas y tornas al nido,
Que á tus hijos previenes;
  Rendido le dijera
Los peligros que teme
Mi amor, y los cuidados
Que punzantes me hieren.
  Y ella amable y sencilla
Con la gracia celeste
Que la anima, mis penas
Convirtiera en placeres.

Esto fuera, ó paloma,
Si tus alas yo hubiese;
Pero ausente y sin ellas,
Mi vivir es la muerte.

ODA XIV.

Vé, donosa paloma,
Vuela á tu amable dueño,
Vuela, y dale el billete
Que á tu fineza entrego.
Con un liston de rosa
Le suspendo á tu cuello;
Guarte no se desprenda
Con tu rápido vuelo.
En el fausto camino
Del gavilan artero
No ya el grito te azore,
Ni amedrente el encuentro.
Que en tu vida y mi suerte
Vela el Amor y Venus,
Y tan altos patronos
Te aseguran de riesgo.
Parte pues, palomita,
Tiende el ala al momento:
¡Quién, ave afortunada,

Cual tú pudiese hacerlo!
  Vuela, y lleva á mi Filis
Esa prenda, que el fuego
Débilmente retrata
Que arde en mí, de ella lejos:
  Mas que sincera y fina
Como mi noble pecho,
Merece que en el suyo
Le dé feliz asiento.
  Dile en blandos arrullos
El dolor en que quedo,
Lo nada que confio,
Lo mucho que recelo.
  Y si fiel te asegura
Ser injusto este miedo,
Vuelve al punto, que loco
Te aguardo con un beso.

ODA XV.

Palomita querida,
Que gimiendo halagüeña
De tu fausto mensage
Me das la enhorabuena,
  Cesa en vuelos y arrullos,
Y oficiosa me entrega

De mi Fili adorada
La graciosa respuesta.
Que no injusto recele
Su inmutable firmeza,
Y sencillo la adore
Sin zozobras, ni quejas,
Cariñosa me escribe;
Y en fe de sus promesas
De sus cadejos de oro
Me remite unas hebras.
¡Oh! mi boca las bese
Veces mil, débil muestra
De la inmensa delicia
Que mi pecho enagena;
Y en él luego guardadas,
En tan bárbara ausencia
Confortadle, y alivio
Sed benigno en mis penas.
¡Riquísimos cabellos!
Que ni el sol, ni la seda
En lo rubio os exceden,
En lo fino os semejan;
Del amor de mi Filis,
Si alguna duda necia
Mi espíritu aquejare,
Me sereis firme prueba:

Sereis de mi albedrio
Deliciosa cadena,
Que por siempre lo estreche
Con mi amable hechicera;
Mas y mas confundiendo
Mi feliz existencia
Con la suya, y haciendo
De las dos una mesma.
Y tú, ven palomita,
Y á mi boca te allega,
Que ya ciento, no un beso
Darte en premio desea.

ODA XVI.

No estés, simple paloma,
Con tu blancura ufana,
Ni con tus ojos bellos,
Si á Fili te comparas.
¿Con esa tez süave,
Cual rosa no tocada,
Del seno donde arrullas
Tu albor acaso iguala?
¿Lo muelle de tu pluma
Con su blandura grata
Qué vale, ó tus olores

A par de su fragancia?
  Sus ojos ¡ay! tal lumbre
Cuando en oriente raya
No arroja el sol, cual si ellos
Sus párpados levantan.
  Las bulliciosas niñas
En su amable inconstancia
A mí me vuelven loco;
Y al mismo Amor abrasan.
  ¿Y qué? ¿tienen los tuyos
Tal lumbre ni tal gracia?
¿Mayores son, mas vivos?
¿Mas luengas sus pestañas?
  ¡O¡ de competir deja
Con Fili, temeraria;
No acaso sus halagos
Acaben en venganzas.

ODA XVII.

Despues que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
  La deja, y de un vuelito
Al hombro se me posa;

Y de alli lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apurélo inocente:
Pero ¡ay! ella traidora
Me dio del Amor ciego
Mezclada tal ponzoña,
Que el pecho se me abrasa
En ansias y zozobras,
Despues que hubo gustado
De Filis la paloma.

ODA XVIII.

Graciosa palomita,
Ya licenciosa puedes
Empezar con tus juegos,
Y picar libremente.
Ya te provoca Fili:
Ya en los brazos te mece;
Ya en su falda te pone;
Y el dedo te previene.
Pues pica lo primero
Su seno reverente,
Bien como el ara donde
Los cultos se le ofrecen.
Alli dispon tu nido,

¡Venturosa mil veces!
Que abrigo feliz hallas,
Do yo tantos desdenes.
  Luego amorosa bate,
Bate en él blandamente
Las alas; y á picarlo
De nuevo por mí vuelve.
  Despues el cuello airoso
Con un hoyuelo viene
Cual es tu comedero,
Para que en él te cebes.
  Los delicados labios
Guárdate no indecente
Profanes al herirlos,
Pensando son claveles.
  Mas blando, palomita,
Que Fili ya lo siente:
¡Ah simplecilla! ¿qué haces?
Que su carmin ofendes.
  Pica ya las mejillas
Con golpes muy mas leves,
Su bello sonrosado
No incauta les alteres.
  Los ojos no los toques:
¡O cuitadilla! tente,
Que dos ardientes fraguas

En ellos Amor tiene.
¿Qué anhelas, temeraria?
¿Mis voces no te mueven?
¿Tu daño no te asusta?
¿Su ardor no te detiene?
¡O felice paloma!
Pues Fili lo consiente;
Pica cuanto yo envidio
Bulliciosa y alegre.

ODA XIX.

Parece, palomita,
Segun te miro atenta
De mi labio á los trinos,
De mi lira á las cuerdas,
Que sus sones envidias,
Y que fácil quisieras
Trocar tu alegre arrullo
Por mis blandas querellas.
¡O si el Amor te oyese,
Y yo en cambio tuviera
Tu garganta y tu pico
De mi lira y mis letras!
¡Si cual tú, de mi Filis
Amable confidenta,

Inocente gozase
Sus sencillas finezas!
¡Qué feliz, cual te miro
Dar bullendo mil vueltas
Por su seno turgente,
Yo arrullando las diera!
¡Y cual tú cariñosa
Tu piquito á su lengua
Juntar sabes, si gustas
Beber su dulce néctar:
Yo la mia rendido,
Sin temor de ofenderla,
Con la suya, y mis labios
Con sus labios uniera!
Susurrándole tierno:
No me mires severa,
Que tu cara avecilla,
No mi amor, te lo ruega.
Y de tantos halagos
Como pierdes con ella,
Uno solo en alivio
De mis ansias emplea:
Uno solo que temple
De mi pecho la hoguera,
Que burlándome atizan
Tus falaces promesas.

Pero amor ve ilusiones;
Y tú, ó paloma bella,
Jamas trocarás simple
Por tus dichas mis penas.

ODA XX.

Al baile de la aldea
Salió Filis un dia,
Dejándose en la choza
Su bella palomita.
Ella entonces ¡ó extraña
Ternura! ¡ó peregrina
Fineza! echando menos
Sus juegos y caricias,
Con amoroso arrullo
La llamaba afligida;
Y de ver que no viene
Mas y mas se lastima.
Ya escuchaba turbada:
Ya de nuevo gemia;
Ya en sus blandas querellas
Se quedaba embebida.
Para el valle volaba
Con inquieta fatiga:
Y desde alli á la choza

Sin consuelo volvia.
  Dió por fin con su dueño;
Y de todos con risa
Bate el ala, y al hombro
Se le posa festiva.
  Do con voces süaves
Celebraba su dicha;
Hasta que de cansada
Se quedó adormecida.

ODA XXI.

Mira, Fili adorada,
Cual tu linda paloma
Con su rico plumage
Resplandece y se goza:
  En sus ojos arteros
La llama abrasadóra
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retoza:
  Cual en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon cesando
Mas penada provoca:
  La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,

Y ufanándose barre
La tierra con la cola:
  Cual refleja su cuello
Cuando Febo lo dora
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan:
  Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa:
  Cuan donosa se bulle,
Y agitándose loca
En sus vueltas y giros
Sin cesar huye y torna.
  Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.
  Vendrá un dia en que solo,
Muda, helada, llorosa,
De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.
  De tu paloma, ó Filis,
Leccion en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol trasponga.

ODA XXII.

Pensando en tu paloma
Me dió el Amor un sueño.
Dormíme; atiende, Fili,
Lo que fingió el deseo.
En su pichon trocado,
Por mis ardientes ruegos
En ella no sé cómo
Tambien te mudó el cielo.
Yo al verte asi, perdido
Con mil donosos juegos
Y sentidos arrullos
Te rodeaba inquieto.
Ya la cola tendia:
Ya con un blando vuelo
Me alejaba; y con otro
Luego torné mas tierno.
Tú me esquivabas cruda:
Pero de amor el fuego
Te hirió al fin; y sentiste
El dulce afan que siento.
Oficiosos entonces
Para los albos huevos
Fabricamos un nido

Del mas mullido heno.
Los cobijaste blanda:
Salieron los polluelos;
Y al mirarnos, mi Filí,
Renacidos en ellos,
El alma se llagára
De otro mas dulce afecto;
Y en celestial ternura
Trasportados sin seso
De nuestros tiernos hijos
Con solícito anhelo
Ni un instante apartamos
Nuestros unidos pechos.
A la par los cubrimos:
A la par el sustento
Les diéramos lanzado
De nuestro mismo seno.
Por sus débiles vidas
Leve un soplo de viento
Nos turbára, furiosos
Volando á defenderlos.
Hasta que al fin del nido
Mayorcillos huyeron;
Y nosotros tornamos
A labrar nido nuevo.

ODA XXIII.

Inquieta palomita,
Que vuelas y revuelas
Desde el hombro de Filis
A su halda de azucenas:
  Si yo la inmensa dicha
Que tú gozas tuviera,
No de lugar mudara,
Ni fuera tan inquieta.
  Mas desde el halda al seno
Solo un vuelito diera;
Y alli hallara descanso,
Y alli mi nido hiciera.

ODA XXIV.

¿Sabes, ó palomita,
Sabes, dí, lo que envidio?
Ea, pues, si lo aciertas,
Tienes un beso mio.
  ¿Las ciencias? ¡ó inocente!
Las ciencias son delirios
De necios orgullosos,
Mal hallados consigo:

Prometen grandes cosas,
Y al cabo en tantos siglos
A ningun triste dieran
En su dolor alivio.
¿Y puestos? no los quiero,
Que son un precipicio;
Y aunque en cadena de oro,
Siempre estaré cautivo.
El nombre no me importa:
Por cierto que un sonido,
Que á veces no se alcanza
Despues de mil peligros,
Merece estos afanes.
Inocente y tranquilo
Viva yo; y mas que ignoren
Mi nombre mis vecinos.
Dirás que las riquezas.....
¿Qué me presta su brillo,
Si gozo yo sin ellas
De cantares y vino?
El oro á quien lo tiene
Da sustos infinitos:
¿No valen mas sin ellos
Pobreza y regocijo?
¿Pues qué será? de Fili
Disfrutar los cariños;

Y como tú quedarme
En su falda dormido.

ODA XXV.

¿Para qué, atrevidilla,
Me has robado esa rosa,
Y entre blandos arrullos
En el pico la tomas?
¿Embebece tus ojos
El carmin de sus hojas,
O tu nariz regala
Su delicado aroma?
¿Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?
¿Esa flor que Amor quiere
Que sus gracias la pongan
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa?
Cesa pues en tu juego,

Cesa, dulce paloma;
Y el don dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.

¡Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y gimes,
Y mas hueca te entonas!

¡Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me robas!

Ponla, ponla en su seno;
Y subiendo á la boca
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.

Luego artera y festiva
Sobre sus albas pomas
Tus alitas batiendo
Sus delicias provoca.

Si anhelante la vieres,
Cariñosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.

Y mejor disfrazados
De tu arrullo á la sombra
Mis finezas le suenen,

Mis suspiros acoja.
¡Cual, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasion ansia loca!
¡Ay! el alma me llevas
Con mi flor venturosa:
Si en un beso te pagan,
Presta á dármelo torna.

ODA XXVI.

Si yo trocar pudiera
Con mágicos hechizos
Mi ser, ó transformarme
Segun el gusto mio;
Yo me mudara, ó Filis,
En tu paloma; y nido
Hiciera donde mora
Cautivo el albedrío.
El candor inocente
De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandara
Los desdenes altivos.
Entonces ¡ó ventura
Inefable! ¡ó destino

De su paloma! ¡ó suerte
Que mil veces envidio!
Yo me viera en tu falda;
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.
En él ¡ay! me durmiera;
Las alas por cubrirlo
Tendiendo, cual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.
De allí las dos mejillas
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil veces
Las hiriera atrevido.
Luego en el hombro puesto,
Con ardientes suspiros
El perdon ó la muerte
Te pidiera rendido:
Y al punto á los ojuelos
Volando, con mil giros
Alegres divirtiera
Mi ciego desvarío.
De tu purpúrea boca
Tomara con el pico
La ambrosía mas pura,
De tus manos el trigo.

Tal vez tú me halagaras;
O al seno en mis deliquios
Me aplicaras, y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.
¡O dicha imponderable!
¡O paloma! ¡ó cariño
Mal gastado! ¡quién fuera
Lo que necio imagino!

GALATEA,

Ó

LA ILUSION DEL CANTO.

ODA I.

EL CANTO.

¡Cuánto tu voz divina
Me encanta! ¡en qué deliquio
Mi espíritu fallece
Tan dulce con sus trinos!
Por ellos arrastrado
Sin poder resistirlo
Al piano, do despliegas
Tu amable poderío;
Mientras los albos dedos
Vagando en presto giro
Se pierden á la vista
Solicita en seguirlos;
Cuando tú, Galatea,
Repites los gemidos
De Dido abandonada,
Yo gimo á par contigo.
Cuando le das grandiosa
A la voz mayor brillo,
De Jove en los banquetes
Minerva te imagino.

Infeliz Ariadna
Con penetrantes gritos
Persigues á Teseo,
Y al pérfido maldigo.
Si á Angélica retratas,
O el celoso delirio
De Orlando, me estremece
Tu enojo vengativo.
Si en pos el embeleso
De dos amantes finos,
O de una ausencia triste
Los fléviles martirios
Sensible representas,
De la ficcion me olvido,
Y en su lugar me pongo,
Y exhalo mil suspiros.
En la falaz Armida
Al imperio divino
De tu mágico canto
Cual Reinaldos te sigo.
Sollozas, y yo anhelo;
Lloras, y en largos hilos
Las lágrimas me corren;
Te alegras, y yo rio.
Mísera desfalleces,
Y en tu silencio mismo

Desfallezco, tus ayes
Resonando en mi oido.
Si donosa te burlas
Con juguetes festivos,
Celebrandote todos,
Yo enmudezco á su hechizo.
Amenazas airada,
Y cobarde me aflijo;
Aplácaste, y aliento;
Si te indignas, me irrito.
Siendo tal mi entusiasmo,
Y el celestial prestigio,
Que al verte y escucharte
Me embarga los sentidos,
Que embriagado en su gloria
Mi corazon sencillo,
(Perdona, Galatea),
Exclamo sin arbitrio:
¡Por qué ¡ay! volver no puedo
Con mi boca perdido
El placer á su boca,
Que yo de ella recibo!

ODA II.

LA SÚPLICA.

Amable, Galatea,
¿Qué gracia inexplicable
Se siente en tus acentos,
Me eleva al escucharte?
¿De dó, hechicera, viene,
Que en trinos tan süaves
Siempre medrosa dudes,
Desfallecida clames?
¿Que busques en tus letras
Las que mejor las artes
Y las inmensas dichas
Sepan de Amor pintarme?
Ya ni repite el piano
La música brillante,
Que armonica igualara
Los coros celestiales.
Ni tú del estro llena
Que veces mil probaste,
Sublime te arrebatas
De Jove igual al ave,
Que en el inmenso espacio,

Tendiendo sus reales
Y voladoras alas,
Se pierde de los aires.
  Hoy todo amor tu canto,
Blanda, halagüeña, fácil,
Los quiebros son suspiros,
Las fugas tristes ayes.
  Te elevas con su nombre:
Parece al pronunciarle
Que en tu aquejado pecho
Todas sus llamas arden.
  Que en tu embeleso grato
De lo hondo dél te sale,
Buscando donde logre
Feliz depositarse.
  Si un corazon por templo
Sencillo y fiel buscase,
Yo sé bien, Galatea,
Donde él pudiera hallarle.
  Do el mas ferviente culto,
Mas puro, mas constante,
Por siempre alcanzaria,
Que en ser humano cabe.
  ¡ Mas tú me miras triste,
Suspiras; y cobarde
Ni música ni letra

Seguir turbada sabes!
¿Qué? ¿si en su red dichosa
Ya presa te debates,
Podrá de ser sensible
Tu honor avergonzarse?
¿Es por ventura un yerro
Sus ansias inefables
Feliz sentir en uno
Con un rendido amante?
¿Y en gozos y en deseos
Y fe y ternura iguales,
En solo un ser dos almas
En su éxtasi tornarse?
¡Ventura inconcebible,
Y ante quien nada vale
Cuanto soñarse puede
De mas glorioso y grande!
No, dulce Galatea,
Por mas que lo disfraces,
Ni es tu pecho de hielo,
Ni extraña tú á mis males.
Cede ¡ay! veraz; y blanda
Mi ruego un sí te alcance;
Un sí, que el mas dichoso
Me hará de los mortales.

ODA III.

LA DECLARACION.

¿Será, mi bien, posible
Que la delicia misma
Que yo en oirte siento,
Tú gozas con mi vista?
Que la emocion sabrosa
Que con tu voz divina
Causas en mí, te alcanza
Por dulce simpatía?
¿Que si á Ariadna finges,
O á la hechicera Armida,
Tus apenados ayes
A mí diriges fina;
Y en tus alegres cantos
Con tu favor me brindas,
Y en tus brillantes trinos
Mi timidez animas?
Acordes con tus labios
Tus ojos me lo indican,
Si crédulo el deseo
No sueña tanta dicha.
No sueña, Galatea,

No sueña, que expresiva
Tu voz, y gesto, y tono
Que soy feliz publican.
  Con un suspiro ardiente
Tú propia me lo afirmas:
¡Suspiro venturoso!
Que mi alma vivifica.
  ¡Que soy feliz tu labio,
Mirándome rendida,
Repite, y tierna estrechas
Tu mano con la mia!
  Y débil el aliento,
De grana las mejillas,
La frente ruborosa
Sobre mi pecho inclinas!
  No puedo á gloria tanta
Bastar: por siempre unidas,
Mi bien, nuestras dos almas
Para adorarse vivan:
  Y en los floridos lazos
Con que el Amor las liga,
En voluntad concordes
Anhelen, gocen, giman;
  Sin que jamas ni sombras,
Ni duelos nos dividan,
De finos amadores

Emulacion y envidia.
  Yo te idolatro ciego,
Págame tú sencilla;
Feliz nuestro embeleso
Se aumente cada dia:
  Y mas y mas amantes,
La copa de delicias
Sedientos apuremos,
Que Venus fiel nos brinda.

ODA IV.

MI EMBELESO.

  Repite, Galatea,
Repite la cantata,
En que el feliz delirio
De tu pasion declaras:
  Y los trinos ardientes
Con que juras que me amas,
O los flébiles ayes
Que ocultándolo exhalas:
  Aumentando tus ojos
Y halagüeñas miradas,
El sublime embeleso
De tu dulce garganta.

Que sus vivas centellas
Me penetren el alma;
O en el cielo enclavados,
Con tu hechicera gracia
A una vírgen semeja,
Que á sus mansiones claras
Entre ahincados suspiros
Extática se lanza.
Que tu rostro se anime
Con la inefable gracia
Del pudor y el deseo,
Que alternados te inflaman.
Y cediendo al impulso
Que á gozar te arrebata,
Por pintarme mas vivos
Tu cariño y tus ansias,
A mí un tanto te inclina,
Cual si ciega anhelaras
Redoblar las delicias
En que ya me embriagas.
Nada en fin, Galatea,
Nada olvides, que valga
Para hacer de tu canto
Mas completa la magia.
En mi, que embebecido
Te contemplo, no hay nada

Que el imperio no sienta
De tu voz soberana.
  En tí sola el oido,
Las pasiones en calma,
Libertad, y alma, y vida
De tu lengua colgadas;
  Mi sangre se enardece,
Trémulas mis palabras,
En una espesa nube
Los ojos se me apagan:
  Y frenético el pecho,
Mientras mas lo regalas
Con tus trinos süaves,
Mas y mas te idolatra.

ODA V.

MIS DESEOS.

¡Cuán dulce es, Galatea,
Nuestra ignorada suerte;
Y Amor qué de embelesos
En ella nos ofrece!
  ¡Cómo embriagada el alma
De un éxtasi celeste,
Solo feliz respira

Delicias y placeres!
¡Con qué emocion tan tierna
Mi labio una y mil veces
Te jura que te adora,
Fe eterna te promete!
Tú fina me respondes
Con votos mas ardientes;
Y ciega entre mis brazos
De amores desfalleces.
¡Cuánto, adorada, cuánto
Tus trinos me conmueven,
Me inflaman tus suspiros,
Tus ojos me enloquecen!
Tus ojos, que en mi pecho
Tan alto imperio tienen,
Que en sola una mirada
Se alegran ó entristecen.
Deja pues, Galatea,
Que con aplauso suenen
Allá los que del mundo
Las glorias apetecen.
Nosotros en olvido
Del tiempo y de las gentes,
Tranquilos los favores
Gocemos de Citeres.
Y lejos ya las nubes

Que á nuestra dicha ofenden,
El íris de tus gracias
Lumbroso se despliegne.
  En el ceñudo invierno
Los vientos inclementes
Bramando desatados
Los montes estremecen.
  La blanda primavera
La ansiada paz nos vuelve,
Y en calma bonancible
Su estrépito adormece.
  Los dias mas tranquilos
Son siempre mas alegres,
Venero inagotable
De gozos inocentes.
  Faustos los nuestros rian
Cual ora amando siempre:
El canto y dulces hablas
Sus prestas horas llenen.
  Y loco y turbulento
Que el vulgo se despeñe;
O la ambicion hinchada
De sueños se alimente.

ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡O si feliz mi labio
Dulce seguir pudiera
Los suavísimos quiebros
De tu garganta bella!
¡Si el dios de la armonía,
Como me da las letras,
Sus tonos me inspirase
Benévolo con ellas!
¡Cuán suelto, cuán ufano,
Divina Galatea,
Mi acento acompañara
Tu armónica cadencia;
Y unidas nuestras voces
Cual nuestras almas tiernas,
Las auras sonarian
Nuestra ventura inmensa!
Si tú de amor gimieses
Con su abrasada flecha
Llagada, mis suspiros
Tus ayes repitieran.
Seguirte aunque de lejos

Oyérasme, halagüeña
Cantando tú las glorias
De la alma Citerea.
  O si en alegres trinos
Parlera tu vihuela
Pintase las delicias
Que nuestro ser anegan;
  Mi vivo y alto acento
Subiera á las estrellas,
Porque ellas lo envidiasen,
El gozo que en mí reina:
  Diciéndolés que nada
Al éxtasi semeja
De nuestra union dichosa;
¡Que haga el Amor eterna!
  Y acordes nuestros labios
Con las sonoras cuerdas,
Tú el eco de mis ansias,
Yo el de las tuyas fuera.
  Ya que este anhelo es vano,
Deja, adorada, deja
Que el grato objeto llenen
Mis versos de la lengua;
  Y si en dolientes modos
Fina la tuya expresa
Que á mí el Amor te liga

Con su feliz cadena,
  Mi musa le responda
Loca, embriagada, llena
De cuanto mas ardiente
En su pasion se encuentra:
  Que en este fausto nudo
Mi dicha está suprema,
Mil veces mas subida
Que cuanto tu alma sienta.

ODA VII.

EL GABINETE.

¡Qué ardor hierve en mis venas!
¡Qué embriaguez! ¡qué delicia!
¡Y en qué fragante aroma
Se inunda el alma mia!
  Este es de amor un templo:
Do quier torno la vista
Mil gratas muestras hallo
Del númen que lo habita.
  Aqui el luciente espejo
Y el tocador, do unidas
Con el placer las Gracias
Se esmeran en servirla:

Y do esmaltada de oro
La porcelana rica
Del lujo preparados
Perfumes mil le brinda;
Coronando su adorno
Dos fieles tortolitas,
Que entreabiertos los picos
Se besan y acarician.
Allí plumas y flores,
El prendido y la cinta
Que del cabello y frente
Vistosa en torno gira;
Y el velo que los rayos
Con que sus ojos brillan,
Doblándoles la gracia
Emboza y debilita.
Del cuello allí las perlas,
Y allá el corsé se mira,
Y en él de su albo seno
La huella peregrina.
¡Besadla, amantes labios....!
¡Besadla....! mas tendida
La gasa que lo cubre
Mis ojos allí fija.
¡O gasa....! ¡qué de veces....!
El piano.... ven, querida,

Ven, llega, corre, vuela,
Y mi impaciencia alivia.
¡Oh! ¡cuánto en la tardanza
Padezco! ¡cuál palpita
Mi seno! ¡en qué zozobras
Mi espíritu vacila!
En todo, en todo te halla
Mi ardor.... tu voz divina
Oigo feliz.... mi boca
Tu süave aliento aspira.
Y el aura que te halaga
Con ala fugitiva,
De tus encantos llena
Me abraza y regocija.
¿Mas si serán sus pasos....?
Sí, sí; la melodía
Ya de su labio oyendo,
Todo mi ser se agita.
Sigue en tus cantos, sigue:
Vuelve á sonar de Armida
Los menazantes gritos,
Las mágicas caricias.
Trine armonioso el piano;
Y á mi rogar benigna
Cual ella por su amante
Tú asi por mí delira.

Clama, amenaza, gime;
Y en quiebros y ansias rica
Haz que ardan nuestros pechos
En sus pasiones mismas.

Que tú cual ella anheles
Ciega de amor y de ira;
Y yo rendido y dócil
Tu altiva planta siga.

Y tú sostenme ¡ó Vénus!
Sostenme, que la vida
Entre éxtasis tan gratos
Débil sin tí peligra.

ODA VIII.

EL JILGUERO.

Encantada mi Erato
De mirar cómo ceden
A sus dedos fugaces
Las teclas obedientes,

Preludiaba en el piano
Mil graciosos juguetes,
Sin que el labio canóro
Sus compases siguiese.

Pero el lindo jilguero

Que entre doradas redes,
Su cuidado y delicia,
Plácido á un lado pende,
  Herido de los sones
Se sacude y conmueve,
Presta atento el oido,
Y vivaz enloquece
  Súbito desatando
Su piquito, que alegre
Las tocatas y juegos
Muy mas dulces nos vuelve:
  Redoblando donoso
Con su voz elocuente
Cuantos trinos y fugas
En la música advierte.
  Galatea gozosa
Para mas encenderle
Entre risas y mimos
Nuevos tonos le ofrece:
  Y el colorin ufano
Los escucha y aprende,
Y con glosas mas bellas
Nuestro oido embebece;
  Sin cesar en los quiebros
Ni apurar sus motetes
Que varia triunfante,

Y á sí mismo se excede.
  Hasta que por seguirle
Dió muy bien de repente
De su acento á las auras
La armonía celeste;
  Que colmando mi pecho
Del mas puro deleite,
Impresion tan profunda
Causó en él y tan fuerte,
  Que ya no fue posible
Ni que el pico despliegue,
Ni una sola piada
Provocado volviese.
  Y abatido y cobarde,
Pero atónito atiende,
Si la letra repite,
Si otra nueva previene;
  ¿Y qué fue? que la envidia
Le tomó, aunque inocente,
De que en música y trinos
Su señora le vence.
  O gritóle el respeto:
Temerario, ¿qué quieres?
Con la diosa del canto
Confundido enmudece.

ODA IX.

LA INCERTIDUMBRE.

¡Oh! ¡cuán hermosa al piano
Te ostentas, Galatea!
¡Cómo á par que el oido
Tras tí los ojos llevas!
¡Con qué inefable gracia
Al preludiar despliegas
Tus manos enarcadas
Sobre las albas teclas!
¡Cómo los sueltos dedos
En el marfil se asientan,
Y en concertado giro
Van, vienen, saltan, ruedan!
Mientras con aire noble
Revuelves la cabeza,
Y al auditorio absorto
Sublime enseñoreas.
En mil donosos rizos
La blonda cabellera,
Cual la alba y clara luna
Tu frente se despeja.
Los rutilantes ojos

Con timidez modesta
Parece que sus luces
Cobardes escasean.
  Mas súbito animada
La celestial hoguera
De sus brillantes rayos,
No hay quien fijarlos pueda.
  Tú afable sobre todos
De nuevo los rodeas
Como agraciar queriendo
Los pechos que sujetas.
  Y todos de tal dueño
El yugo dulce anhelan;
Y siervos venturosos
Adoran sus cadenas.
  Una sonrisa grata
Sobre tu rostro juega,
Y que ya el estro sientes
En tu inquietud se muestra.
  Abres en fin el labio:
¡Oh quien, mi bien, pudiera
Pintar cuál nos sojuzga
Su armónica cadencia!
  ¡Cuánto agitado el pecho
Con tu reir se alegra,
Con tus suspiros gime,

Con tu trinar se eleva!
   Muy lejos y eclipsado
Con su impresion se queda
Cuanto el ingenio un dia
Fingio de las sirenas.
   Extático el oido,
De gloria el alma llena,
Y el corazon parado
Aun á alentar se niega.
   Mientras ¡ó de tus voces
Irresistible fuerza!
Cual gustas nos inflamas,
Concitas ó serenas.
   No hay cláusula que un dardo
Dulcisimo no sea,
Ni afecto, pausa ó fuga,
Que el seno no conmueva.
   El tuyo turbulento
Retrata la tormenta
Que en lo interior te agita,
Y el canto ardiente expresa.
   Un débil ¡ay! lo abate,
Un trino lo releva,
Y otro y otros mas vivos
Su ondulacion aumentan.
   La nieve de tu rostro,

La grana que en risueñas
Se tiñen tus mejillas,
Se inflaman y se alteran.
  Tornátil la garganta
Reluce muy mas bella
Del lleno que á su lampo
La firme voz le presta.
  Y toda tú pareces
A Clio allá en las mesas
De Jóve en lira de oro
Cantando su grandeza.
  Galatea adorada,
Reina en el piano, reina;
Y con tu voz y gracias
Cautiva y embelesa.
  Reina; que entre una y otras
El alma duda incierta
Cuál en tí es mas sublime,
Tu labio, ó tu belleza.
  Te ve, y á la hermosura
La palma le presenta;
Te escucha, y á tus trinos
Absorta se la entrega.

ODA X.

EL CONSEJO.

No tan rápido el labio
De tono y letras trueque;
Ni asi, hechicera amable,
Con mis afectos juegues.
  Mírote yo en un punto
Ya bulliciosa, alegre,
De la inconstancia el vuelo
Pintarme en tus motetes:
  Ya en derretido labio
Sensible embebecerme
Con las delicias puras
De dos amantes fieles:
  Ya con ardiente grito
Colérica, demente,
Colmar de imprecaciones
A algun Teseo aleve;
  O ya en helado acento
Hacer que el eco suene
De la tibieza misma
Los áridos placeres.
  El alma y el oido

Seguir apenas pueden
La ligereza suma,
Que en tus mudanzas tienes:
  Mudanzas que te pintan
Mui mas inquieta y leve
Que las turbadas olas,
Que en medio el Ponto hierven:
  Mas que el voluble soplo
Con que fugaz se pierde
En su carrera el viento
Por las floridas mieses:
  Mas que del sol la llama
Cuando en las aguas hiere,
Y en rápidas centellas
De aqui y de allá se vuelve.
  No, Galatea amable,
Si en nuestros pechos quieres
Que las pasiones ardan,
Que con tu voz enciendes;
  Un tono y una letra
Concordes dulcemente
Con tu interior, retraten
Cuanto en el alma sientes.
  Deja esos vanos juegos,
En que por mal se aprende
A no sentir, á fuerza

De ándar mudando siempre.
  Y el corazon que ahora,
Sobresaltado al verte
Tanto en el canto vaga,
Lo mismo en tu amor teme:
  Podrá en quietud gloriosa
Beber todo el deleite
Del armonioso piano,
De tu trinar celeste.
  Mira el brillante insecto
Que en su inquietud perenne,
Tocando flores tantas,
Ninguna gozar puede;
  Y con su egemplo cuerda,
Si ser feliz pretendes,
De la inconstancia loca
Jamas ventura esperes.

ODA XI.

MIS RECELOS.

¿Qué sombras oscurecen
Tu plácido semblante?
¿Por qué elevada y triste
No aciertas á mirarme?

Mi lira y mis canciones,
Mis juegos y donaires
Que un dia al cielo alzabas,
Ya tibia te desplacen.
Te busco, y tú me evitas;
Penado voy á hablarte,
Y airada no me escuchas,
O en quejas te deshaces.
Pretendo verte á solas,
Y siempre llego tarde;
De alguno acompañada,
Que dobla mis pesares.
Bien mio, ¡qué de veces
Dolida me culpaste
De que un momento solo
Al plazo yo faltase!
Este fugaz momento
Que á un tibio nada vale,
Decias, ¡qué de dichas
Dar puede á dos amantes!
Anhelo que me alegren
Tus trinos celestiales;
Y esquiva lo desdeñas,
O gimes tristes ayes.
¿Qué es esto, Galatea?
¿Por qué despegos tales,

Y huir de quien te adora,
Y á mi rogar negarte?
¿Tuvo jamas mi pecho
Secreto que ocultase
De tí, mi bien? el tuyo
Solo esconderlos sabe.
Todo á los dos nos rie:
A nuestro tierno enlace
Aplaude Amor: sus auras
Nos soplan favorables.
Un velo misterioso
De la calumnia infame
Nos guarda; y mas subidas
Nuestras delicias hace.
¡Y aun dudas y recelas!
¡Y en tu callar constante,
Inanimada estatua
Te gozas en mis males!
Tú que lo hallabas todo
En tu pasion tan fácil;
Y algun tiempo solias
Por tímido burlarme:
¿De dónde estos cuidados,
De dónde, amada, nacen?
¿Por qué de tan resuelta
Te has vuelto tan cobarde?

O ciertas son mis dudas
Que tiemblo, y tú combates,
¡Cruel! ó en afligirme
Tan solo te complaces.

ODA XII.

LA GUIRNALDA.

Mientras tú regalabas,
Galatea, mi oido
En tu armónico piano
Con tus célicos trinos,
Yo las flores mas lindas
Robé á este canastillo,
Que el Amor á mi mano
Presentara benigno:
Y casando con arte
Sus colores mas finos,
Ve la hermosa guirnalda
Que feliz he tejido.
Mira el jazmin cual hace
Los matices mas vivos
Del alelí, y la rosa
Cómo luce entre lirios.
Sale el verde en los tallos,

Relevando sombrío
Ya la anémona bella,
Ya el clavel purpurino.
Y entrelazada y rica
De un amoroso mirto,
De Citeres y Flora
Une á par los dominios.
Mas si al gusto no alcanza,
Ni al primor esquisito
Que atesoran tus manos,
Y en tus obras admiro;
A lo menos es muestra
Del mas tierno carino
Que abrigo amante pecho;
Y por tal te la rindo.
Deja pues que realce
Su galano atavío
De tu frente la nieve,
De tus trenzas el brillo.
Deja, deja que el labio,
Cuando de ella las cino
Y al compas de tu acento
Te repita sencillo:
„A la diosa del canto,
„Cuyo canoro hechizo
„Si allá dulce sonara

„Conmoviera el Olimpo,
„En señal reverente
„Del éxtasi divino
„En que oyéndola caigo,
„Humilde la dedico."

ODA XIII.

MIS SOSPECHAS.

Sí, cruda Galatea,
Tu corazon inquieto
Abriga en daño mio
Algun infiel deseo;
En vano me lo escondes:
Tus trémulos acentos,
Tu confusion, tus pasos,
Todo lo está diciendo.
No mis sospechas nacen
De cavilosos zelos;
Ni necio en mis visiones,
Cual dices, devaneo.
La música fue siempre
Del alma un fiel espejo,
Do involuntarios brillan
Sus intimos afectos.

La tuya que otras veces,
Cual tu inocente seno,
Mas plácida sonaba
Que un líquido arroyuelo
Va en el florido prado
Con susurrante juego,
Del oido y los ojos
Delicia y embeleso,
Hoy misteriosa y vaga,
Con sus falaces quiebros
Me enseña, que tus pasos
Son, desleal, lo mesmo.
Que no es la ciega suerte
Quien hace, que sus ecos
Reclamo sean seguro
De ese rival que temo.
De ese rival odioso,
Que donde quier molesto
Siguiéndonos, parece
Ser sombra de tu cuerpo.
¡Cruel....! ¡si artificiosa
Citándole....! yo veo
Las negras tempestades
Amenazar de lejos.
De mis ilusos ojos
Se ha descorrido el velo;

Y en mil y mil cuidados
Se abisma el pensamiento.
¡Oh quiera, Galatea,
Quiera benigno el cielo
Que de mi fiel cariño
Puedan llamarse sueños;
Y tú riente y blanda
El íris seas sereno,
Que en tan revueltas olas
Me dé la paz que anhelo!

ODA XIV.

LA MUSICA AFECTADA.

No culpes, Galatea,
Si el pecho no responde
Cual antes al imperio
De tus canoras voces:
Si deslumbrado de ellas
Y atónito las oye,
Sin que suspire tierno,
Ni de placer zozobre.
Que al verlo asi enredado
Tu labio desconoce
Entre ese laberinto,

Que la verdad me esconde.
Ya en vez de aquellos dulces
Cuanto sencillos sones
Que fáciles pintaban
Tus gozos y temores;
De aquellos blandos ayes,
Suavísimos arpones
Que traspasar pudieran
Un corazon de bronce;
Difícil y estudiada
Lucirme te propones,
Profusa en tus gorgeos,
Del arte los primores.
Él los admire; y deja
Que yo incómodo note
Que así para perderte
La vanidad te adorne.
Cual cortesana altiva
Qué por brillar escoge
Las galas que la afean,
En vez las lindas flores,
Que agracian las zagalas,
Y en su sencillo porte
En las almas despiertan
Tan plácidos amores.
Clara, fácil y pura

La voz de las pasiones,
Ora vehementes truenen,
Ora apenadas lloren,
Solo un sollozo, un grito,
Un débil ¡ay! nos rompe
De ellas lanzado el pecho,
Y en ansias mil lo pone:
Cual el pio doliente
Que en la lóbrega noche
Solitaria despide
Filomena en el bosque.
Hasta el silencio mismo
A que el dolor se acoge,
Cuando el cruel despecho
Sin compasion le roe,
Muy mas al alma dice,
Que ese tropel informe
Que en tu voluble labio
Cual un torrente corre:
Ese tropel de quiebros
Que mi atencion absorve
Para ofuscarla, estéril
En dulces emociones.
Si pues cual veces tantas
Buscas que el seno acorde
Con tus acentos ria,

Suspire, anhele, goce;
Vuélveles, Galatea,
A mi súplica dócil
La sencillez amable,
Que me hechizaba entonces.

ODA XV.

LA RECONVENCION.

¡Qué mal tus juramentos
Y el entusiasmo ardiente
Con que un amor constante.
Falaz probarme quieres,
Con tus volubles pasos,
Con el fatal billete,
Con todo cuanto miro,
Galatea, conviene!
En vano, en vano intentas
Las nubes deshacerme,
Que tu decoro manchan,
Mis glorias oscurecen.
Las que tú sombras llamas,
Son muestras evidentes
De mi abandono injusto,
De tu inconstancia aleve.

De mi rival dichoso
Yo vi la altiva frente
Ornar de Amor el mirto
Las rosas de Citeres.
Te vi por inflamarle
Solícita prenderte;
Y al valle como loca
Salir por solo verle.
Ciervilla apasionada
Que en su furor vehemente
Corre el monte, y bramando
Los aires ensordece.
Y vite al encontrarle
Perdida embebecerte,
Intérpretes los ojos
De tu pasion demente.
Con sus miradas tiernas
Las tuyas entenderse:
Con él gastar mil sales,
Conmigo mil desdenes.
En los canoros trinos
Que al yelo mismo encienden,
Te oí por él las ansias,
Que yo escuché otras veces.
Y en tu nevado seno,
¡Oh nunca yo lo viese!

De su delirio insano
Las señas aun recientes.
¡Y eres ¡ay! fementida,
La que jurarme sueles,
Que triunfará tu llama
Del tiempo y de la muerte!
¡La que por mí en tus cantos
Dudas, recelas, temes,
O en flébiles sollozos
Penada desfalleces!
Injusta Galatea,
No mas, no mas intentes
Con lágrimas y escusas
Falaz entretenerme.
No mas, no mas, perjura,
Me tiendas ya tus redes:
Los rayos de tus ojos
Por falsos no me hieren.
Ceso el encanto, Armida;
En vano por prenderme
Artera en tu regazo
Delicias mil me ofreces.
Tus labios y tus ojos
Fascinan dulcemente:
Cuanto los dos afirman,
Tu pecho lo desmiente.

Conozco tu inconstancia;
Conozco que no puedes
Guardar ni un solo dia,
Lo que falaz prometes.
No pues tu voz profane
Amores que no tienes;
Ni á quien te amó tan fino
Mas, bárbara, atormentes.
Que el plazo no está lejos,
Si el cielo no pretende
Cual tú burlarme injusto,
En que el Amor me vengue:
En que tu impuro incienso
Su indignacion desdeñe:
De su feliz morada
Te arroje para siempre;
Y tú en desprecio llores
Del mismo que hoy prefieres
Lo nada que en él ganas;
Lo mucho que en mí pierdes.

ODA XVI.

EL ROMPIMIENTO.

¿Ves fosforo radiante
Que en el cielo tranquilo

Se enciende, corre y muere
En un momento mismo?
Tales, ó Galatea,
Por tu inconstancia han sido
Mis aparentes dichas,
Nuestro fugaz cariño.
Inopinado al soplo
Prendióse de un suspiro,
Que á tus dolientes ayes
Exhaló el pecho mio.
Corrió vivaz la llama
Por todos los delirios,
Que en su embeleso sueña
Amor correspondido.
Faltó por tus mudanzas
El pábulo á su brillo;
Y súbito entre sombras
Hundióse en el olvido.
Con él de tu garganta
Cesó el fatal prestigio;
Y amor que encendio el viento,
Cual viento se deshizo.
Quédate, pues, voltaria:
Tus melodiosos trinos
A otro prendan que llore,
Mientras que yo libre rio.

LETRILLAS.

LETRILLA I.

EL AMANTE TIMIDO.

,,Si quiero atreverme,
,,No sé qué decir.
En la pena aguda
Que me hace sufrir
El Amor tirano
Desde que te ví;
Mil veces su alivio
Te voy á pedir,
Y luego, aldeana,
Que llego ante tí,
,,Si quiero atreverme,
,,No sé qué decir.
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con míseros ayes
Las cuida suplir;
Pero el dios que aleve
Se burla de mí,
Cuanto ansío mas tierno
Mis labios abrir,
,,Si quiero atreverme,

„No sé qué decir.
Sus fuegos entonces
Empieza á sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir.
Mis lágrimas corren,
Mi agudo gemir
Tu pecho sensible
Conmueve; y al fin
„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.
No lo sé, temblando
Si por descubrir
Con loca esperanza
Mi amor infeliz,
Tu lado por siempre
Tendré ya que huir:
Sellándome el miedo
La boca; y asi
„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.
¡Ay! ¡si tú, adorada,
Pudieras oir
Mis hondos suspiros!
Yo fuera feliz.
Yo, Filis, lo fuera,

Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reir,
,, Si quiero atreverme,
,, No sé qué decir.

LETRILLA II.

A UNOS LINDOS OJOS.

,, Tus lindos ojuelos
,, Me matan de amor.
Ora vagos giren,
O párense atentos,
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se aïren
Culpando mi ardor,
,, Tus lindos ojuelos
,, Me matan de amor.
Si al fanal del dia
Emulando ardientes,
Alientan clementes
La esperanza mia;
Y en su halago fia
Mi crédulo error,

„ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor.
Si evitan arteros
Encontrar los mios,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor,
„ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor.
Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entonces temblando
Clamo en tanto horror,
„ ¡ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor!
Los abres riente,
Y el Amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente;
Cantando demente
Yo al ver su fulgor,
„ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor.

Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego,
No con mas rigor
„Tus lindos ojuelos
„Me maten de amor.

LETRILLA III.

LA GUIRNALDA.

„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.
De las tiernas flores
Que da mi verjel,
Cuantas vi mas lindas
Con afan busqué:
Y aun entre ellas quise
De nuevo escoger,
Las que entrelazadas
Formasen mas bien
„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.
Los ricos matices

Que varió el pincel,
En ellas de Flora
Sabe disponer,
Del gusto guiado
Tan feliz casé,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven,
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Sentí al acabarla
Tan dulce placer,
Que al Niño vendado
La quise ofrecer.
No, luego me dije,
Que es falso y cruel;
Y de la inocencia
Premio debe ser
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Allá en sus pensiles
Él puede coger
Guirnaldas, que ciñan
Su pérfida sien.
Mientras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,

Del recato fiel
,, Mi linda guirnalda
,, De rosa y clavel.
No la esquive, niña,
Tu áspero desden;
O bajes los ojos
Con mas timidez:
Ni en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que venza tu rostro
Por su rosicler
,, Mi linda guirnalda
,, De rosa y clavel.
Sobre tu cabello
Déjala poner,
Que en don tan humilde
Nada hay que temer.
Verás cual se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez
,, Mi linda guirnalda
,, De rosa y clavel.
Las flores son galas
De la sencillez:
Tu beldad sencilla

Digna de ellas es:
Dignas tus virtudes
De mas alto bien.
Admite pues, niña,
Admite cortés
„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.
¡Y ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos löores
Los siglos te den!
¡Ojalá á tu mando
Las dichas esten!
Cual ora por feudo
De tus gracias ves
„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.

LETRILLA IV.

LA LIBERTAD A LICE.

Traduccion del Metastasio.

Merced á tus traiciones
Al fin respiro, Lice,

Al fin de un infelice
El cielo hubo piedad:
Ya rotas las prisiones
Libre está el alma mia;
No sueño, no, este dia
Mi dulce libertad.

Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento
Ni aun un despique siento
Do se disfrace amor.
No el rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no al mirarte
Palpita de temor.

Duermo en paz, y no creo
Tu imagen ver presente;
Ni al despertar la mente
Se empieza en tí á gozar.
Lejos de tí me veo,
Y quieto estoy de grado,
Que nada en mí ha quedado,
Ni gusto ni pesar.

Si hablo, en tus perfecciones
No enternecerme siento;
Si mis delirios cuento,
Ni aun indignarme sé.

Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado:
En paz con mi engañado
Rival de tí hablaré.
Mírame en rostro fiero,
Háblame en faz humana:
Tu altanería es vana,
Y es vano tu favor:
Que en mí el mandar primero
Perdio tu hablar divino;
Tus ojos no el camino
Saben del corazon.
Lo que me place ó enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu don consiste,
Ni culpa tuya es.
Que ya sin tí me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa aunque alli estés.
Mira si soy sincero;
Aun me pareces bella;
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no há.
Y (no por verdadero
Te ofenda) algun defecto

Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.
Al romper las cadenas,
(Dígolo sonrojado)
Mi corazon llagado
Romper se vió, y morir.
Mas por salir de penas
Y de opresion librarse,
En fin por rescatarse
¡Qué no es dado sufrir!
El colorin trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma en su fatiga
Deja por escapar.
Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva;
Ni cauto con tal prueba
Le tornan á engañar.
Sé que aun no crees extinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,
Y dél hablando estó:
Solo el natal instinto
Me aguija á hacerlo, Lice,
Con que cualquiera dice
Los riesgos que sufrió.

Pasadas iras cuento
Tras tanto ensayo fiero:
De la herida el guerrero
Muestra asi la señal.
Asi muestra contento
Cautivo, que de penas
Escapó, las cadenas
Que arrastró por su mal.
Hablo, mas solo hablando
Satisfacerme curo:
Hablo, mas no procuro
Que crédito me dés.
Hablo, mas no demando
Si apruebas mis razones:
Si á hablar de mí te pones,
Que tan tranquila estés.
Yo pierdo una inconstante;
Tú un corazon sincero:
Yo no sé cual primero
Se deba consolar.
Sé que un tan fiel amante
No le hallarás, traidora;
Mas otra engañadora
Bien fácil es de hallar.

LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES A UNA SEÑORITA DE POCOS AÑOS.

A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan:
A la preciosa
Y amable Silvia
Un dulce mimo
Mi afecto envia.
A la que artera,
Vivaz, festiva,
Puede á las Gracias
Causar envidia.
Cuya persona
Toda es delicias,
Toda en su trato
Sales y almíbar.
La que azucena,
Pura, sencilla,
Sin gemir hace
Que tantos giman.

Y en su inocencia
Donósa y linda
Arrastra esclavos
Cuantos la miran.
Cuyos ojuelos
La bondad misma
Son, y la boca
Fuente de risas.
Mientra en su seno
Reinan unidas
La atencion grata,
La amistad fina.
Seno, á quien nada
Bajo mancilla,
De almos afectos
Felice mina.
¡Oh! en paz gloriosa
Por siempre vivas,
Sin que te anublen
Duelos ni cuitas.
Todo te halague,
Todo te ria;
La suerte en todo
Ciega te sirva.
Ni en tus hervores
Nunca despidas

Otros suspiros
Que de alegría.
Nunca; y el cielo
Cual con benigna
Lumbre á la tierra
Plácido mira,
Asi riente,
La edad florida
Regale, adule,
Colme de dichas
A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan.

LETRILLA VI.

LA FLOR DEL ZURGUEN [1].

Parad, airecillos,
Y el ala encoged,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.

1 Asi llamaba el autor á una niña muy bella del nombre de un valle cercano á Salamanca.

Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
„ La flor del Zurguen.
Parad, airecillos,
Parad, y vereis
A aquella que ciego
De amor os canté:
A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
„ La flor del Zurguen.
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
„ La flor del Zurguen.
Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, cefirillos,
Con cuanto placer

Respira su aroma
„ La flor del Zurguen.
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late, y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
„ La flor del Zurguen.
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
„ La flor del Zurguen.
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
¿Decidme, airecillos,
Decidme qué haré,
Para que me escuche
„ La flor del Zurguen?

Vosotros felices
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mí el albo pie.
   Llegad, y al oido
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
      „La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desden.
   Llegad y piadosos,
De un triste os doled;
Asi os dé su seno
      „La flor del Zurguen.

LETRILLA VII.

FILIS CANTANDO.

„ Venid, avecillas,
„ Venid á tomar
„ De mi zagaleja
„ Leccion de cantar.
Venid; de sus labios,

Do la suavidad
Suspira entre rosas
Y miel y azahar,:
La alegre alborada
Canoras llevad,
Para cuando el dia
Comience á rayar.
,, Venid, avecillas,
,, Venid á tomar
,, De mi zagaleja
,, Leccion de cantar.
Con vuestros piquitos
Dulces remedad
Sus juegos alegres,
Su tono y compás;
Las fugas y vueltas,
Con que enagenar
De amor logra á cuantos
Oyéndola estan.
,, Venid, avecillas,
,, Venid á tomar
,, De mi zagaleja
,, Leccion de cantar.
Seguid su elevado
Y ardiente trinar,
O el desfallecido

Blando suspirar,
Que el alma penetra
De dulzura tal,
Que en pos de sus ayes
Se quiere exhalar.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Yo que lo he sentido
No alcanzo á explicar,
Cual mueve y encanta
Su voz celestial.
Venidlo vosotras,
Venidlo á probar,
Por mas que su gracia
Tengais que envidiar.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Venid, parlerillas;
No dejeis pasar
La ocasion dichosa,
Pues cantando está.
Venid revolando,

Que no ha de cesar
Su voz regalada
Con vuestro llegar.
„ Venid, avecillas,
„ Venid á tomar
„ De mi zagaleja
„ Leccion de cantar.

LETRILLA VIII.

LA ROSA.

„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
La rosa primera
Que de mi jardin
Llorándolo Flora
Hoy, Filis, cogí,
Y Amor á mi ruego
Crió para tí,
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Ella el suyo hermoso
Acaba de abrir
Del céfiro blando
Al soplo sutil;

Y en otro de nieve
Anhela morir:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Su aroma fragante
Puede competir
Con cuantos de Gnido
Exhala el pensil:
Su púrpura excede
Al vivo cármin:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
La altiva azucena,
El albo jazmin,
El clavel pomposo
Y el fresco alelí
Parias á mi rosa
Le deben rendir:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Si Venus la viera,
Como yo la ví
Entre cien pimpollos
Flotante lucir,
Quisiérala al punto
Solo para sí:

„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Quisieran las Gracias
En donosa lid
El prez de gozarla
Con Vénus partir;
Y adornar con ella
Su pecho gentil:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Déjalo; y permite
Que á mi rosa unir
Mil dulces suspiros
Pueda y ansias mil;
Quizá asi mas grata
Los gustes de oir.
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Ve, flor venturosa,
Y á mi amada dí,
Cuan penado envidio
Tu glorioso fin:
Por él yo trocara
Mi triste vivir.
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.

Haz lenguas tus hojas,
Y clamen por mí:
Clamen hasta verla
Arder y gemir;
Robando á su boca
Dulcisimo un sí.
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Si alcanzases, rosa,
Como yo á sentir,
¡Oh! ¡cual te mecieras
De aqui para allí,
Sus globos de nieve
Ansiando cubrir!
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Si yo en tí pudiese
Mi ser convertir
Sobre ellos mis labios
Lograra imprimir.
¡Ay Filis! que solo
Me es dado decir:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.

LETRILLA IX.

EL DESPECHO.

Sal ¡ay! del pecho mio,
Sal luego Amor tirano;
Y apaga el fuego insano,
Que abrasa el corazon.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas,
Que hoy rompe la razon.
No mas á una inhumana
Seguir perdido y ciego;
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana
Allá se goce altiva,
Que á mí no me cautiva
Quien me hace padecer.
Dos años la he servido:
¿Y en ello qué he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡O tiempo mal perdido!

¡O agravios! ¡ó traiciones!
¿En tantas sinrazones
Cómo podré vivir?
Pensaba yo que un dia,
Favorecido amante,
Por mi pasion constante
Me coronara Amor;
Y ardiente en mi porfia,
Contento en el desprécio
Pensaba yo..... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias por agravios
Suenan en sus oidos;
Los míseros gemidos
Irritan su esquivez.
Asi mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar.
Que con fiereza tanta
Llego ya á aborrecerme,
Que el rostro por no verme

Ni aun quiere á mí tornar.
¡Ingrata! ¡Fementida!
Prosigue en tus rigores;
Ó añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño,
Cese el desden impío,
Cese; y del amor mio
Déjate ya servir.
Y quien tu antiguo ceño
Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

LETRILLA X.

EL RICITO.

„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Cadejito de oro,
Que debo á mi bien,

A calmar süave
En mi pecho ven
De ausencia tan triste
La pena cruel;
,, Ricito donoso,
,, De Amor dulce red.
Su fina memoria
Que mis ansias ve,
Por premio te envia
De mi tierna fe;
Y en tí á par la suya
Me quiere ofrecer,
,, Ricito donoso,
,, De Amor dulce red.
Mi amor la recibe;
Y espera que fiel
No olvide los votos
Que allá le escuché,
Cual yo aqui su esclavo
Por siempre seré,
,, Ricito donoso,
,, De Amor dulce red.
Yo te vi algun dia
¡Oh! ¡cual lo envidié!
Suelto de su frente
La nieve envolver,

O en feliz contraste
Con su rubia sien,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Y tus blondas sedas
Vi á Amor extender:
Asi á sus ojuelos
Un velo tejer;
Y artero y festivo
Cubrirse con él,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Mas fúlgido entonces,
Y en todo tu prez,
Al oro de Tivar
Te vi oscurecer:
Y yo entre tus hebras
Cautivo exclamé:
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Si mil libertades
Se van á perder
En tu laberinto,
¡La mia por qué
Tan noble osadía
No habrá de tener!

„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Hoy quiere tu dueño,
Mudado tu ser,
Que en tí asegurada
Mi ventura esté.
Ven pues de mi pecho
Al firme joyel,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Ven; y mi esperanza
Benigno sosten,
Que yo con mi lira
Tan claro te haré,
Que los astros mismos
Un lugar te den,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.

LETRILLA XI.

LA RESOLUCION.

„ Bronce á su llanto,
„ Nieve á su ardor.
Por selva y prado

Mi dulce amor
Me sigue, hablando
De su dolor.
   Suspira y llora;
¡Ay! ¿seré yo,
      „Bronce á su llanto,
      „Nieve á su ardor?
   En blando alivio
Solo un favor
Me ruega humilde:
¿Se lo haré? no.
   No; que me manda
Ser el honor
      „Bronce á su llanto,
      „Nieve á su ardor.
   ¡Honor tirano!
Que á la razon
Bárbaro oprimes,
¿Quién te inventó?
   ¿Por qué me ordenas
Ser con Damon,
      „Bronce á su llanto,
      „Nieve á su ardor?
   ¿Por qué al mas fino
Gentil pastor,
Por qué negarle

Tan fácil don?
¿Ni ser injusta,
Si él me prendó,
„ Bronce á su llanto,
„ Nieve á su ardor?
Yo bien lo hiciera,
Mas otra voz
Huye, me clama,
Tal sinrazon:
Ni el gusto feries
A un vil temor,
„ Bronce á su llanto,
„ Nieve á su ardor.
Mira que el dia
Vuela veloz,
Y el que le sigue
Nunca es mejor.
Manana es tarde:
Cesa en tu error,
„ Bronce á su llanto,
„ Nieve á su ardor.
La beldad pasa:
Coge su flor,
Que en un momento
La agosta el sol;
Y en vano entonces

Serás ¡qué horror!
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Túrbome y dudo,
Y en dulce union
A amar me inclino
A quien me amó;
Sin que á ser baste
Ya mi rigor,
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Antes le entrego
Mi corazon
Cual fino el suyo
Se me rindió:
Siendo en tan grata
Transformacion
„Nieve á su llanto,
„Cera á su ardor.

LETRILLA XII.

LA FLOR DEL ZURGUEN.

Aves, que canoras
Venis á ofrecer

La alborada al dia
Que empieza á nacer,
Si aun dulces trinais
Por ver á mi bien,
Callad que ya sale
„La flor del Zurguen.
Si ansiais de sus gracias
Las señas tener,
Callad, parlerillas,
Que yo os las diré;
Que en el alma impresas
Las llevo tan bien,
Cual tenga las mias
„La flor del Zurguen.
Su rostro la gloria,
La nieve su tez,
Sus risas el alba,
Su lengua la miel;
Y el turgente seno
De Amor el vergel,
Donde con él juega
„La flor del Zurguen.
Sobre él la donosa
Prendiera un joyel,
Do heridos dos pechos
De amores pinté:

Un lazo los une
De rosa y clavel;
Y en torno esta letra,
„ La flor del Zurguen.
Sin que yo la llame,
Blando ya el desden,
Cual suelta corcilla
Me sale aqui á ver:
Y cual fiel paloma
Tras su pichon fiel,
Asi á mi voz corre
„ La flor del Zurguen.
Conmigo á este valle
La sacó á aprender
De Amor en el arte
Leccion de querer;
Y ya á todas pasa
En menos de un mes:
¡Tanto ingenio tiene
„ La flor del Zurguen!
Cuidado, avecitas,
Que nadie á entender
Los misterios llegue,
Que yo la enseñé;
Si cual niña simple
La viereis tal vez,

Que amable os las fia
    „ La flor del Zurguen.
Callad la inocencia
Y el vivo placer,
Que á par en su rostro
Riendo se ven,
  Cuando en dulce premio
De mi tierna fe,
Me mira y suspira
    „ La flor del Zurguen.
Y yo muy mas loco,
Al verla temer,
Y ansiar y en mis llamas
Negándolo arder,
  Templar en su seno
Procuro la sed,
Que enciende en el mio
    „ La flor del Zurguen.
Mas vedla cual llega:
Yo ciego no sé
Al ver su donaire
Qué decir, ni hacer.
  Trinadle vosotras
Por mí el parabien;
Y suene hasta el cielo
    „ La flor del Zurguen.

LETRILLA XIII.

EL LUNARCITO.

„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
¿De dónde, donosa,
El lindo lunar,
Que sobre tu seno
Se vino á posar?
¿Cómo, di, la nieve
Lleva mancha tal?
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
¿Qué tienen las sombras
Con la claridad;
Ni un oscuro punto
Con la alba canal,
Que un val de azucenas
Hiende por mitad?
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Premiando sus hojas
El ciego rapaz,
Por juego un granate

Fue entre ellas á echar:
Mirólo, y rióse,
Y dijo vivaz:
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
En él sus saetas
Se puso á probar;
Mas nunca lo hallara
Su punta fatal.
Y diz que picado
Se le oyó gritar:
„La noche y el día
„¿Qué tienen de igual?
Entonces su madre
La parda señal
Por término puso
De gracia y beldad;
Do clama el deseo
Al verse estrellar:
„La noche y el día
„¿Qué tienen de igual?
Estréllase, y mira;
Y torna á mirar;
Mientra el pensamiento
Mil vueltas le da;
Iluso, perdido,

Ansiando encontrar,
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Cuando tú lo cubres
De un albo cendal,
Por sus leves hilos
Se pugna escapar.
¡Señuelo del gusto!
¡Dulcísimo iman!
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Turgente tu seno
Se ve palpitar,
Y á su blando impulso
Él viene, y él va;
Diciéndome mudo
Con cada compás:
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Semeja una rosa,
Que en medio el cristal
De un limpio arroyuelo
Meciéndose está.
Clamando yo al verle
Subir y bajar:
„La noche y el dia

„ ¿Qué tienen de igual?
¡Mi bien! si alcanzases
La llaga mortal,
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No asi preguntaras
Burlando mi mal,
„ La noche y el dia
„ ¿Qué tienen de igual?

LETRILLA XIV.

LA DESPEDIDA.

A Dios, mi dulce vida,
Filis á Dios, que el hado
Mi fin ha decretado;
Y es fuerza ya partir.
A Dios.... ¡ó despedida!
¡O crudo! ¡amargo instante!
A Dios..... ¿mi pecho amante
Podrá sin tí vivir?
Sin esos lindos ojos,
Sin esa amable boca,
Que al mismo Amor provoca,
¿Qué dicha podré hallar?

Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y zelos.
¡Ay Fili! ¡qué consuelos
Para mi ardor templar!
Acordaréme en vano
De aquel felice dia
Que te juraste mia,
Que te ofrecí mi fe.
Y en mi delirio insano
A tí tornando fino,
Mil veces el camino
Perderá incierto el pie.
De tu habla deliciosa
El celestial sonido
Conservará mi oido
Para mayor dolor.
Tu imagen engañosa
Creeré tener al lado:
A asirla iré; y burlado
Maldeciré mi error.
Saldrá la fresca Aurora
A recordarme aquella,
Do á solas muy mas bella
Te me dejaste ver.
Vendrá la noche; ahora
Libre, diré, le hablaba:

Ahora el amor nos daba
La copa del placer.
Cual colorin cautivo
Luchando noche y dia
La jaula abrir porfia;
Y el hierro quebrantar:
Asi ¡dolor esquivo!
Dará mi pensamiento
De tormento en tormento,
Sin un punto parar.
Te seguiré zelosa:
Te temeré enojada:
Te rogaré olvidada:
Te amansaré cruel.
O blanda y amorosa
Con plácidas orejas
Oirás tal vez mis quejas,
Tan bella como fiel.
Ora estés mansa, ó cruda
Dudes, temas, rezeles,
Por mi salud anheles,
O desdeñes mi amor:
Todo en mi pena aguda
Me angustiará, tu olvido
Por cierto, por fingido
¡Ay Fili! tu favor.

¡Mas tú, mi bien, llorosa!
¡Tú triste! ¡tú abatida!
¿Si estás asi, mi vida,
Cual mi dolor será?
A Dios, á Dios: piadosa
Te acuerda que un mar hecho
Me parto..... que mi pecho
Jamas te olvidará.

LETRILLA XV.

EN UN CONVITE DE AMISTAD.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.
Amigos, bebamos;
Y en dulce alegría
Perdamos el dia:
La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empecemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.
„Bebamos, bebamos

„ Del suave licor,
„ Cantando beodos
„ A Baco, y no á Amor.
¡O qué bien que sabe!
Otro vaso venga:
Cada cual sostenga
Su parte en beber.
Y quien quiera alabe
De Amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.
„ Bebamos, bebamos
„ Del suave licor,
„ Cantando beodos
„ A Baco, y no á Amor.
¡O vino precioso!
¡Cómo estás riendo!
¡Saltando! ¡bullendo!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso,
Color sonrosado,
Sabor delicado,
¿Qué no rendirá?
„ Bebamos, bebamos
„ Del suave licor,
„ Cantando beodos

,, A Baco, y no á Amor.

Amor da mil sustos,
Ansias y dolores;
Coja otro sus flores,
Cójalas por mí:
Que yo mis disgustos
Templaré bebiendo,
¡O Baco! y diciendo
Mil glorias de tí.

,, Bebamos, bebamos
,, Del suave licor,
,, Cantando beodos
,, A Baco, y no á Amor.

Tú al Indo venciste:
Tú los tigres fieros
Cual mansos corderos
Pudiste ayuntar.
Tú el vino nos diste;
El vino que sabe
La pena mas grave
En gozo tornar.

,, Bebamos, bebamos
,, Del suave licor,
,, Cantando beodos
,, A Baco, y no á Amor.

Venga, venga el vaso,

Que un sorbo otro llama:
Mi pecho se inflama;
Y muero de sed.
  Nadie sea escaso;
Ni aunque esté caido
Se dé por rendido.
Amigos, bebed.
  ,, Bebamos, bebamos
  ,, Del suave licor;
  ,, Cantando beodos
  ,, A Baco, y no á Amor.

LETRILLA XVI.

EL VINO Y LA AMISTAD SUAVIZAN LOS MAS GRAVES TRABAJOS.

  ,, Al viento las penas:
  ,, Las copas llenad;
  ,, Que todo lo endulzan
  ,, Vino y amistad.
¡O socios amados,
Que en tanta agonía
La fortuna impía
Combatiendo vé,
  Jamas degradados,

Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pie.
„ Al viento las penas:
„ Las copas llenad;
„ Que todo lo endulzan
„ Vino y amistad.
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa,
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El justo su empeño;
Y con alto ceño
Burla su furor.
„ Al viento las penas:
„ Las copas llenad;
„ Que todo lo endulzan
„ Vino y amistad.
La batida nave
De borrasca fiera,
Se pierde velera
Por el ancho mar:
Y cuando mas grave
Su riesgo aparece,
El sol que amanece

La sale á salvar.
,, Al viento las penas:
,, Las copas llenad;
,, Que todo lo endulzan
,, Vino y amistad.
Dejad que ora truene
La calumnia infame,
Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser:
Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el zelo se irrite,
Nada hay que temer.
,, Al viento las penas:
,, Las copas llenad;
,, Que todo lo endulzan
,, Vino y amistad.
Clamarán que huimos
Nuestra dulce España.
Su bárbara saña
Debimos huir.
Sus puñales vimos;
Y España en tal duelo
Cual madre á otro suelo
Nos hizo partir.
,, Al viento las penas:

„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzàn
„Vino y amistad.

Desde él doloridos
Nuestros ojos miran,
Do fieles suspiran
Las almas tornar:
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡Ay patria adorada!
Clama sin cesar.

„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzàn
„Vino y amistad.

Volvereis, amigos,
A sus sacros lares,
De indignos pesares
Libre el corazon.
Augustos testigos
De nuestra justicia
Contra vil malicia
Dios y la razon.

„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan

„ Vino y amistad.
Su favor divino
Tornará el reposo;
Y al nublado odioso
Seguirá la luz.
Tal sol matutino
Que hermoso se ostenta,
De la noche ahuyenta
El negro capuz.
„ Al viento las penas:
„ Las copas llenad;
„ Que todo lo endulzan
„ Vino y amistad.
En hermandad santa
En tanto los pechos
Ligad con estrechos
Vínculos de amor.
Baco á dicha tanta
Aplauda riente;
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.
„ Al viento las penas:
„ Las copas llenad;
„ Que todo lo endulzan
„ Vino y amistad.
Amigos queridos,

Desde estos mis brazos
En mútuos abrazos
A uniros corred.
   De la mano asidos
Juradme y juremos
Que hermanos seremos;
Y á un tiempo bebed.
      „ Al viento las penas:
      „ Las copas llenad;
      „ Que todo lo endulzan
      „ Vino y amistad.

IDILIOS.

IDILIO I.

LOS INOCENTES.

Allí está la gruta
Del aleve Amor;
Huyamos, zagala,
Las iras del dios.

Su lóbrega boca
Me llena de horror:
Si es esto la entrada,
¿Qué hará su interior?

Los negros cuidados,
El flaco temor,
Los zelos insomnes,
El ciego furor

La moran, y afligen
Con ímpio rigor
Los tristes que en ella
Su engaño encerró.

Huyamos, huyamos
Con planta veloz;
Si mas lo tardares
Ya no es de sazon.

Mira que sus redes

Nos tiende el traidor;
Y solo quien huye
Burlarle logró.
   Falaz como artero,
Si escuchas su voz
Tú serás su esclava,
Pero muy mas yo.
   Lanzarnos há ciegos
Con ímpetu atroz,
Por sendas que falso
De flores sembró,
   A un bosque sombrío,
Do en dura prision
Sin fin penaremos
En llanto y dolor.
   Este aciago bosque
Lo finge el error
Un vál de delicias,
Que nadie apuró.
   Las risas alegres,
Tímido el pudor,
Las vivas ternezas
Y el grato favor
   Diz que lo habitaron
En célica union,
Cuando en su inocencia

El mundo vivió:
  El Amor infante
Sin flechas ni arpon
En nuestras cabañas
Triscando riyó;
  Y la hermosa vírgen
No se avergonzó
De hallarse á los ojos
Desnuda del sol.
  Si tal fue aquel tiempo
Ya todo acabó;
Y el amor del dia
No es niña este Amor.
  No en cosas que fueron,
Ni en una ilusion
Jamas la cordura
Sus dichas cifró.
  Que el agua mas fria
La sed no apagó,
Si al labio tocarla
Ya rauda pasó.
  ¡Pero tú suspiras!
¿Qué grata emocion
Tus mejillas tiñe
De un vivo rubor?
  ¿Por qué esa faz bella

Que al alba nubló
Inclinas al suelo
Cual lánguida flor?
¡Dulcísima amiga!
Ya el alma sintió
Simpática el fuego,
Que á tí te inflamó.
Y súbito noto,
Que á mi corazon
Agita y regala
Su blando calor;
Probando al mirarte
Un gozo mayor,
Y al tocar tu mano
Mas grato temblor.
¿Si será que amemos;
Y el pérfido dios
Ya sus rudos grillos
Falaz nos echó?
No, no, que por graves
Insufribles son,
Y jamas mi planta
Mas suelta voló.
Él lágrimas cria,
Y nunca brilló
En tus lindos ojos

Tan vivo fulgor.
  Y en vez de sus quejas
Y triste clamor,
Nunca á mí tan dulce
Tu labio sonó.
  Nada pues temamos,
Que es muy superior
De Amor á los fuegos
Nuestra inclinacion.
  Ingenua y sencilla,
La austera razon
Sus pasos regula,
La guarda el honor.
  Ni en nada semeja
Su plácido ardor
A la ardiente llama,
Que el Ciego sopló.
  Esa llama odiosa,
Que impía, feroz
Los hombres y el mundo
Fatal devoró.
  Asi hablaba un dia
Lleno de candor
A una niña amable
Un simple pastor.
  Ella muy mas simple,

Con nuevo teson
Que nunca amaría
Resuelta juró.
Y ya en su inocencia
Se hallaban los dos
Perdidos de amores,
Diciendo que no.

IDILIO II.

LA CORDERITA.

Corderita mia,
Hoy llevarte quiero
A la amable Filis
En rendido feudo.
¡Oh! ¡con cuanta envidia
Tu destino veo;
Y partir contigo
Tal dicha apetezco!
Tú vas, inocente,
A ser con tus juegos
De otra inocentilla
Feliz embeleso.
Seguirás sus pasos,
Ya con sus corderos

Al valle descienda,
Ya trepe al otero.
  Tus blandos balidos
Serán dulces ecos,
Que al placer despierten
Su adormido pecho.
  Cual tus carreritas
Y brincos ligeros
Colmarán de gozo
Sus lindos ojuelos;
  A donosas risas
Sin cesar moviendo
Su espíritu amable,
Sus labios parleros.
  Mas tierno otras veces
Ansiará tu afecto,
Lamiendo su mano
Mostrarle tu celo;
  Por su parda saya
Con vivaz esfuerzo
Tu vellon nevado
Pasando y volviendo.
  Y á su lado siempre,
De tan alto dueño
Gozarás los mimos,
Oirás los requiebros.

Llamarate amiga,
De ternura ejemplo,
De candor dechado,
De gracias modelo.
O si acaso artera
Tras algun romero
Fugaz te guareces,
Porque te eche menos,
Corriendo y balando
Al sonar su acento,
Con nuevas caricias
Calmarás su duelo;
Tomando riente
De tu amor en premio
La sal de su palma,
Y el pan de sus dedos.
De mí lo aprendiste,
Y á saber cogerlo
De mi zurroncito
Con goloso empeño.
O si fausta logras
De Amor el momento,
Tendrás de sus labios
Algun dulce beso:
Beso que á mí fuera
De júbilo inmenso,

Que tú no codicias,
Y fiel yo merezco.
Asi te engalanan,
Doblando tu aseo,
Mi mano oficiosa,
Mi ardiente desvelo
La sonora esquila
Ligada suspendo
De un collar de grana
A tu dócil cuello.
Tu vellon nevado
De ricitos lleno,
Cual de blonda seda
Cuidadoso peino.
Y de alegres lazos,
Sembrándolo luego,
A tus orejitas
Dobles las prevengo.
Tus clementes ojos,
Que me estan diciendo
El placer que sientes
Mirándome tiernos,
Mi amorosa mano
Con este albo lienzo
Limpiándolos, cuida
Que luzcan mas bellos.

Y en fin de una trenza
De flores rodeo
Tu lomo, y atada
Con otra te llevo.
Ya estás, dige mio,
Si no cual yo anhelo,
Mas tal como alcanza
Mi prolijo esmero.
Tu balar süave,
Tu bullir travieso
Sencillos publican
Tu puro contento.
Y al verte galana,
Con locos extremos
Cual hembra procuras
Lucir tus arreos.
Corderita, vamos;
Sus, corramos prestos
Tú á servir á Filis,
Yo á hacerle mi obsequio.
Empero si tierna
Te estrecha en su seno,
Cuando tus caricias
Le vuelvan el seso,
Cuenta que le digas:
„El bien que poseo,

„Gozarlo debiera
„Quien te adora ciego."

IDILIO III.

LA AUSENCIA.

Del cárdeno cielo
Las sombras ahuyenta
Rosada la aurora
Riendo á la tierra;
Y Filis llagada
Del mal de la ausencia,
De Otea los valles
En lágrimas riega.
Tierna clavellina,
Cuando apenas cuenta
Diez y siete abriles
Inocente y bella,
En soledad triste
Su zagal la deja,
Que del claro Tormes
Se pasó al Eresma.
Un mayoral rico
Allá diz que intenta
Guardarlo, y que Filis

Por siempre lo pierda.
Quien á ageno gusto
Sujetó su estrella,
Engáñase necio
Si libre se piensa.
La vejez helada
Con rigor condena
Las lozanas flores
De la primavera.
La infelice Filis
Se imagina eternas
Las horas, que tardan
De su bien las nuevas.
¡Ay! dice; y al cielo
Los ojos eleva,
Sus ojos cubiertos
De horror y tristeza,
¡Ay! ¡cuánto me aguarda
De duelos y quejas!
En solo pensarlo
Mi pecho se hiela.
Tórtola viuda,
Solitaria yedra,
Sin mi olmo frondoso
Que en pie me sostenga,
¿Qué haré, cuitadilla?

¿O dó iré que pueda
Vivir sin su arrimo,
Tan niña y tan tierna?
¡Felices vosotras,
Mis mansas corderas,
Que ni zelos hieren,
Ni agravios aquejan!
¡Con cuánta alegría
Mis ojos os vieran
Pacer de este prado
Golosas la yerba!
¡O á la mano amiga
Que sal os presenta
Veniros, y hacerme
Balando mil fiestas!
¡Y tú, fiel cachorro,
Qué saltos y vueltas
No dieras, siguiendo
De mi bien las huellas,
Cuando él por hablarme,
Cantándome letras
De dulces amores,
Saliera al Otea!
Hoy todo ha mudado:
Del calor la fuerza
Los valles agosta,

Las fuentes deseca.
¡A este pecho triste
Con mayor violencia
Abrasa de olvido
La ardiente saeta!
Aqui donde lloro,
Aqui en esta vega
Nos vimos y amamos
Por la vez primera.
Todo fue en un punto,
Cual súbito vuela
La llama del rayo,
Y el árbol humea.
Corderitas mias,
¿Quién ¡ay! me dijera
Que viento serian
Sus locas finezas?
Juramentos tantos
Y ahincadas promesas,
Si hay fe entre los hombres,
¿Por qué se me niegan?
¡Amor! tú me escuchas,
Y tú los oyeras:
Sea tuyo el castigo,
Cual tuya es la ofensa.
¡Oh! nunca tuviese

Yo vuestra inocencia;
Nunca, ó corderitas,
Le escuchara necia,
  Cual de áspid huyendo
Su voz lisonjera,
Sus ayes falaces,
Sus blandas endechas,
  Y en llanto mis ojos
Cegar no se vieran,
Ni en hondos suspiros
Doliente la lengua.
  Quien en hombres fia,
Haz cuenta que siembra
En las duras rocas,
O en la ardiente arena:
  Que en vez de ventura
Recoge vergüenza,
Y en vez de alegrías
Cuidados y penas.
  Llorad, ojos mios,
Pues fue culpa vuestra
Jugar bulliciosos,
Mirar sin cautela.
  Volad, mis suspiros,
Sentidas querellas,
Volad, do mi aleve

Riendo os espera.
  Sígaos mi pecho
Ardiente centella,
Que él suyo de bronce
Derrita cual cera.
  Y vosotros, hijos
De mi pasion ciega,
Finos sentimientos,
Sencillas ternezas,
  Partid de mi labio,
Volad á la oreja
Del que os llamó dulces
Mas que miel hiblea.
  Decidle mis ansias,
Decidle cual queda
De penada y triste
Su fiel zagaleja.
  Humildes rogadle,
Rogadle que vuelva;
Si aleve no gusta
Que mísera muera.
  Decidle.....; mas nada
Si oiros desdeña
Le digais; y nada
Si de mí se acuerda.

IDILIO IV.

EL HOYUELO EN LA BARBA.

La mi queridita
Una cárcel tiene
En su rostro bello,
Donde á todos prende.
Esta feliz cárcel
Un hoyuelo es breve,
Que su linda barba
Tan gracioso hiende,
Que cuantos lo miran,
Sin arbitrio sienten,
Que en él sus deseos
Sepultarse quieren.
Cautivos los mios
Ni anhelan, ni pueden
Pasar de su encierro
El círculo leve.
Que alli en la bonanza
Tranquilos se aduermen,
Alzados los vientos
En paz se guarecen;
Y locos, perdidos

En su feliz suerte,
¡Hoyuelo precioso!
Suspiran mil veces;
  Tú en ámbito estrecho
A la concha excedes,
Do cuaja la aurora
La perla de oriente:
  Y á mil cupidillos
Grato nido ofreces,
De do arteros parten,
Van, revuelan, vuelven.
  ¡Riquísima copa
De dulces placeres,
Que Amor al deseo
Dadivoso ofrece!
  Las Gracias te envidian,
Y al reirse alegre
Tu donoso juego
Codicia Citeres.
  El juego voluble,
Con que ora te cierres,
Ora te dilates,
Mas lindo apareces!
  En tí embebecidos
Los ojos se pierden,
Se abisman las almas,

Los pechos se encienden.
¡Regalado hechizo!
Quien te vé enloquece;
Quien feliz te goza
De delicias muere.

IDILIO V.

LA VUELTA.

Zagal de mi vida,
Que á mi amante cuello
Afanoso corres
De sudor cubierto.
Suspirado mio,
Gracioso embeleso,
Do abismadas siempre
Las potencias llevo.
Norte, que arrebatas
Mi fiel pensamiento,
Mas claro y seguro
Que el que arde en el cielo.
Mi sola delicia,
Mi amable hechicero,
Con cuyos prestigios
Deliro sin seso.

Ya fina te logro,
Ya en salvo te veo,
Y tuya y tú mio
Por siempre seremos.
Y te hablo y escucho,
Y al lado te tengo,
Y en firme lazada
Conmigo te estrecho.
En tanta delicia
Tan vivo mi seno
Palpita, que apenas
Me alcanza el aliento.
Y el corazon triste,
Que viéndote lejos
Cubierto gemia
De horrores y duelo,
En lágrimas dulces,
Y en ayes de fuego
Parece que anhela
Salirse del pecho.
¡Oh! limpien mis manos,
Hermoso lucero,
Las nieblas que empañan
Tus claros reflejos.
Y en tu rubia frente
Enjugue este lienzo

El sudor, que undoso
La mancha corriendo.
¡Venturoso punto!
¡Plácidos momentos,
Que al ánimo absorto
Semejan un sueño!
¡Oh! siempre, sí siempre
Sus gratos recuerdos
En entrambos duren,
Cual mi amor eternos.
Y un dia tan fausto,
Dia de contento,
De puras delicias,
De gozos inmensos,
Consagrado quede
Al Amor y Vénus,
Célebre en los fastos
De su alegre reino.
Huyó de las sombras
El lóbrego ceño,
Y mi sol renace
Mas lumbroso y bello.
Calmó la borrasca,
Callaron los vientos,
Y en paz y delicias
Aduérmese el suelo.

Los yelos y horrores
Del áspero invierno
Son flores y aromas,
Y muelle sosiego.
Gocemos, bien mio,
Unidos gocemos
De tanta ventura,
Tras tan graves riesgos.
Mis tiernos suspiros
Y ahincados lamentos
En vivas alegres
Nos vuelvan los ecos.
Y el sol mas benigno,
Y el aire mas fresco,
Mas plácido el valle,
Y el cielo mas ledo
Celebren, acordes
Con mis sentimientos,
La gloria á que en verte
Cual loca me entrego.
Perderte he temido:
Temblé, lo confieso,
Que al fin no cedieses
A un bárbaro empeño.
Perdona, perdona
Benigno el exceso

De mi amor, las dudas
De que hoy me avergüenzo.
¡Yo pude formarlas....!
Sí, adorado dueño,
Que el amor ausente
Dos veces es ciego.
Un pecho apenado
Figúrase necio
Do quiera peligros,
Y dudas y miedos.
Seguid en el mio,
Mis dulces recelos:
Los tibios no temen;
¡Infelices ellos!
Tú, hermoso pimpollo,
Repite de nuevo,
Repite á esta triste
Tu fiel juramento.
Enemigos tantos
Batiéndote fieros;
Tiemblo á mi desdicha,
Si en tí nada temo.
Cielos pues y tierra,
Oid en silencio,
Y afirmad los votos
Que entrambos hacemos.

Si yo te faltare,
Fáltenme primero
La luz que me alumbra
Y el aire que aliento.
Y mi nombre odioso,
De infamia y desprecio,
Para todos suene
Cual fúnebre agüero.
Recibe mi mano,
Y en ella el imperio
Que sobre mí toda
Por siempre te entrego.
Mas si tú me olvidas.....
Proseguir no puedo.....
Pensándolo solo
De horror me estremezco.
No, mi idolatrado,
No, y único egemplo
De firmeza al mundo
A amar enseñemos.
Tú serás por siempre,
Tú serás el centro
Do faustos caminen
Mis votos y anhelos:
Tú el ídolo mio,
Y el gozo supremo,

Y el mar de delicias
Do loca me anego:
  Tú en las tempestades
Que aun mísera tiemblo,
El sol de bonanza,
Y el íris sereno,
  Y el luciente polo,
Do los ojos vueltos
Lleve yo segura
Mi barquilla al puerto:
  Vida que me anime,
Ser de mi ser mesmo,
Y cuanto en amores
Se hallare mas tierno.....
  Proseguir no pudo,
Que ya sus ojuelos
Al zagal no vian,
De lágrimas llenos.
  Y él tambien llorando,
Con un dulce beso
A sus ansias puso
Finísimo el sello.

IDILIO VI.

LA PRIMAVERA.

Ya la Primavera
Tranquila y riente
Del tiempo en los brazos
Asomando viene,
Y al mundo que en grillos
De yelos y nieves
Tuvo el crudo Invierno,
La esperanza vuelve:
La dulce esperanza
De que Mayo alegre
Lo colme de rosas,
Y el Julio de mieses.
El blando Favonio
Que llegar la siente,
Con grato susurro
Las alas extiende;
Y en torno vagando,
Su manto esplendente
Por el éter puro
Fugaz desenvuelve.
Del cándido seno
Con su soplo llueven

Sin cuento las flores,
Que el suelo enriquecen:
El suelo alfombrado
De un plácido verde,
Que el alma y los ojos
A par embebece;
Y en silbos süaves
Gárrulo y bullente
Despierta en sus nidos
Las aves que duermen.
Sus picos canoros
Acordes ofrecen
Mil trinos al Alba,
Que á abrir se previene
Las rosadas puertas
Del fúlgido oriente
Al sol, que entre albores
Galan amanece.
Su augusto semblante,
Su rayo clemente
Del yerto Fuenfria
Los yelos disuelven:
Que súbito vueltos
En raudos torrentes
De su excelsa cumbre
Ruidosos descienden:

Del húmido valle
La pompa mantienen,
Y al cabo en sus flores
Sesgando se pierden.
Cual claros espejos
Risueñas las fuentes
En vena mas rica
Limpísimas crecen:
Y en hilos de plata
Su humor se desprende,
Que en blando murmullo
El ánimo aduerme.
El mundo se anima:
Cuanto vive y siente
Cual de un hondo sueño
Despierta, y se mueve.
Las selvas que el cierzo
Desnudó en Noviembre,
De yemas pobladas
Sus ramas ya ofrecen:
Do mal contenidas
Las hojas nacientes,
Sus rudos capullos
A abrirse compelen;
Y al trépido rayo
Con que el sol las hiere

Tienden sus cogollos;
Y el viento los mece.
  Entre ellos las aves
Cruzando frecuentes,
Con rápidos giros
Van, huyen y vuelven;
  Mientras Filomena
Mi pecho enternece,
Lanzando angustiada
Sus ayes dolientes:
  Ayes que un silencio
Lúgubre suspende,
Y hace que en mi oido
Mas tiernos resuenen.
  No ya en sus guaridas
El yelo entorpece,
Ni undosa la lluvia
Los brutos detiene;
  Que vagos y libres
Do quier aparecen,
Y en bosques y valles
Su dominio egercen.
  Con saltos veloces
El corzo allá tuerce,
Y alli aun de su sombra
Se asusta la liebre.

A un soplo el conejo
Se arrisca y detiene,
Y á uno y otro lado
Vivaz se revuelve.
A par que en la vega
Tranquilas se tienden
La cabra golosa,
La oveja paciente.
Y todo es delicias,
Y todo se enciende
De Amor en las llamas,
O gime en sus redes.
¡Amor, nueva vida
De todos los seres!
Tú en la Primavera
Les dictas tus leyes
Del solio oloroso
De rosa y claveles,
Que Flora á tu númen
Galana entreteje.
Tus flechas certeras,
Tu grito potente
A todos alcanzan,
Por todos se atiende.
Hasta en los abismos,
Y en los mudos peces

Sus ecos resuenan,
Su chispa se prende:
  Que el mundo poblando
De nuevos vivientes,
Hacen que tu imperio
Sin fin se renueve.
  Ya el trino mas dulce
Del ave parece,
Mas plácido el vuelo,
Sus juegos mas muelles:
  La voz de los brutos
Mas llena y ferviente,
Su marcha mas presta,
Su anhelo mas fuerte.
  El leon amante
Rugiendo estremece
Los anchos desiertos
Del Africa ardiente.
  El oso aunque rudo
Su cetro obedece,
Que dóciles torna
Los tigres crueles.
  Su veneno el potro
Con las auras bebe:
Las ondosas crines
Sacude demente:

Bate el duro suelo,
Fogoso se mueve,
Y hace que los montes
Sus relinchos llenen.
Del pasto olvidado,
De amor se enfurece
En pos la novilla
El toro valiente;
Y al rival que el triunfo
Disputarle quiere,
Con botes tremendos
Zeloso acomete,
Ahúyentalo, y solo
Los premios obtiene,
Que en roncos mugidos
Feroz engrandece.
Su estrépito templan
Los dulces rabeles
De cien pastorcillos,
Que el valle conmueven;
Y á su antigua llama
Las zagalas fieles
Sus cantos repiten
Con nuevos motetes.
El bosque enramado,
Do el Ciego mantiene

Para sus misterios
Callados retretes,
  Que ocultos y umbrosos
Anhelan y temen
El pudor cobarde,
Y el deseo ardiente,
  De amantes felices
Ya rinde desdenes,
Ya audacias alienta,
Ya triunfos entiende.
  ¡Dulcísimos triunfos!
Que de un velo envuelve,
Y el recato esconde
Del mismo que vence.
  ¡O repuestos valles!
¡Ladera pendiente!
¡Altísima sierra,
Que las nubes hiendes!
  ¡Oh! ¡cómo al miraros
Ora florecientes
Los ojos se gozan,
Y el pecho enloquece!
  Las auras se inundan
De süaves pebetes;
Con toda su gloria
Ya el sol resplandece;

Y tierras y cielos
Del año naciente
La pompa celebran,
Y en júbilo hierven.
Mientras que á la luna
En pos de Citeres
Sus danzas ligeras
Las Ninfas previenen:
Do porque sin armas
Nada dél recelen
Nudo Amor cual niño
Vivaz se entromete.
Tú, ó raudal de vida,
Primavera, eres
Quien nos das de Flora
Tan gratos presentes.
Ella te engalana
De rosas las sienes,
Y el manto te viste
Que ostentas flüente;
Y en colores rico,
Vario en accidentes,
Su genio imagina,
Tocan sus pinceles.
Tú al hórrido Invierno
Las furias contienes,

Y en yerbas y flores
Sus yélos disuelves.
  Tú al rico Verano
Benigna precedes;
Sus espigas de oro
De tu mano él tiene.
  A Octubre en tus gomas
Sus frutas le ofreces;
Y al cándido Baco
Llenas los toneles.
  El blando sosiego,
Los cantos alegres,
Las risas ligeras,
Los gratos banquetes
  En séquito amable
Te cercan rientes,
Colmando los pechos
De dulces placeres.
  ¡Oh! ¡el rápido vuelo
Modera indulgente;
Y ansioso me deja
Gozar tantos bienes!
  Mas ¡ay! que al cantarte
Fugaz despareces,
Mas vaga que el viento,
Cual los sueños leve;

Y cuando en seguirte
Se afana la mente
De Sirio en las llamas
Lánguida fallece.

ÍNDICE.

ODAS ANACREONTICAS.

LA INCONSTANCIA.—ODAS Á LISI.

LA PALOMA DE FILIS.

GALATEA, Ó LA ILUSION DEL CANTO.

LETRILLAS.

IDILIOS.

